



UNIVERSIDAD
DE LA REPÚBLICA
URUGUAY



Ciencias
Sociales

**Universidad de la República
Facultad de Ciencias Sociales
Departamento de Ciencia Política**

Tesis de maestría en Ciencia Política

Las claves del éxito: nuevos desafiantes en las democracias contemporáneas

**Delmira Louis
Tutor: Daniel Buquet**

Montevideo, julio de 2025

A mi madre

Agradecimientos

A mi tutor, Daniel Buquet, por su apoyo y múltiples aportes a este trabajo. Por sus comentarios a Juan Andrés Moraes y Diego Luján. Por su apoyo durante mi transcurso en la maestría a Claudia Pellejero, Esteban García y Lucía Selios.

A mi familia y amistades, por siempre estar.

Índice

Introducción.....	1
Los cambios que definen una época.....	5
Conceptos fundamentales.....	15
Descontento en democracia	15
Candidato outsider	16
Populismo	17
Partidos o fracciones de partidos.....	23
Éxito de nuevos desafiantes.....	24
Las causas de la emergencia de nuevos desafiantes exitosos en la literatura	27
Desde la demanda	27
Desde la oferta.....	30
El argumento	36
Dimensión ideológica: izquierda-derecha.....	39
Dimensión cultural: progresismo-conservadurismo	40
Dimensión sistémica: democrático-autoritario	42
¿Cuándo se considera que las dimensiones están instaladas?	45
¿Cómo se combinan las diferentes dimensiones?	46
¿Cuándo se agota una dimensión?.....	49
Polarización ideológica y afectiva: mecanismos de reproducción de las dimensiones	52
La demanda desde la ciudadanía.....	55
La activación electoral	57
Variable interviniente y supuesto del argumento	58
El éxito de partidos desafiantes	61
La izquierda como desafiante.....	61
La ultraderecha como desafiante	62
La izquierda: ¿democrática o autoritaria?	65
Consideraciones finales	72
Referencias.....	74

Introducción

Vivimos una época con características singulares para la democracia, que desafía muchas de las teorías que tradicionalmente hemos utilizado para explicarla. Desde 1994 hasta la fecha, hemos sido testigos de un retroceso democrático que afecta incluso a las democracias consolidadas (Lührmann & Lindberg, 2019), aquellas que tanto la teoría como la experiencia nos indicaban como más resilientes. Se señala frecuentemente al populismo como el principal responsable de este proceso de transformación, con líderes externos al sistema tradicional que inician el deterioro de las democracias, tanto de izquierda, como Hugo Chávez en Venezuela, como de derecha, como Viktor Orbán en Hungría. Los populismos, ya sean de izquierda o de derecha, generalmente se explican por variables específicas de cada región, como la debilidad estatal en América Latina (Levitsky & Loxton, 2013), o como una contrareacción a los cambios culturales en Europa y América del Norte (Norris & Inglehart, 2019). Pero, ¿y si estos procesos, aparentemente tan distintos, pudieran ser explicados por una misma teoría? Fenómenos como la ola a la izquierda en América Latina y la ultraderecha en Europa tienen en común que representan las principales corrientes de cambio en el período estudiado, y todos ellos desafían o han desafiado el statu quo. Este trabajo pretende explicar su éxito a partir de un mismo argumento teórico.

Específicamente, se busca explicar el éxito de nuevos desafiantes en los sistemas políticos de las democracias (electorales o liberales) de las Américas y Europa, desde 1990 a la actualidad. Los desafiantes son todos aquellos partidos políticos que 1) tengan suficiente inexperiencia de gobierno para poder estar libres de manchas de gobierno (Hobolt & Tilley, 2018), lo que permite a los votantes darles el beneficio de la duda de que, al gobernar, serán diferentes de los partidos tradicionales; 2) que el partido represente un posicionamiento distinto en al menos una dimensión política a los partidos que lideraron el gobierno nacional en las últimas décadas; 3) presenten sus propuestas como una solución a los problemas que la ciudadanía percibe como más importantes. Se define éxito cuando los partidos logran crecer electoralmente de forma significativa y ser relevantes en el sistema político. Por tanto, los nuevos desafiantes sobre los que se pretende explicar su éxito abarcan a la izquierda democrática, la izquierda populista y la ultraderecha (sin distinguir entre populismo de derecha y derecha radical). En línea con el argumento de De Vries & Hobolt (2020), se considera a los partidos populistas como un tipo más de partidos desafiantes. Para complementar la teoría principal, se establece un argumento para distinguir cuándo es más probable que la izquierda, como desafiante, se torne populista o autoritaria. A excepción de la izquierda no populista, todos los demás nuevos desafiantes debilitan a la democracia por comportarse de forma semileal o desleal a la democracia liberal, por lo que este trabajo pretende hacer un aporte a la literatura sobre el revés democrático.

Explicar fenómenos característicos de una época implica el desafío de observarlos de lejos y de cerca al mismo tiempo. Deben ser analizados desde dos niveles: uno general, que identifique qué condiciones del período explican por qué determinados fenómenos —como el populismo— se vuelven frecuentes; y

otro particular, que permita comprender por qué emergen en ciertos momentos y lugares específicos, y no en otros. Por ejemplo, explicaciones que apuntan al creciente desinterés ciudadano en la política pueden ayudar a entender el auge del populismo en las últimas décadas, pero no explican por qué este fenómeno surgió con éxito en un país y no en otro con niveles similares de apatía política, ni por qué surgió en ese momento, ni por qué lo hizo a través de un actor de derecha y no de izquierda, o viceversa. Las explicaciones generales del auge del populismo en el período actual son necesarias, pero difícilmente suficientes para comprender sus manifestaciones concretas. A menos que se demuestre que ciertas condiciones alcanzan, en determinados momentos, un umbral crítico (por ejemplo, un nivel particularmente alto de desinterés político), se requieren factores adicionales que expliquen por qué el populismo emerge con fuerza en ciertos contextos.

Ahora bien, si se utilizan únicamente causas particulares para explicar el éxito del populismo —por ejemplo, la crisis económica de 2008—, debe reconocerse que crisis económicas también han derivado históricamente en otras formas de expresión política, como dictaduras militares o regímenes fascistas, entre otros, todos ellos, al igual que el populismo, influenciados por factores característicos de su época. Por lo tanto, al intentar comprender expresiones particulares de fenómenos característicos de una época, es necesario considerar tanto las condiciones generales que los hacen posibles como los factores específicos que los activan. Ambas explicaciones son necesarias para una suficiente comprensión del fenómeno populista.

En la primera parte de este trabajo, se argumenta que para el inicio de este período temporal (1990) sucedieron una serie de cambios que explican la mayor preponderancia del populismo en las democracias contemporáneas. Se explica que existe una relación de temporalidad entre las dos formas de capitalizar el descontento anti-establishment, debido al vínculo de hecho entre los procesos de democratización y la llegada de la izquierda al poder, y de la llegada de la izquierda al poder con el discurso anti-establishment económico, que se agota cuando la izquierda como desafiante también lo hace, haciendo que en la época actual el discurso anti-establishment político sea más idóneo para expresar el descontento que el económico. En este escenario, sucedieron dos grandes cambios que facilitaron que se capitalizara y que hubiera mayor descontento con el establishment político en democracias. El primer cambio ocurrió en los medios masivos de comunicación, que hizo que los partidos ya no sean necesarios para ganar apoyo político, lo que facilitó que se capitalizara el descontento hacia la clase política y debilitó a los partidos en su rol de representación. El segundo cambio fue la globalización, que hizo que las instituciones políticas tengan menos capacidad de constreñir a las instituciones económicas, haciendo que las instituciones políticas en democracia sean menos representativas de los intereses de la ciudadanía.

Para explicar las expresiones particulares de populismo y otros nuevos desafiantes —recordemos que se busca explicar el éxito de la izquierda (democrática o populista) y la ultraderecha—, el argumento parte de la existencia de un descontento significativo en la ciudadanía que puede ser canalizado por actores que se posicionan como desafiantes: partidos con suficiente inexperiencia y novedad para poder posicionarse como distintos al statu quo. Si estos desafiantes logran relevancia electoral y crecer electoralmente, se consideran exitosos. En contextos donde no hay un desafiante preexistente —lo que suele suceder tras gobiernos fallidos de distintos signos políticos—, debe emerger uno nuevo para canalizar el descontento existente. Las características que va a tener el nuevo desafiante que emerja dependen de dos factores: de la demanda de incorporar asuntos políticos al debate y de los valores de las dimensiones que puedan resultar novedosos y distintos al statu quo según el tipo de competencia política que tenga un sistema. Para determinar las características que conducen al éxito del nuevo desafiante se elabora una clasificación de la competencia política en sistemas de partidos estructurados programáticamente, organizada según ocho posibles combinaciones de tres dimensiones políticas: la ideológica (izquierda-derecha), la cultural (progresistas-conservadores) y la sistémica (demócratas-autoritarios). Cualquiera de estas combinaciones da lugar a dos grandes bloques políticos, producto de la necesidad de formar alianzas entre partidos de distintas dimensiones para alcanzar apoyo electoral o gobernar. Este argumento permite explicar el éxito de dos tipos de nuevos desafiantes: la izquierda y la ultraderecha. A su vez, se establece un argumento adicional para explicar cuándo es más probable que la izquierda desafiante se torne autoritaria o populista. Esto sucede cuando la izquierda es de reciente creación y no ha convivido políticamente con la derecha, cuando goza de una gran popularidad al inicio de su gestión de gobierno y cuando la derecha se comporta de forma semileal o desleal en su rol de oposición.

El marco temporal de 1990 hasta la actualidad se debe a razones teóricas. Como se desarrollará más adelante, para esa fecha sucedieron una serie de cambios que facilitaron que el descontento con los partidos políticos —el cual siempre existió— pudiera ser capitalizado en opciones electorales. La elección de una fecha o marco temporal implica cierta arbitrariedad. En este caso se eligió el año 1990 porque es el año posterior a la caída del muro de Berlín, que implicó un cambio importante en la política en todo Occidente, particularmente en Europa, y también fue el año en que finalizó la dictadura militar en Chile, la última dictadura marcada por la intervención internacional como consecuencia de la Guerra Fría. A partir de esa fecha, la ruptura de la democracia “clásica” con disolución del parlamento fue prácticamente eliminada, y comenzaron a generarse con mayor frecuencia otras formas de quiebre de las democracias (Levitsky & Way, 2002; Lührmann & Lindberg, 2019), como populistas con un discurso anti-establishment en el poder, comenzando en 1990 con Alberto Fujimori y Fernando Collor de Mello. El estudio en democracias se debe a que, para que el argumento sea válido, es necesario asegurar que los resultados electorales reflejan la voluntad popular. La elección regional en las Américas y Europa se debe a que allí se encuentran la gran mayoría de democracias.

A continuación, este trabajo enmarca la pregunta de investigación dentro de las características de la época, establece definiciones clave, realiza una revisión de la literatura y presenta argumentos teóricos, pero, en esta instancia, estos no se testean empíricamente. El carácter del presente documento es exclusivamente teórico.

Los cambios que definen una época

Para entender los cambios electorales recientes en las democracias, primero se requiere una visión general de la época. Siempre ha habido personas que consideran a los partidos políticos de forma negativa, aun en contextos de mayor legitimidad de los partidos, por lo que siempre existió un incentivo para utilizar el descontento existente —sea cual fuera— como un factor para competir en política. Entonces, ¿por qué recién en las últimas décadas hay una proliferación de opciones electorales que capitalizan el descontento hacia la clase política? ¿Qué hace a este período distinto de otros?

Para responder, hay que entender cuáles son las modalidades para capitalizar el descontento con el establishment. Hay dos: el discurso anti-establishment económico y el discurso anti-establishment político. Ambos son reclamos sobre la representación, que oponen al pueblo con el establishment. La diferencia es si se reclama porque el establishment no representa a un segmento por no incorporarlo (económico), o porque la política tradicional es ilegítima o ineficiente (político). Barr (2009) señala que no siempre es posible distinguir entre ambos, por lo que conviene tratarlos indistintamente. Coincido en que no siempre es posible, pero es crucial intentarlo. Por supuesto que, si entendemos que el establishment no representa a un segmento de la población, lo vamos a considerar ilegítimo, pero la diferencia es que en este caso la solución de legitimidad puede ocurrir en el marco de las instituciones políticas tradicionales: al incorporarse los segmentos de la población y/o representarse sus intereses económicos, el establishment se legitima. En el caso del discurso anti-establishment político, la solución está por fuera de la política de buenas prácticas democráticas.

No todo ataque al establishment económico constituye un discurso anti-establishment económico. Para que lo sea, el reclamo debe apuntar a la exclusión de intereses económicos de sectores populares y proponer su incorporación o representación de intereses económicos como solución. Existen otros tipos de discursos que también critican al establishment económico, pero se basan en claves nacionalistas, morales o identitarias, como los fascismos históricos o nuevas derechas que cuestionan a sectores de la élite económica por motivos culturales o nacionalistas, lo cual no constituye un discurso anti-establishment económico. El caso del discurso anti-establishment político apunta a deslegitimar a la clase política como ilegítima o ineficiente. Quienes lo adoptan pueden evadir instituciones democráticas tradicionales como los partidos, o no respetar los checks and balances ni los derechos de las minorías, para validarse como legítimos. Todo lo que forma parte del sistema político está corrupto; por lo tanto, el líder debe ser lo suficientemente fuerte para vencerlo, prescindir de él, y así presentarse como salvador de ese mal que corrompe y evita que el pueblo sea bien representado.

Ambos discursos buscan ganar apoyo mostrándose contrarios al establishment; la diferencia es a qué aspecto del establishment se oponen y, sobre todo, la solución que ofrecen para lograrlo. Cuando los establishment económico y político están fuertemente solapados, el discurso anti-establishment puede

presentarlos como una única entidad (porque, en esos contextos, efectivamente lo son). Esto puede suceder en tres circunstancias: 1) en sociedades previas donde no se habían incorporado todos los segmentos de la sociedad al electorado (Dahl, 1971), por ejemplo, cuando no votaban mujeres, minorías raciales o personas de estratos económicos bajos; 2) cuando la clase política no incorpora a segmentos contrarios al establishment económico de manera efectiva, sea por un problema estructural de falta de canales de participación (Piñeiro & Rosenblatt, 2018); o 3) simplemente porque quienes se oponen al establishment económico aún no lograron los apoyos para gobernar y pueden ser vistos como ajenos al establishment político. Por eso algunos autores eligen verlos como una misma entidad (Barr, 2009), pero es posible distinguir entre estos tipos de discursos anti-establishment observando las soluciones propuestas para legitimar el sistema, cuyo impacto para la legitimidad de la democracia es tan distinto.

La izquierda siempre es anti-establishment económico, y puede ser o no anti-establishment político. En caso de que la derecha busque capitalizar el descontento con el establishment, solo puede hacerlo con el anti-establishment político. En el esquema de Dahl (1971), donde describe las vías hacia la democratización, los gobiernos de países que nunca fueron democráticos solo son de izquierda cuando hubo una revolución (China, Rusia, Cuba). Estos casos no representan transiciones hacia la democracia, sino el reemplazo de una hegemonía cerrada de derecha por otra hegemonía cerrada de izquierda. Si bien es teóricamente posible que alguno de esos países se democratice en el futuro, hasta ahora eso no ha ocurrido. Por tanto, es posible afirmar que, en todos los casos de países que se democratizaron por primera vez, la izquierda gobernó por primera vez durante ese proceso (el crecimiento de la izquierda se alineó al proceso de democratización) o, más frecuentemente, la izquierda gobernó después de que un país se democratice por primera vez. Por eso en el período estudiado existe una relación de temporalidad entre las dos formas de capitalizar el descontento anti-establishment. La relación de temporalidad está dada porque hubo un vínculo entre los procesos de democratización y la llegada de la izquierda al poder, y de la llegada de la izquierda al poder con los tipos de anti-establishment políticos más idóneos para canalizar el descontento existente.

En sociedades donde la izquierda nunca gobernó, el reclamo de anti-establishment económico es el discurso más razonable para atacar al establishment. Pero cuando la izquierda ya se incorporó porque ya llegó al poder, deja de ser plausible culpar al establishment por excluir a la izquierda o a determinados sectores sociales, porque esa incorporación ya sucedió. Por lo tanto, el único atractivo electoral disponible para capitalizar el descontento anti-establishment después de que la izquierda ya estuvo un tiempo en el poder es el político: atacar a la clase política como ilegítima o responsable de generar el descontento existente. Una vez que todos los sectores han sido incorporados y la izquierda ha ocupado el poder, esta ya no tiene un espacio desde el cual impugnar al establishment económico de forma creíble para la mayoría de la población. En ese contexto, el discurso anti-establishment político se vuelve el canal más idóneo para expresar el descontento colectivo. A iguales niveles de descontento, el discurso

anti-establishment político va a ser mayor en las democracias más antiguas, donde la izquierda ya gobernó: Europa, América del Norte y América Latina en una segunda etapa posterior a la ola de la izquierda. Y como en la época descrita estas condiciones están más presentes que antes, en la época actual el discurso anti-establishment político es mucho más adecuado que en otras para canalizar el descontento existente.

La secuencia temporal que vincula el paso de la izquierda por el poder con las formas de capitalizar el descontento es clave para entender el auge actual del discurso anti-establishment político. Pero esta explicación debe complementarse con la mayor facilidad actual para sostener y difundir ese discurso. Recientemente, Levitsky (2025) planteó en una conferencia que la mayor prevalencia de populistas (que, por definición, siempre tienen un discurso anti-establishment político) en la época actual se debe a que hoy en día es mucho más fácil para estas personas alcanzar el poder, ya sea por la mayor apertura en la selección de candidatos dentro de los partidos o por la mayor independencia que logran frente al establishment político gracias a las redes sociales. Antes, prescindir del establishment requería un movimiento social como el que impulsó a Perón en Argentina en 1946, algo mucho más difícil de lograr. En línea con este argumento, planteo que una serie de cambios que sucedieron al inicio de esta época, principalmente en los medios masivos de comunicación, tuvieron vital importancia para explicar: 1) la mayor facilidad con la que se puede capitalizar el descontento con el establishment político y 2) las menores funciones que desarrollan los partidos políticos en comparación con el pasado, que en parte explica por qué hay más descontento con el establishment político.

Desde los años 90, con la centralidad creciente de la televisión y, más recientemente, con el protagonismo de las redes sociales, las campañas políticas comenzaron a prescindir progresivamente de la estructura y los recursos partidarios para construir apoyo político. Los medios masivos y el internet permitieron el acceso al poder de forma democrática sin que los partidos tengan que actuar como intermediarios, facilitando la visibilidad pública y el apoyo popular que se traduce a votos (Levitsky & Cameron, 2003; Mainwaring & Zocco, 2007; Mair, 2013; Levitsky, 2018). Tras los 90, no solo cambiaron los medios, sino que también hubo una tendencia a la apertura en los procesos de selección de candidatos, que los lleva a tener menor control (Freidenberg & Došek, 2016). Que estos cambios hayan coincidido no es casual: la mayor apertura buscaba legitimidad, deteriorada en parte por el mayor acceso de candidatos a medios para criticar a los partidos. Esto no excluye otras causas que también contribuyeron a su debilitamiento.

El punto central es que sucedieron una serie de cambios que apuntaban a poder prescindir de los partidos para ganar apoyo político en democracia. Antes los partidos se necesitaban para ganar apoyo político y postularse a cargos; hoy en día lo único seguro es que se necesitan para postularse a cargos. Como muestra el caso de Perú, la mínima expresión de su necesidad es su nomenclatura legal (Levitsky, 2018),

y es por eso que existen los partidos “vehículos electorales”. Más allá de las variaciones según el sistema político, es posible identificar un corte histórico generalizado en la forma en que se construye apoyo político en las democracias, lo cual habilita ciertas generalizaciones teóricas sobre la época. Para explicar el impacto de estos cambios, planteo dos escenarios: uno (1) en el cual los partidos son necesarios —es decir, no se puede prescindir de ellos— y otro (2) en que no son necesarios para ganar apoyo político en una democracia. Con partido político me refiero a cualquier grupo político identificado con una etiqueta oficial, que se presenta a elecciones y tiene la posibilidad de colocar a sus candidatos en cargos públicos mediante el voto (Sartori, 1992).

El juego consiste en capitalizar electoralmente el descontento con la clase política, lo cual solo es redituable cuando existe una demanda para hacerlo. Cuando esa demanda no está presente, los actores políticos no intentan capitalizar el descontento porque no hay recompensa electoral. Pese a las condiciones de la época actual para que el discurso anti-establishment político sea tan idóneo para canalizar el descontento de la población, se asume que en cualquier época —antes o después de los cambios descritos— existió el potencial para que este juego ocurriera. El descontento hacia la clase política es tan antiguo como los propios partidos; por lo tanto, en cualquier período fue posible que haya demanda de la población de un discurso crítico hacia la clase política. Este juego se desarrolla de forma iterada entre actores políticos (individuos o partidos): no importa si los actores son siempre los mismos o van cambiando, ya que cualquier participante en política democrática actúa bajo el supuesto de permanencia, al menos hasta la contienda electoral. En una única instancia, el juego no presenta diferencias significativas entre un escenario 1 (partidos imprescindibles) y un escenario 2 (partidos prescindibles); sin embargo, estas diferencias emergen en una dinámica iterada. Primero, analicemos el juego en una única instancia.

El juego puede modelarse como un dilema del prisionero, en el que el jugador A y el jugador B deben elegir entre acusar al otro de hacer política y criticarlo por ello, o no hacerlo y cooperar. La situación más conveniente para cada jugador es acusar al otro sin ser acusado (2, -2); la siguiente mejor es que ninguno acuse al otro (0, 0); luego, que ambos se acusen mutuamente (-1, -1); y, por último, lo peor es ser acusado sin acusar (-2, 2). Esto conduce a que, ante no poder confiar en que el otro no acusará, ambos opten por acusarse, cayendo en un equilibrio de Nash —un escenario en el que no se arrepienten de su decisión y la seguirán eligiendo en el futuro— en (-1, -1). Sin embargo, dado que se trata de una dinámica iterada, los jugadores, anticipando las jugadas futuras y sabiendo que su comportamiento será correspondido, tienden a cooperar de manera sostenida. Esto se conoce como *grim trigger*: los jugadores cooperan reiteradamente hasta que uno rompe la cooperación al acusar al otro, y a partir de allí, debido a la pérdida de confianza, los jugadores volverán a acusarse hasta que recuperen la confianza perdida.

MATRIZ 1. Juego del dilema del prisionero que ocurre al capitalizar electoralmente el descontento con la clase política, en una única instancia.

		Jugador B	
		Cooperar	Acusar
Jugador A	Cooperar	0; 0	-2; 2
	Acusar	2; -2	-1; -1

En un escenario 1, donde los partidos son imprescindibles para ganar apoyo político, nadie alcanza una posición de visibilidad pública desde la cual capitalizar el descontento sin ser también considerado político, es decir, sin quedar expuesto a ser acusado de lo mismo que critica. Esto hace que, al prever la posibilidad de ser reciprocados si acusan, los actores opten por no hacerlo y logren cooperar. Así, se ubican en el cuadrante 1 (0, 0): no capitalizan el descontento, pero tampoco salen perjudicados. En cambio, en el escenario 2, pueden existir jugadores con visibilidad pública sin haber ejercido cargos políticos —y, por tanto, sin quedar expuestos a la acusación de ser parte de la clase política—. Además, saben que pueden seguir capitalizando el descontento porque no dependen del partido: ni para ser candidatos, ni para movilizar votantes, ni para financiarse, dado que pueden ganar apoyo político sin estructuras que respondan al partido. En ese contexto, esos jugadores elegirán acusar, ya que es la estrategia que ofrece el mayor beneficio (2, -2). Cuando este escenario ocurre y candidatos con discurso anti-establishment llegan a posiciones de visibilidad, al interactuar con otros candidatos (iterarse en juego), el equilibrio de Nash será el cuadrante 3 (-1, -1): acusarse mutuamente. Si los demás no pueden devolver la acusación (por su trayectoria política), el resultado será el máximo beneficio para el acusador (2, -2). En cualquier caso, en el escenario 2, el discurso anti-establishment político estará presente: siempre habrá alguien que acuse a otro.

Aunque en el escenario 1 hubiera un candidato que fuera popular y quisiera postularse, si dependía de un partido para hacer una campaña política —ya fuera para ser seleccionado como candidato o movilizar votantes a través de recursos que solo el partido podía ofrecer—, entonces esa persona necesitaba de un partido para ganar apoyo político. Levitsky (2025) menciona el ejemplo del empresario Tom Ford, popular y con dinero, pero sin autonomía de un partido político para postularse. Vale aclarar que no asumo que la dependencia de los partidos protege por sí sola a la democracia del ingreso de candidatos con discursos anti-establishment político, bajo la premisa de que los partidos actuarían para evitarlo. Solo sostengo que lo harán si consideran que esa es la única vía para ganar. De lo contrario, preferirán postularse ellos mismos y excluir a otros candidatos. Por lo que es más probable que en el escenario 1 se excluya a candidatos con retórica anti-establishment político. En el escenario 2, cuando hay jugadores con estas características, los actores se enfrentan a un entorno más hostil y menos cooperativo. Comienzan a defenderse de sus propias prácticas políticas, a ocultarlas o a buscar estrategias para

legitimarlas. Es común ver acusaciones cruzadas entre políticos sobre clientelismo, corrupción u otras prácticas que dañan la imagen pública. El mayor acceso a la información en la actualidad dificulta ocultarlas (Diamond & Gunther, 2001), pero muchas veces no son periodistas ni agentes externos quienes las denuncian, sino los propios políticos, a sabiendas de que ese comportamiento será reciprocado.

Antes del cambio en los medios de comunicación, mayoritariamente los políticos se encontraban en el escenario 1, porque la única forma de prescindir de los partidos para ganar apoyo político era mediante un gran movimiento social, como el que impulsó a Perón en 1946. Esto era muy difícil de conseguir. En la actualidad, si existe demanda del discurso anti-establishment político, nos encontramos en el escenario 2. Los medios son suficientes para ganar apoyo político por fuera de los partidos, aunque no permitan crecer lo suficiente electoralmente; la posibilidad está y se expresa con mayor fuerza en momentos de gran descontento. El momento en que esa demanda ocurre se explica en el argumento principal de este trabajo, pero lo que aquí se busca establecer es que el simple hecho de que hoy sea posible expresar con tanta facilidad ese discurso nos ayuda a entender por qué lo vemos tanto. Esta mayor facilidad para canalizar esas demandas, producto de los cambios en los medios, no ocurrió en un único momento. Con la irrupción de las redes sociales, se incrementó aún más la posibilidad de ganar apoyo político a través de los medios.

Otro efecto que ocurre por lo innecesarios que son los partidos políticos para ganar apoyo político es que los partidos desarrollan menos funciones de representación. Ya en 2001, Schmitter (2001) advertía que los partidos estaban perdiendo capacidad para cumplir las funciones que históricamente desempeñaban, y que la literatura asumía que cumplían. Años después surgieron casos curiosos como el de Perú, donde el régimen ha sido democrático sin partidos que desarrollen funciones para ganar apoyo político, solo como vehículos electorales (Levitsky & Cameron, 2003). La pregunta que considero que debemos hacernos es qué necesariamente hacían los partidos políticos para mantener o aumentar su caudal electoral en las próximas elecciones, que servía para mantener la democracia, y qué en la actualidad ya no lo tienen que hacer para cumplir el mismo fin.

El trabajo de Mainwaring y Zocco (2007) muestra cómo los regímenes competitivos inaugurados en períodos tempranos tienen mucha menos volatilidad electoral que aquellos inaugurados más recientemente, debido a que los partidos tenían funciones muy distintas según el momento en el que la democracia fue instaurada. Hoy, usar los medios masivos para ganar apoyo es más fácil, posible y –en el corto plazo– más efectivo para ganar apoyo electoral que construir un partido para ello. Incluso los partidos más antiguos adoptan los nuevos atajos disponibles y así van dejando de desarrollar funciones. Si para lograr sus fines los partidos deben obtener cargos, sea para representar políticas o para ganar la mayor cantidad de cargos (Strøm, 1990), no es racional hacer más de lo necesario para lograrlo. Los

partidos que ya desarrollaron esas funciones porque fueron instaurados en otra época, en caso de que sobrevivan en este ambiente más hostil, van a enfrentar tentaciones para dejar de desarrollarlas si aprenden que es menos costoso cambiar hacia formas más contemporáneas de ganar apoyo político. Los nuevos partidos que se instalen no tienen incentivos para hacer más de lo que necesitan para ganar cargos. En esa línea, Levitsky (2018) argumenta que en el Perú post-Fujimori no se generaron nuevos partidos porque los políticos adoptaron estrategias y tecnologías que les permitieron tener éxito sin ellos, lo que debilitó los incentivos para construir partidos. Por tanto, no solo en esta época se puede buscar apoyo político en base a criticar los partidos con más facilidad, sino que, además, crecieron los motivos para criticarlos porque estos desarrollan menos funciones de representación que antes.

Otro efecto indirecto de esta facilidad para capitalizar el descontento anti-establishment es que no es necesario ser violento para alcanzar poder político siendo autoritario. Por tanto, hay menos violencia. Aunque eso es positivo, la violencia ayuda a generar el trauma necesario para que haya partidos vibrantes (Rosenblatt, 2018). En síntesis, como consecuencia de los cambios descritos, los partidos sobreviven menos, colapsan más, y muchos sobreviven en el corto y mediano plazo capitalizando el descontento con la política, y así socavan la legitimidad de los partidos como institución.

Es justo decir que esta mayor apertura posiblemente se relacione con que en las últimas décadas hemos tenido candidatos y gobernantes ajenos al clásico establishment político. Eso puede haber facilitado que un obrero fuera presidente de Brasil, un indígena de Bolivia y más mujeres fueran presidentes. Sin embargo, lo que observamos mayormente son problemas de representación y candidatos que responden más a los intereses del establishment económico: la desigualdad intrapaís ha aumentado en la mayoría de las democracias (Gradín & Oppel, 2021). ¿Por qué, si el poder político es más accesible a todos, responde menos a los intereses de la mayoría?

En primer lugar, y como se puede intuir por lo explicado hasta ahora, y se explicará con precisión más adelante, el descontento del establishment político lo suele canalizar con mayor facilidad la derecha, que tiene intereses económicos más afines al establishment económico, o incluso a la oligarquía. Esto puede explicar el aumento de la desigualdad: la derecha la asume como natural y busca reducirla menos que la izquierda. Pero esto no constituye un problema de representación porque responde a las decisiones del electorado. El problema de representación, adicional a los que ya vimos, ocurre porque el cambio de escenario también altera la relación entre los partidos políticos y la oligarquía. Defino oligarquía como un grupo de actores con extremos recursos materiales que ejercen poder sobre el resto para defender su riqueza personal (Winters, 2011:7). Acorde a la clasificación de Winters (2011), los oligarcas que operan en las democracias contemporáneas son del tipo civil; es decir, aquellos que operan dentro de un marco de derecho civil, y a menudo utilizan la corrupción o el lobby para influir en el gobierno. En

ambos escenarios (1 o 2), dado que los estados nacionales tienen un marco legal que protege la propiedad privada (p. 208), especialmente en democracias (Acemoglu & Robinson, 2013), para los oligarcas es menos costoso ejercer influencia indirecta a través de los partidos políticos que ejercer violencia, por lo que eligen moverse en un contexto democrático.

En el escenario 1 —con partidos imprescindibles para ganar apoyo político—, los oligarcas tienen ciertas demandas y necesitan a los partidos para que los implementen, porque los partidos tienen el monopolio para ganar poder político y el monopolio legal para acceder al poder que Winter (2011) denomina de tipo office, es decir, acceder al gobierno. Si bien podrían hacer un partido político, los costos para formar un partido son más altos que financiar a uno ya existente (Levitsky et al. 2016; Luna et al. 2021) y no hay garantías de que vayan a recibir el apoyo político que quieren si forman un nuevo partido, por lo que es preferible influir en los partidos que ya saben que tienen apoyo político para que se cumplan sus preferencias. A su vez, para ganar apoyo político, los partidos deben desarrollar una serie de funciones que representan a la población, y por eso lo hacen. Como la oligarquía necesita que los partidos tengan apoyo político para lograr su cometido, debe tolerar que los partidos representen a la población. Así, los partidos políticos median entre los intereses de la ciudadanía y la oligarquía.

En el escenario 2 —con partidos prescindibles para ganar apoyo político—, si las propuestas de los partidos en su afán por ganar apoyo electoral molestan a la oligarquía, esta puede hacer su propio partido con mayor facilidad, o puede presionarlos con mayor efectividad porque los partidos son más débiles. Solo necesitan un partido por su monopolio legal, pero pueden usar su dinero para ganar apoyo político más fácilmente, y así tienen que ceder menos a la resistencia que puedan presentar los partidos para concederles lo que desean. La influencia de la oligarquía puede ser mucho más directa si los partidos no son necesarios para ganar apoyo político. Además, los partidos pueden ganar apoyo político sin generar funciones que les permitan representar mejor, por lo que, si bien formalmente es más común que los ciudadanos estén más incluidos en la época actual (hay voto universal), los partidos están más desconectados de la ciudadanía, porque no necesitan estarlo para ganar elecciones. Que la oligarquía pueda influir más directamente en la política no quiere decir que lo haga, ni tampoco que, si lo hace, eso genere una tensión con la democracia (Winters, 2011); esas son afirmaciones empíricas que no se pueden afirmar con un argumento teórico. Lo que sí se puede decir es que tienen más facilidad para influir si lo desean. En caso de que sí decidan ejercer el poder que tienen y que sus intereses entren en conflicto con los de la mayoría del electorado, eso constituiría un problema de representación política para la población y, obviamente, para la democracia liberal.

Adicionalmente al cambio en el rol de los partidos, ocurrió otro cambio en simultáneo que también impactó en la capacidad de la oligarquía para evadir restricciones políticas: la globalización. Las multinacionales, que son una gran fuente de riqueza y razonablemente de oligarquía, no están

constreñidas a un solo ámbito donde deban acatar las medidas que tome la política: si no les gustan las restricciones, pueden irse a otro lugar. Pueden evadir la acción política sin necesidad de presionar a los partidos locales, simplemente mudándose. Con su huida causan que la política se adelante a sus acciones y los restrinja menos: la famosa carrera hacia abajo (Olney, 2013). Para que los países no compitan entre sí por la presencia de multinacionales, deberían coordinarse todos, lo cual es muy difícil. En línea con esta dificultad, se observa que las mayores restricciones a las multinacionales provienen de bloques de países, y solo cuando uno de estos actores —como la Unión Europea— impone por primera vez esas normas, es que luego se expanden como estándares globales (Bradford, 2020). Aun así, estos bloques compiten por otros bloques de países, por lo que no es una cooperación completa.

La oligarquía y la élite económica no son lo mismo, pero en el trabajo de Winters (2011) y Acemoglu y Robinson (2013) se parte del supuesto de que ambos prefieren no redistribuir la riqueza que poseen. Es útil, como herramienta de análisis, observar los cambios surgidos al inicio de esta época desde el marco general de Acemoglu y Robinson (2013). Los autores describen cómo las instituciones políticas condicionan a las instituciones económicas, y eso resulta en la prosperidad de las naciones. Los cambios mencionados al inicio de esta época implican lo siguiente: 1) cambiaron las instituciones políticas, debido a los cambios que sufrieron los partidos políticos; y 2) el ámbito principal donde ese condicionamiento ocurría —el Estado-nación— también se transformó, lo que implicó una menor capacidad de las instituciones políticas para condicionar a las económicas (Rodrik, 2011). Esto tensiona el funcionamiento básico del esquema teórico de los autores, ya que en su formulación original las instituciones políticas y económicas operan en un mismo plano nacional. Ahora no solo el plano ya no es nacional, sino que no es el mismo para las instituciones políticas que para las instituciones económicas. Las instituciones políticas no pueden imponer regulaciones económicas sin considerar que la élite económica puede irse si no le gustan las regulaciones. En caso de que esa no haya sido la intención de las instituciones políticas al imponer las regulaciones, eso implica una pérdida para estas. El desfasaje en el plano donde operan las instituciones hace que las instituciones políticas necesariamente tengan que negociar y considerar más los intereses del capital, reduciendo su capacidad de incidir sobre las instituciones económicas. Estos elementos vinculados a la globalización constituyen otra herramienta importante de poder de la oligarquía para estar menos condicionada por las decisiones políticas de las naciones, que se complementa con los cambios descritos en los partidos políticos para resultar en una época de gran libertad de acción para la oligarquía.

Entonces, ¿tiramos abajo el mantra de que los partidos son necesarios para la democracia? En el modelo de democracia actual, los partidos políticos sí son necesarios para que la democracia funcione correctamente. La letra chica de la frase, que no escribimos porque asumimos como obvio porque así lo era, debería decir “siempre y cuando en la democracia los partidos políticos sean necesarios para ganar apoyo político”. Solo así desarrollan las funciones de representación y cumplen el rol de mediación tal

cual lo estipula la teoría democrática que conocemos. El problema es que, en las condiciones actuales, la letra chica ya no se cumple; los partidos —aunque con diferencias de gradación según especificidades partidarias y locales— ya no son necesarios para ganar apoyo político. ¿Qué hacemos entonces? O volvemos a lograr que los partidos sean necesarios y trabajamos en que recuperen la confianza perdida, o creamos otro modelo de democracia donde se puedan cumplir bien las funciones de representación de la ciudadanía de otra forma. Lo único seguro es que no vamos a encontrar las soluciones exclusivamente mirando al pasado, sino que debemos crear nuevas soluciones que se adapten a nuestro presente.

La explicación ofrecida en esta sección es fundamental para entender el argumento de las siguientes páginas, que aspira a explicar diferentes expresiones de cambio en esta época. Pero antes de adentrarnos en él, delimitemos algunos conceptos.

Conceptos fundamentales

Este trabajo tiene como objetivo desarrollar una teoría que abarque un extenso período temporal y amplitud regional, tratando fenómenos que, en general, se han estudiado de manera separada. La conceptualización, siempre importante, cobra especial relevancia aquí por la amplitud de la teoría, que no puede sostenerse solo con el conocimiento de casos específicos. Además, existe cierta falta de consenso en la literatura sobre conceptos claves para este estudio. Por estas razones, resulta esencial dedicar un espacio considerable al trabajo conceptual, ya que estos elementos son fundamentales para estructurar el argumento teórico que se presentará a continuación.

Descontento en democracia

Se suele distinguir entre la insatisfacción con el desempeño de la democracia y la desaprobación del régimen en sí mismo, es decir, su legitimidad. La insatisfacción surge cuando los gobiernos no cumplen las expectativas de los ciudadanos. Linz (1987) lo describe como la eficiencia y efectividad de un sistema político, es decir, la capacidad de encontrar soluciones a los problemas y ponerlas en práctica con resultados deseables. La legitimidad es la creencia de que, a pesar de las deficiencias y los fracasos, las instituciones políticas son mejores que cualquier otra que pudiera haber sido establecida. Esa legitimidad hacia el régimen —de la clase política y de la ciudadanía— es la que sostiene a la democracia en tiempos de crisis o malos resultados (Morlino & Montero, 1995). Cuando hay períodos prolongados de insatisfacción con la democracia, la legitimidad eventualmente se erosiona, pero es mucho menos volátil que la insatisfacción (Linz, 1987). Si la legitimidad está erosionada, pero hay buenos resultados, podemos ver que el régimen está estable, pero sabemos que, de no fortalecerse la legitimidad, cuando haya períodos de crisis, el régimen va a estar especialmente susceptible. Si bien la satisfacción con el régimen y su legitimidad están relacionados, están planteados por Linz como variables independientes y hay evidencia empírica de que son fenómenos distintos (Montero, Gunther, & Torcal, 1997).

Dado que la democracia —entendida en un sentido amplio, como sea que la entiendan las personas— cuenta con una gran legitimidad en la actualidad (incluso quienes la atacan lo hacen elogiándola (Levitsky & Way, 2002)), es difícil de medir porque no todos entienden lo mismo cuando hablan de democracia. Esto es problemático porque lo que se busca medir es la legitimidad hacia la democracia liberal, debido a que el elemento liberal es un componente fundamental de las democracias contemporáneas (Plattner, 1998). Ya que es difícil medirla directamente, lo mejor es observar la legitimidad de forma indirecta. La desafección es el principal factor que daña a la legitimidad de la democracia, además de la acumulación de insatisfacción, por lo que es lo que vamos a observar. La desafección está asociada con la indiferencia y la desconfianza en las instituciones democráticas: se caracteriza por síntomas de cinismo y sentimientos de indiferencia o incluso hostilidad ante la política y las instituciones democráticas (Moisés, 2011).

El enfoque que distingue entre insatisfacción y desafección se basa en el análisis original de David Easton sobre la naturaleza del apoyo político, que se refiere al apoyo específico y difuso como dimensiones diferentes (Easton 1965, 1975). Mientras que el apoyo específico se refiere a la satisfacción de los ciudadanos con el desempeño de los gobiernos, así como con el liderazgo político, el apoyo difuso se relaciona con su actitud hacia el sistema político en su conjunto, independientemente del desempeño de sus responsables (Moisés, 2011). Por tanto, el concepto de descontento va a componerse de dos dimensiones: la desafección con las instituciones democráticas y la insatisfacción, tanto con el funcionamiento de la democracia como con cualquier aspecto que caiga sobre la esfera pública donde los políticos son considerados responsables por sus malos resultados (Praprotnik & Perlot, 2020). Esto es porque lo que se busca observar es el descontento en democracia y no solo con la democracia. Por tanto, la dimensión de satisfacción en democracia también debe incorporar otros aspectos que den cuenta del malestar general de la población, como pueden ser la evaluación del gobierno, la marcha de la economía, la inseguridad física y el malestar cultural.

De esta forma, la variable descontento puede asumir tres valores: no descontento, descontento inactivo y descontento activo. El no descontento ocurre cuando no hay desafección ni hay insatisfacción; el descontento inactivo es cuando hay desafección, pero no hay insatisfacción, y finalmente, el descontento activo es cuando hay desafección e insatisfacción, o solo insatisfacción. El descontento activo es el valor de la variable que motiva cambios en los ciclos electorales. La combinación de desafección con insatisfacción resultará en una gradación de descontento mayor que si solo estuviera el mismo valor de insatisfacción sin desafección. El descontento inactivo (solo desafección sin insatisfacción) no produce cambios porque es un descontento pasivo, pero es una luz amarilla que debería prepararnos para ver cambios importantes cuando haya insatisfacción, que nos parecerían desmedidos si solo observáramos el cambio en la insatisfacción.

Candidato outsider

La literatura política ha tendido a definir a los candidatos outsiders como aquellos que se vuelven prominentes políticamente fuera del sistema de partidos nacional (Carreras, 2014; Kenny, 1998; Barr, 2009; Miller 2011; Seawright, 2012). Según Barr (2009), lo que importa es la relación que el candidato tiene con el sistema político. Así, tanto un candidato nuevo como marginal o insignificante pueden ser equivalentes, ya que ambos presentan el componente de novedad que los diferencia del resto del sistema político (Schedler, 1996). Se justifica la inexperiencia como constitutiva de un outsider por otorgarle el carácter de “nuevo” en el sistema político, lo que hace que sea de afuera de este.

En esta línea, Carreras (2014) elabora una tipología de candidaturas basada en la experiencia política previa del candidato y en si ingresa al sistema a través de un partido nuevo o establecido. Define a los outsiders como aquellos sin experiencia política significativa (menos de dos años) y que ingresan al

sistema mediante un partido nuevo. Esto se debe, en parte, a la relación entre ambos factores: como establece Carreras en 2014, la mayoría de los candidatos sin experiencia que ingresaron al sistema lo hicieron a través de partidos nuevos. También considera casos intermedios, donde los candidatos tienen inexperiencia política, pero ingresan en un partido establecido (amateurs) o tienen experiencia política, pero se postulan en un partido nuevo (mavericks). Si bien estas categorías son útiles para estudios de caso, asumo que el partido por el que ingresan los outsiders depende más de las características del sistema de partidos (conveniencia y oportunidades, como sugiere Black, 1972) que del perfil del candidato en sí. Por este motivo, para facilitar la comparación entre candidatos de diferentes sistemas políticos, es mejor obviar el partido por el que compiten de la definición.

Se considera que un candidato carece de experiencia política previa significativa cuando tiene escasa o nula experiencia en relación a la experiencia que tengan los candidatos en ese sistema político. Lo que es una novedad en un sistema político es relativo a lo que no lo es. Por tanto, la mejor forma de definirlo es crear una distribución de la experiencia política de los candidatos y que los nuevos sean una porción de quienes tienen, relativamente respecto al resto, menos experiencia. Esto permite viajar mejor al concepto a través de diferentes sistemas políticos y también en el tiempo. Los únicos requisitos fijos (que no dependen de la distribución, porque si no siempre habría outsiders y no siempre los hay) son que no hayan sido candidatos presidenciables o a primeros ministros en el P. Ejecutivo.

Populismo

El populismo ha adoptado diferentes formas a lo largo del tiempo y entre distintas regiones, desde 1930 hasta la actualidad, y ha representado diversas ideologías. Esto lo convierte en un concepto difícil de encapsular (Gagnon et al. 2018). El concepto debería poder aplicar a todas estas expresiones, pero a la vez ser suficientemente preciso para excluir lo que no es populismo. Además, es fundamental que el concepto nos ayude a entender cómo el populismo impacta en un sistema político. Esclarecer si el populismo debilita o fortalece a la democracia, de qué depende que lo haga, si algunas características debilitan a la democracia y otras no, es de suma importancia. La definición, además de ser precisa, nos debe poder ayudar a entender su impacto.

El populismo ha sido definido desde diferentes enfoques: económico (en función de sus políticas económicas), estructuralista (que explica las fuerzas subyacentes para su surgimiento), político-estratégico (como una estrategia para ganar apoyo político) e ideacional (como un conjunto de ideas) (Hawkins & Rovira Kaltwasser, 2017). El debate más reciente sobre qué es el populismo se ha centrado entre el enfoque político-estratégico y el ideacional (Skenderovic, 2017), ya que ambos abarcan la diversidad de manifestaciones populistas. Si bien ambos enfoques coinciden en una mínima descripción (no suficiente) del populismo como una dicotomía de la esfera política en dos bandos antagónicos, el “pueblo” (del lado merecedor, pero actualmente “sufriendo” u “olvidado”) y el establishment político (el villano)

(Ostiguy y Casullo, 2017), el enfoque político-estratégico ofrece dos ventajas clave. Primero, permite incluir otros elementos además del discurso, lo que ayuda a delimitar mejor el concepto de populismo y evitar la ambigüedad (Weyland, 2017). Segundo, asume que el populismo es esencialmente una modalidad de actuar en política (Müller, 2017), en lugar de una idea en sí misma. Esta perspectiva resulta más adecuada para este trabajo, que busca explicar el populismo como un resultado, en lugar de centrarse en las ideas populistas como causa de las expresiones de populismo.

Se entiende al populismo como una modalidad de actuar en política para ganar o mantener poder (Barr, 2009; Müller, 2017), en la que un líder o candidato con un atractivo anti-establishment político se sitúa en el rol de defensor del pueblo de la acción del establishment político. Schedler (1996) describió al triángulo de anti-establishment político (simplificado como antipolítica): un espacio simbólico triangular de tres actores y sus relaciones; la clase, el pueblo y el outsider. El establishment es malo, uniforme (todos los políticos son iguales), toma las decisiones equivocadas y solo se interesa por sí mismo, por lo que mienten a las personas para buscar poder. El pueblo es la víctima y el candidato anti-establishment es el héroe redentor que se enfrenta al establishment para salvar al pueblo, creando una identidad común en base a un adversario en común. Esto también ha sido descrito como el mito populista (Ostiguy & Casullo, 2017; Casullo, 2019).

Dentro de este triángulo antipolítica, el líder se opone al establishment político. Sin embargo, resulta difícil imaginar que un candidato pueda ganar una elección o gobernar atacando a todo el establishment. Para que la oposición sea coherente con el discurso de defender al pueblo, el líder podría clasificar arbitrariamente a algunos miembros del liderazgo como parte del establishment y a otros no. Además, en muchos partidos de ultraderecha en Europa y América del Norte, la oposición no solo se dirige contra la élite política, sino también contra grupos como los inmigrantes, a quienes se les considera un perjuicio para el pueblo. Panizza (2005) ofrece una clave para entender estas discreciones, al definir que en el populismo la élite y el pueblo son colectivos imaginados, contruidos discursivamente. En *The Age of Discontent* (Rhodes-Purdy, Navarre, & Utych, 2023), los autores definen el populismo como la creencia de que las élites han traicionado al pueblo. La traición puede ser egoísta (las élites políticas se preocupan por sus propios intereses), pero más frecuentemente se hace para favorecer a algún grupo de “no personas”. Estas “no personas” son aquellas que, aunque no son parte de la élite política, son vistas como no merecedoras de participar en la democracia por alguna razón (p. 30). Esto clarifica los límites del establishment y el pueblo: el primero lo constituyen las élites políticas que traicionan al pueblo, mientras que el pueblo está compuesto por las personas de bien merecedoras de ser incluidas en el sistema político. Pese a la arbitrariedad de las definiciones de traición y pueblo, este enfoque ayuda a identificar al discurso anti-establishment político en un contexto más realista.

Acorde a la clasificación de Linz (1987), Schedler (1996) clasifica a los movimientos anti-establishment políticos como semileales, dado que no se muestran abiertamente antidemocráticos, pero sí tienen comportamientos desleales. Debido a su naturaleza anti-establishment, el populismo no reconoce la legitimidad de sus adversarios y no actúa de manera leal. Aunque es democrático en cuanto busca representar a grandes masas, no respeta los principios liberales de la democracia, ya que se autoproclama como el único representante legítimo del pueblo. Acorde a la definición de Müller (2017), el populismo es antipluralista porque afirman que ellos y solo ellos representan al pueblo, y consideran ilegítimos a los demás competidores políticos. Cuando los populistas están en la oposición, insisten en que las élites son inmorales. Para identificar la deslealtad o semilealtad, se parte de los indicadores construidos por Levitsky y Ziblatt (2018) construidos en base al trabajo de Linz: rechazo (o débil aceptación, por ejemplo, solo cuando le es conveniente) de las reglas e instituciones democráticas; negación de la legitimidad de los adversarios políticos; tolerancia o fomento de la violencia en base a criterios políticos partidarios y, finalmente, predisposición a restringir las libertades civiles y políticas del contrincante político, incluidos los medios de comunicación.

Los elementos anteriores —el triángulo antipolítica y su semilealtad o deslealtad a la democracia liberal— son características constitutivas del populismo; es decir, su presencia es necesaria y conjuntamente suficiente para que un partido se considere populista. A partir de estas dos características constitutivas, se derivan otros atributos que, aunque no son necesarios ni suficientes, suelen estar más presentes en los partidos populistas que en otros partidos políticos. Estos son: la generación de polarización, el realce de que se está representando a la voluntad popular y la búsqueda de legitimidad por fuera de las instituciones, particularmente la legitimidad carismática.

En cuanto a la generación de polarización, la oposición en común entre el líder o candidato y el pueblo es la base de la unión entre ambos. Esta oposición se resalta continuamente como una forma de consolidar esa unión, lo que permite al líder o candidato ganar o mantener poder al adjudicarse que representa al pueblo (Ostiguy & Casullo, 2017). El trabajo de Rooduijn, van der Brug & de Lange (2016) muestra cómo el populismo no solo es causado por el descontento político en la población, sino que, una vez instalado en el sistema político, lo refuerza y causa descontento político. De allí que el populismo sea intrínsecamente polarizante (Roberts, 2022), al menos en formas de polarización afectiva (las ideológicas requieren una ideología definida y estable, de la que el populismo suele carecer (Weyland, 2017)).

De forma complementaria a lo anterior, el populismo no solo necesita reforzar (mantener) el apoyo del pueblo, sino que necesita mostrarlo para usarlo políticamente; hay una celebración de la idea de voluntad popular (Woods & Wejnert, 2014). Para ello suele realizar prácticas para mostrar ese apoyo, como pueden ser movilizar a las masas (Casullo, 2014) o utilizar políticamente encuestas (Weyland, 2017). Se

busca tener vínculos ("*linkage*") más directos con la ciudadanía. Dado que el populismo desconfía de las instituciones —se opone a ellas por ser parte del establishment—, necesita mostrarle a la ciudadanía que los está representando por fuera de las instituciones establecidas. Kitschelt (2000) describe a los vínculos populistas como más inclusivos, emocionales, personalistas, movilizantes e inestables, en comparación con los vínculos de tipo programático, que son más institucionales, estables e ideológicos. Otros autores establecen que los vínculos que establece el populismo son plebiscitarios (Barr, 2009), o que ejercen el poder de forma directa, sin mediación y desinstitucionalizada (Weyland, 2001). El punto central es que el populismo va a buscar vincularse de forma más directa entre el movimiento populista, idealmente el líder o candidato que los representa, y la ciudadanía.

Dado que las instituciones democráticas de un sistema político, cuando funcionan correctamente, legitiman la actuación de los representantes electos y generan pesos y contrapesos al poder, el populismo no puede basar su legitimidad en ellas. Esto porque las instituciones democráticas fueron creadas por el establishment al cual se opone y desconfía (Mudde & Rovira Kaltwasser, 2017) y/o porque estas instituciones legitiman al adversario, a quien el populismo considera ilegítimo. Tampoco pueden legitimarse primordialmente en una ideología, porque esta siempre ocupa un lugar secundario, porque, según el triángulo antipolítica, lo que salva al pueblo del establishment no es una idea o utopía a seguir, sino el propio líder o candidato (Schedler, 1996; Laclau, 2005; Weyland, 2017). Por tanto, debe buscar fuentes alternativas de legitimidad que den cuenta de que el populismo es la encarnación de la voluntad popular, como buscan mostrar (Laclau, 2005; Mudde & Rovira Kaltwasser; Weyland, 2017), y que le den flexibilidad al candidato para ejercer el poder sin cuestionamientos.

La principal fuente de legitimidad del populismo va a provenir de la dominación carismática por parte de su principal figura (Weyland, 2001; 2017). No es una sorpresa, por ser la dominación carismática el tipo de dominación propio de quienes buscan ir contra lo establecido, la revolucionaria (Weber, 1983: 196). También puede que se utilicen otras fuentes, pero de forma inconsistente, siempre y cuando le sean convenientes para validar las decisiones del líder o candidato. Por ejemplo, Nayik Bukele utiliza la legitimidad legal-racional por resultados, al apoyarse en que sus medidas contra la seguridad funcionan, pero cuando se le cuestiona que sus acciones no respetan los derechos legales de los criminales, esquivo el argumento legal-racional y refiere a que está cumpliendo la voluntad popular. Otro ejemplo clásico de apelación a la legitimidad legal-racional es Donald Trump cuando suele repetir "Law & Order" al hablar de sus propuestas o medidas. Ejemplos de legitimidad tradicional son más frecuentes en populistas de derecha en Europa al realzar las costumbres y cultura tradicional de cada país (Ostiguy, 2017).

La diferencia entre la búsqueda de dominación carismática y el personalismo —cada vez más frecuente y no necesariamente excluyente del populismo— radica en que, en el primer caso, se pretende que las cualidades y capacidades personales del líder sean las que legitimen sus decisiones. No se trata

simplemente de generar simpatía —una estrategia común a muchos políticos—, sino de que, por considerarse a esa persona como excepcional por determinados motivos, su sola figura justifica la obediencia. Además, esta modalidad de dominación se distingue por su frecuencia: el populismo tiende a enfatizarla en mayor medida que otras formas de competencia política. El estudio de Frantz et al. (2021) muestra que el personalismo ha aumentado en los últimos años y que su mayor presencia se vincula a algunas de las modalidades de no lealtad en la competencia democrática descriptas.

En síntesis, se entiende al populismo como una modalidad de actuar en política (Barr, 2009; Müller, 2017), en la que un líder o candidato con un atractivo anti-establishment político se sitúa en el rol de defensor del pueblo de la acción del establishment político, estableciendo un triángulo antipolítica (Schedler, 1996). En ese triángulo, “el pueblo” son aquellos que el líder considera merecedores de ser incluidos en el sistema democrático, y el establishment político son quienes el líder considera miembros del establishment político y traidores del pueblo (Rhodes-Purdy, Navarre, & Utych, 2023). El populismo se comporta de forma semileal a la democracia liberal. Suele manifestarse a través de una mayor polarización (Roberts, 2022) (al menos afectiva), el realce de que se está representando a la voluntad popular (Woods & Wejnert, 2014) y la búsqueda de legitimidad por fuera de las instituciones democráticas, particularmente la legitimidad carismática (Weyland, 2001; 2017).

Al populismo de izquierda o de derecha se los suele distinguir según las características que adquiere el otro en el triángulo antipolítica: en la izquierda apunta hacia arriba, es el establishment económico y político, y en la derecha apunta hacia abajo, es un grupo socioeconómico descrito como inferior a las personas nativas (Ostiguy & Casullo, 2017). Es frecuente definir a los populistas de derecha por el antagonismo que crean en bases nacionales o culturales (Kitschelt, 2018; Norris & Inglehart, 2019; Mudde, 2021). Si bien esta perspectiva se aplica bien a la ultraderecha en Europa y América del Norte, casos como los de Argentina, con Javier Milei, o El Salvador, con Nayib Bukele, nos muestran que puede haber derecha populista sin la necesidad de construir un “otro” exclusivamente desde el nacionalismo o diferencias culturales. Dado que esta característica no siempre está presente, no debe ser parte de la definición. En el caso de Javier Milei, su “otro” tampoco apunta hacia abajo —otro rasgo que suele utilizarse para distinguir a la izquierda o derecha populista (Ostiguy & Casullo, 2017)—, sino hacia arriba: es el establishment político, al que acusa de corrupción y clientelismo. Con su modelo de derecha liberal, propone un Estado mínimo como solución. Por otro lado, Nayib Bukele define su “otro” hacia abajo, pero no por características culturales, sino por comportamiento criminal. Por tanto, estas características deben excluirse de la definición porque no están siempre presentes, y en todo caso deben verse como particularidades a explicar. Las únicas características que siempre están presentes en el populismo de izquierda y de derecha son las que definen al populismo, abordadas previamente en este trabajo, y las que definen a la izquierda y la derecha, que se abordarán más adelante, sin necesidad de agregar nada más para caracterizar o identificar a estos fenómenos.

Una última distinción conceptual relacionada con el populismo de derecha refiere a la distinción de otras formas de derecha desleal a la democracia liberal existentes en la actualidad. Dentro del enfoque político estratégico, Weyland (2017) distingue al populismo de otras modalidades de derecha; argumenta que el primero es personalista y oportunista, mientras que otras modalidades de derecha desleal buscan una “ideocracia”, es decir, un gobierno guiado por una ideología dogmática en pos de un objetivo milenarista (Kailitz, 2013). Sin embargo, dado que ambos comparten el objetivo de proponer ideas y obtener poder, esta distinción corre el riesgo de ser imprecisa. Mudde (2021) propone diferenciarlos según su posicionamiento con la democracia liberal, lo cual resulta pertinente dado que aquí el populismo se define, en parte, por su semilealtad o deslealtad a ese régimen. Pese a que Mudde no especifica la deslealtad como una característica intrínseca del populismo, sí dice que el populismo radical de derecha siempre es semileal o desleal. Mudde clasifica a la ultraderecha como antisistema y hostil a la democracia liberal. Dentro de la ultraderecha, distingue a la derecha extrema y al populismo radical de derecha. La derecha extrema rechaza la esencia de la democracia, es decir, la soberanía popular y el principio de la mayoría, mientras que el populismo radical de derecha acepta la esencia de la democracia porque busca la legitimidad de la población, pero es hostil a la democracia liberal.

Este trabajo se centrará en describir el éxito de la ultraderecha, sin hacer distinciones entre la extrema derecha y el populismo de derecha. La identificación de las condiciones que favorecen la aparición de las distintas variantes de ultraderecha constituye un objeto de estudio por sí mismo, ya que requiere un análisis distinto al propuesto aquí. La extrema derecha en el pasado ha surgido en contextos de cambios globalizantes, heterogeneidad cultural, profundo descontento de la población con las instituciones democráticas y graves y prolongadas crisis económicas (Berman, 2016). Son elementos que se encuentran en la actualidad, y que también se adjudican como causas al surgimiento de la derecha populista (Berman, 2021). Explicar la mayor probabilidad de aparición de los distintos tipos de ultraderecha implicaría un estudio más localizado, como sugiere Loch (2017), debido a su vínculo con legados históricos. Sin embargo, este trabajo tiene como objetivo desarrollar una teoría general que explique el surgimiento de los principales actores que dieron lugar a corrientes de cambio en las democracias contemporáneas. Por esta razón, se enfocará exclusivamente en el éxito de la ultraderecha, sin distinguir ni responder cuándo es más probable que surja el populismo de derecha o la extrema derecha.

Partidos o fracciones de partidos

En este trabajo, el objetivo principal es explicar el éxito de opciones electorales emergentes, conocidas como "nuevos desafiantes". Estas opciones pueden encontrarse tanto en partidos políticos como en fracciones de estos partidos. Un partido político se define como cualquier grupo político identificado con una etiqueta oficial, que se presenta a elecciones y tiene la posibilidad de colocar a sus candidatos en cargos públicos mediante el voto (Sartori, 1992). Por su parte, las fracciones de los partidos son subunidades que representan una unidad inmediatamente inferior a la unidad partidaria (p. 105). Se incluye a las fracciones de partidos dentro de las opciones electorales de nuevos desafiantes porque en algunos países las reglas electorales desincentivan la formación de terceros partidos al fomentar el bipartidismo, o son reglas más restrictivas para partidos menores. Esas reglas pueden ser tan fuertes que cambios de aumento de polarización o de nuevos clivajes no se reflejen en la formación de nuevos partidos, sino en fracciones dentro de los partidos.

Sartori (1992) plantea el número de partidos relacionado con los clivajes y diferencias que hay en las sociedades, y establece que el bipartidismo solo funciona en sociedades con pocas diferencias, poca distancia ideológica. Neto & Cox (1997) responden a los determinantes del número de partidos en un sistema, reconciliando dos enfoques distintos que se han dado en respuesta al determinante de partidos. Se afirma que un sistema puede tener pocos partidos tanto por no necesitar más (pocos clivajes sociales o políticos) o por tener pocas oportunidades de crear más (un sistema electoral fuerte), o, por supuesto, ambos. El punto es que los clivajes y las reglas son variables independientes; las reglas pueden seguir igual y el bipartidismo mantenerse solo porque las reglas no generen incentivos de crear nuevos partidos, pero los clivajes igual van a seguir cambiando.

Ahora bien, las reglas pueden cambiar. La literatura establece que cuando hay un partido emergente que amenaza el statu quo, es más probable que los gobiernos impulsen reformas electorales (Boix, 1999). Esto es coincidente con la categorización de Sartori, donde la competencia centrífuga propia de una sociedad polarizada se da en sistemas multipartidistas; hay un paso previo a la polarización, que es la creación de nuevos partidos a partir de nuevos clivajes que surgen. Sartori en su teoría simplemente refiere al aumento de la distancia ideológica porque, razonablemente, por el contexto histórico en el que escribió, consideraba a las posturas autoritarias solo como extremos de la dimensión izquierda-derecha. Aunque separemos ambos asuntos en dos dimensiones (autoritaria-democrática e ideológica), hay algo que falla. Las reglas del sistema pueden ser tan fuertes que nunca surge una fuerza que amenace al statu quo por fuera de los partidos ya establecidos. Es decir, crecen posturas en el sistema político que son más extremas, o que tienen posturas autoritarias, pero lo hacen dentro de los partidos políticos. En fracciones que encarnan esas posturas, hasta que un día crecen tanto que se vuelven la posición mayoritaria, y la principal división del sistema deja de ser solo sobre izquierda-derecha. Puede que la fuerza de las reglas sea tan fuerte que nunca haya intermediación de nuevos partidos, y sí, eso retrasa la polarización

porque las reglas tienden a una competencia centrípeta, pero si los clivajes siguen cambiando, eventualmente el sistema político cambia.

Esto es coincidente con el trabajo de Benton (2005), que muestra que, en sistemas con reglas más restrictivas a partidos pequeños, los ciudadanos castigan menos a las oposiciones que tuvieron malos desempeños económicos en detrimento de nuevas oposiciones. Sin dudas, estas reglas retrasan la emergencia de terceras opciones porque son opciones poco útiles en términos duvergerianos, pero no las pueden impedir porque los clivajes son independientes de las reglas. Para poder observar opciones electorales de nuevos desafiantes en este tipo de casos, es fundamental incluir a las fracciones de los partidos. El ejemplo más paradigmático de esto es la sorpresa que fue Donald Trump en 2016, cuando en realidad podemos ver que estos cambios emergieron antes en una fracción del Partido Republicano, con el movimiento Tea Party que surgió en 2009.

Éxito de nuevos desafiantes

Los partidos desafiantes suelen definirse como aquellos que se oponen a los partidos establecidos (Rochon, 1985; González, 1999; López, 2005) o mainstream (Hobolt S. B., 2018), por lo que su esencia es representar el cambio en un sistema de partidos. En este trabajo se busca explicar el éxito de partidos o fracciones que actúan como nuevos desafiantes: que representen un posicionamiento nuevo en las dimensiones de competencia política y, por tanto, desafíen al statu quo. Se los define por tres características: 1) suficiente inexperiencia de gobierno para poder estar libres de manchas de gobierno (Hobolt & Tilley, 2018), lo que permite a los votantes darles el beneficio de la duda de que, al gobernar, serán diferentes de los partidos tradicionales; 2) que el partido (o fracción) represente un posicionamiento político distinto en al menos una dimensión a los partidos que lideraron el gobierno nacional en las últimas décadas; 3) presentan sus propuestas como una solución a los problemas que la ciudadanía percibe como más importantes.

La suficiente inexperiencia para estar libre de manchas del gobierno puede darse solo en el partido, solo en el candidato o en ambos. En caso de ser un partido que ya lideró el gobierno nacional en las últimas décadas representando otras dimensiones de competencia política (por ejemplo, el Partido Republicano antes de 2016), su candidato debe ser un outsider, acorde a la definición anteriormente proporcionada. De esa forma, la propuesta logra ser el cambio porque su candidato logra desprejarse de anteriores gestiones por su novedad, y el partido, pese a tener experiencia, no la tiene representando la misma posición política porque ahora propone un nuevo posicionamiento. En caso de ser un partido que no lideró el gobierno nacional en las últimas décadas, si su candidato tiene experiencia, siempre tiene que haber sido en un partido que no lideró el gobierno nacional, lo que le permite desprejarse de los errores atribuidos a gestiones previas. Finalmente, un partido sin experiencia en el gobierno, acompañado de

un candidato outsider, cumple con el requisito de inexperiencia, ya que ninguno de los dos tiene un historial de gestión que lo vincule a las “manchas” del gobierno anterior.

El segundo requisito está relacionado con una característica atribuida a los partidos desafiantes: la capacidad de representar una postura distinta e instalar una nueva dimensión de competencia política (López, 2005). Para que un partido o fracción del partido sea considerado un nuevo desafiante, no debe haber existido ningún partido que haya ejercido la titularidad del Poder Ejecutivo en las últimas décadas (en principio, dos, como proxy de las memorias colectivas de la ciudadanía) representando el mismo posicionamiento político. Esto implica que un nuevo desafiante puede representar una dimensión que nunca gobernó, o puede ser una opción que no gobernó hace mucho tiempo.

La tercera característica de los partidos desafiantes es que sus propuestas se presentan como soluciones a los problemas que la ciudadanía percibe como más importantes. La esencia de los desafiantes es representar el cambio y son, por tanto, grandes canalizadores de la insatisfacción ciudadana y agentes de transformación de los sistemas de partidos. Esto no puede suceder si sus propuestas apuntan a problemas considerados marginales, incluso si logran instalar una nueva dimensión de competencia: esa dimensión debe percibirse como una alternativa a todo lo demás (por lo tanto, debe ser amplia). Partidos verdes y partidos de ultraderecha nacionalistas han sido descritos como partidos de nicho (Wagner, 2012). La diferencia relevante para entender cuál es desafiante no radica en la amplitud de su propuesta, sino en la amplitud del problema que pretenden solucionar con su propuesta: la ultraderecha nacionalista cree que detener la inmigración solucionará la economía y la inseguridad, mientras que los partidos verdes creen que impulsar su agenda ecologista va a mejorar el medioambiente, que no es un problema que la ciudadanía perciba dentro de los más importantes.

El éxito no implica que haya un triunfo electoral, pero sí debe ocurrir un crecimiento electoral significativo. En el trabajo que estudia el éxito de nuevos partidos en América Latina, Levitsky et al. (2016) definen el éxito como aquellos partidos que captan una parte considerable de los votos, es decir, que son relevantes en sus sistemas políticos. Lo operacionalizan como aquellos que obtengan el 10% de los votos en elecciones nacionales legislativas, que son estables (al menos durante 5 elecciones legislativas) y logran sobrevivir a la partida de su líder fundador. En este trabajo, el centro no está en los partidos, sino en opciones electorales que sean nuevos desafiantes. Los partidos o fracciones de partidos son simplemente el formato en el que los nuevos desafiantes participan en la contienda electoral. Lo central es que el partido o fracción que representa a los nuevos desafiantes sea relevante en su sistema político y muestre crecimiento, como resultado de que el descontento está comenzando a canalizarse a través de ese desafiante (y como son nuevos desafiantes, deben mostrar un cambio; por tanto, deben mostrar crecimiento). Por tanto, el éxito se entiende como partidos o fracciones de partidos que sean relevantes

en sus sistemas políticos y que muestren un crecimiento electoral significativo, ya sea porque es la primera vez que participan en la contienda electoral con una votación significativa, o que crezcan significativamente respecto a la elección pasada.

Las causas de la emergencia de nuevos desafiantes exitosos en la literatura

A continuación, se revisarán las explicaciones sobre el éxito del populismo en general, para luego abordar las causas del auge de la ultraderecha (populismo de derecha o extrema derecha) y de la ola a la izquierda (incluyendo tanto la izquierda democrática como el populismo de izquierda). Estas explicaciones se clasificarán según la demanda y la oferta de la emergencia de nuevos desafiantes.

Desde la demanda

Las explicaciones desde la demanda se centran en el creciente número de ciudadanos insatisfechos que buscan cambios y optan por opciones políticas que rompen con lo establecido. También conocido como voto protesta, se trata de votos dirigidos contra quienes detentan el poder y son responsabilizados por los problemas sociales (Betz, 1994). Estas opciones políticas son “desafiantes” de las fuerzas establecidas —que no lograron canalizar la insatisfacción ciudadana— y pueden ir desde la izquierda radical hasta la derecha radical (Rooduijn, van der Brug, & de Lange, 2016). Los motivos para votar a estas opciones varían: desde un rechazo general a los partidos establecidos hasta la adhesión a sus propuestas específicas. Por ejemplo, las actitudes antinmigrantes predicen el voto a partidos de derecha radical populista (Norris, 2005; Ivarsflaten, 2008). Otros autores sostienen que todos los votos a desafiantes expresan descontento con el sistema político, pero que la opción elegida depende de qué aspecto genera ese malestar (Hernández, 2018). Por eso, no hay un modelo único que explique el voto hacia el populismo u otros partidos desafiantes.

El primer grupo de explicaciones sobre el éxito de estas fuerzas se enfoca en factores que alimentan directamente el descontento con los partidos establecidos. Es la base sobre la que pueden emerger opciones populistas con discurso anti-establishment, y que, una vez instaladas, también lo retroalimenten (Rooduijn, van der Brug, & de Lange, 2016). Estos factores refieren a la desconfianza en la política y en las instituciones, y generan tanto voto protesta como voto a opciones populistas (Doyle, 2011). El descontento no siempre se expresa como enojo activo, sino también como desafección: una actitud de desconfianza o incluso hostilidad hacia la política y la democracia (Moisés, 2011; Easton, 1965, 1975).

Al profundizar en los motivos del descontento con la política, lo primero es que se trata de un descontento acumulado, que no solo abarca al gobierno de turno. Como muestra Benton (2005) en su trabajo sobre América Latina, cuando múltiples partidos han gobernado con pobre desempeño económico, los ciudadanos desarrollan memorias de largo plazo y castigan a todos los que pasaron por el poder. En sistemas con reglas electorales más restrictivas para partidos menores, los votantes tienden a castigar menos a los partidos que gobernaron, ya que apoyar a un partido menor no se percibe como un voto útil. Esto puede explicar el retraso en la aparición de partidos que representen un voto protesta contra los partidos mainstream en sistemas con reglas restrictivas.

En la misma línea, Pop-Eleches (2010) muestra que en Europa del Este el apoyo a partidos no mainstream aumenta cuando varios partidos tradicionales han estado en el poder. En contextos de descontento, si aún queda algún partido mainstream sin haber gobernado, los votantes pueden optar por él. Pero cuando todas las opciones mainstream ya gobernaron, crece la probabilidad de que se incline por opciones no tradicionales. Por su parte, Cella (2024), en su estudio sobre Argentina y Chile, sostiene que cuando los votantes enfrentan varias opciones que han gobernado consecutivamente y con desempeños decepcionantes, es más probable que voten nulo o elijan a un candidato outsider, independientemente de las posiciones políticas de los partidos, incluso si estas convergen o no. Rhodes-Purdy, Navarre y Utych (2023) identifican al descontento como el motor de distintas expresiones políticas —entre ellas el populismo y la extrema derecha—, cuyas formas concretas dependen de factores locales. Describen al descontento como amplio —*todos los políticos, todas las instituciones*—, profundo porque considera los errores de actores o instituciones como intencionalmente dañinos, acumulado porque abarca a múltiples gobiernos de diferente signo político y, finalmente, latente, porque toma cuerpo a través de narrativas sociales o políticas (Shiller, 2020) que les expliquen por qué las cosas no salieron como les gustaría.

En la literatura de Europa y América del Norte, hay un debate relevante sobre la naturaleza de los problemas no resueltos que generan descontento ciudadano. Se discute si este malestar se debe principalmente a factores económicos, culturales o a una combinación de ambos. Quienes señalan causas económicas argumentan que el descontento surge de cambios económicos de largo plazo —mayormente por la globalización, pero también agravados por políticas de gobiernos nacionales— que generaron patrones de ganadores y perdedores. El malestar proviene de estos últimos: grupos marginados económicamente o afectados por la globalización (Rhodes-Purdy, Navarre, & Utych, 2023). Se describe a los votantes de partidos populistas de derecha como mayoritariamente varones jóvenes (Milosav et al. 2025) y con bajo nivel educativo (Ivarsflaten & Stubager, 2012). Esta explicación económica se complementa con teorías sobre privación y estatus, que sostienen que estos individuos se sienten tratados injustamente al compararse con grupos de estatus superior (Macdougall, Feddes & Doosje, 2020; Elchardus & Spruyt, 2016), lo que genera descontento por expectativas frustradas.

La evidencia histórica muestra que las crisis económicas siempre generan alguna reacción política. En las últimas décadas, esa reacción suele adoptar formas populistas, según diversos autores (Rhodes-Purdy, Navarre, & Utych, 2023). A nivel macroeconómico, hay una clara relación entre populismo de derecha en Europa y las crisis financieras de los últimos 30 años (Funke & Trebesch, 2017). Sin embargo, también hubo casos de éxito del populismo de derecha sin estar ligados al descontento económico, como Viktor Orbán en Hungría y el PiS en Polonia (Mounk & Roberto Stefan, 2018). Así, aunque a nivel macro las crisis económicas aumentan las probabilidades de que surjan movimientos populistas, no todos los populismos son producto de una crisis económica. A nivel individual, la evidencia es menos clara: no se

ha demostrado una conexión directa entre la situación económica de las personas y su propensión a votar por populistas (Gidron & Mijs, 2019), ni que quienes más temen por su futuro económico tiendan a identificarse con la ultraderecha (Kates & Tucker, 2019).

La hipótesis cultural sostiene que el descontento no tiene origen económico, sino cultural, afectando a los "perdedores" en este ámbito. Norris e Inglehart (2019) muestran que actitudes culturales, como la hostilidad hacia inmigrantes o el resentimiento racial, son más significativas que las económicas para explicar el descontento. Según ellos, la modernización social promovió valores postmaterialistas, y quienes mantienen valores tradicionalistas y autoritarios se sienten marginados. Tendencias globales como el declive de valores tradicionales y la movilización de mujeres y minorías se señalan como causas del populismo (Berman, 2021). Estos cambios están ligados al aumento de la inmigración en América del Norte y Europa, y a la crisis de refugiados en Europa. Muchos inmigrantes provienen de países no occidentales ni cristianos, lo que alimenta el temor al declive de la cultura europea (Murray, 2017). En Estados Unidos, los cambios demográficos impulsados por la inmigración y el crecimiento de minorías han impulsado al nativismo y aumentado la predisposición a votar por el Partido Republicano (Craig & Richeson, 2014). En cuanto a la evidencia, las hipótesis culturales son buenos predictores a nivel micro, pero no a nivel macro. Además, los cambios de valores son lentos, lo que dificulta explicar irrupciones populistas que suelen ocurrir tras crisis económicas (Rhodes-Purdy, Navarre, & Utych, 2023).

Varios trabajos buscan reconciliar ambos enfoques. Gidron y Hall (2017) proponen que lo económico y lo cultural se combinan a través del mecanismo de ansiedad por el estatus, similar a la privación, para explicar el voto a la derecha populista. Otros estudios muestran que en períodos de dificultad económica aumenta el resentimiento hacia los que no pertenecen al propio grupo social, así como los sentimientos de pertenencia al propio grupo (Autor, Dorn, Hanson, & Majlesi, 2020). Este fenómeno vincula los shocks económicos con el aumento de clivajes socioculturales, el crecimiento de partidos nacionalistas, la expansión de la derecha y el apoyo a partidos de ultraderecha (Colantone & Stanig, 2018). También hay enfoques psicológicos que explican cómo las personas expresan descontento sin ser conscientes de su verdadero origen, lo que permite compatibilizar expresiones culturales con un origen económico del malestar (Rhodes-Purdy, Navarre, & Utych, 2023).

Este debate entre economía y cultura no ocurre en los casos en América Latina, donde la ola populista se explica principalmente como respuesta al malestar económico causado por las reformas liberales de los 90 y a problemas del sistema político para canalizar esas demandas. Esto generó un vacío de representación que fue ocupado por movimientos populistas (Weyland, Madrid & Hunter, 2010; Levitsky & Roberts, 2011). Las causas del descontento son económicas, pero deben complementarse con explicaciones institucionalistas desde la oferta. Las teorías que atribuyen el auge de las izquierdas populistas al boom de recursos naturales (Weyland, 2009) son desestimadas por Levitsky y Loxton

(2013), quienes señalan que casos como Venezuela y Perú comenzaron antes del boom, por lo que este no puede explicarlos. Pueden considerarse una condición facilitante, no son necesarias ni suficientes.

Sin embargo, también hay casos de derecha populista con un discurso culturalmente reaccionario, como Jair Bolsonaro en Brasil o Javier Milei en Argentina. Según Zanotti y Roberts (2021), la alta desigualdad en la región le dificulta a la derecha apelar al descontento desde valores culturales. Señalan como causas del descontento la contrarreacción a la agenda progresista de gobiernos de izquierda (como género y derechos sexuales) y la demanda de seguridad. Este último tema es abordado por todos los partidos, con más énfasis en la derecha conservadora, lo que reduce el espacio al populismo de derecha (Madariaga & Kaltwasser, 2020). Samuels & Zucco (2018) identifican el antipartidismo hacia el PT fomentado por casos de corrupción como un factor que fue clave para construir apoyo político que llevó al éxito de Jair Bolsonaro. En el caso de Milei, su éxito se dio en un contexto de fuerte malestar económico (Oliveros & Simison, 2023). Luna y Rovira Kaltwasser (2021) ven esta nueva derecha como un voto castigo a oficialismos (mayoría de izquierda) que gobernaron desde mediados de los 2000. Atribuyen el descontento al fin del boom de commodities y al desgaste causado por escándalos de corrupción.

Desde la oferta

Las explicaciones desde la oferta buscan entender por qué las instituciones y la clase política no resolvieron los problemas que afectan a la ciudadanía, condición previa para que esta se desilusione y busque respuestas contrarias al establishment político (Berman, 2021). La raíz de estas explicaciones está en Huntington (1992), quien, al analizar la violencia e inestabilidad del siglo XX, sostuvo que se deben a la diversificación y aumento de la demanda de cambio por parte de la ciudadanía, junto con mayores oportunidades de participación de grupos que exigen cambios. También señaló que el lento desarrollo de las instituciones políticas contribuye a esa inestabilidad. Estas instituciones deben canalizar las demandas sociales, y cuando estas aumentan —como resultado de los cambios económicos y sociales generados por la modernización—, su capacidad para articular y dar respuestas se pone a prueba. Al fallar, el resultado es inestabilidad y desorden. En este contexto, Huntington destaca la importancia de instituciones políticas fuertes como garantes de la estabilidad democrática, lo que resume en su frase: “Puede haber orden sin libertad, pero no libertad sin orden” (p. 19).

La tradición institucionalista explica el buen funcionamiento de los sistemas políticos principalmente en base a la estabilidad de los sistemas de partidos (Mainwaring & Scully, 1995). Mainwaring (2018) define a la institucionalización centrándose principalmente en la estabilidad de los sistemas de partidos: estabilidad en los principales partidos, el porcentaje de votación de los partidos y los vínculos entre partidos y votantes. En sistemas estables, los partidos tienen expectativas de continuidad, lo que los motiva a invertir en estrategias a mediano y largo plazo. A su vez, los ciudadanos pueden formar

opiniones mejor fundadas y usar las elecciones como mecanismos de rendición de cuentas. Estas condiciones favorecen el aprendizaje y mejoran el desempeño político (Buquet, 2015). Trabajos más recientes destacan la importancia de la adaptabilidad de las instituciones, como planteaba Huntington (Piñeiro & Rosenblatt, 2018). Sostienen que la estabilidad no garantiza que los partidos representen los intereses de la población, ya que esta puede deberse a la capacidad de excluir actores y no a una respuesta efectiva a los desafíos de la sociedad. Por eso, aunque poca estabilidad indica un sistema poco institucionalizado, la estabilidad por sí sola no basta para definirlo como institucionalizado.

Las explicaciones del éxito de desafiantes desde el institucionalismo suelen acompañarse de otros elementos que explican el cambio en un momento dado. En América Latina, Lupu (2014) observó que los malos desempeños de los gobiernos no eran una condición suficiente para el quiebre de los sistemas de partidos. Argumentó que durante los años 80 y 90 los gobiernos implementaron políticas inconsistentes con su posición o convergieron con las posiciones de adversarios, lo que provocó conflictos internos y alianzas con rivales. Esto diluyó la percepción de los votantes de las etiquetas partidarias —el tipo de votantes que representan los partidos, referido como “parties’ brands”—, lo que erosionó el apoyo a los partidos y los dejó más susceptibles a las evaluaciones de corto plazo. Así es que, al sumarse malos desempeños económicos de los gobiernos, los sistemas de partidos tienden a quebrarse.

Los malos resultados de varios gobiernos suelen explicarse desde la oferta por el deficiente funcionamiento de las instituciones políticas, lo que genera un problema de representación. Como resultado de este mal funcionamiento acumulado, los ciudadanos desarrollan descontento y desconfianza hacia la política. Siguiendo la lógica de legitimidad e insatisfacción con la democracia planteada por Linz (1987), esta desconfianza puede entenderse como un problema de legitimidad por insatisfacción acumulada. Además, puede verse agravada por problemas que preocupan a la ciudadanía y que deslegitiman directamente la actividad política, como la corrupción. La corrupción alimenta la desconfianza hacia las opciones políticas existentes y es utilizada por líderes populistas para construir discursos anti-establishment. Es un predictor del voto populista, especialmente en América Latina (Castanho Silva, 2017), aunque también hay estudios en Europa que señalan cómo la corrupción erosiona la confianza en la élite política y favorece la aparición de nuevos competidores (Sarah, 2015), y específicamente cómo contribuye al éxito de partidos anti-establishment (Hanley & Sikk, 2016).

La principal debilidad del enfoque institucionalista para explicar el éxito del populismo y el eventual deterioro democrático es que este fenómeno también ha emergido en países con democracias consolidadas e instituciones fuertes, como en varios países de Europa y América del Norte. La actual ola de autocratización, a diferencia de las anteriores, afecta mayoritariamente a democracias establecidas (Lührmann & Lindberg, 2019). Esto sugiere que los factores que contribuyeron a la consolidación democrática hoy ya no operan para su estabilidad o ya no son suficientes para ella. Los problemas de

representación que derivan en descontento ciudadano también pueden explicarse por los cambios en el posicionamiento y las funciones de los partidos políticos. Katz y Mair (1995) argumentan que los partidos atravesaron un proceso de cartelización: dejaron de ser partidos catch-all para pasar a depender del financiamiento estatal, funcionando en cooperación con otros partidos establecidos. Esto redujo sus incentivos para representar a la ciudadanía, ya que su supervivencia dependía más de los cargos públicos que del respaldo popular. Como consecuencia de este proceso, los autores establecen que los partidos cartel generan su propia oposición en partidos con la consigna de “romper el molde” de la política tradicional (p.39). De hecho, afirman que la cartelización ha contribuido al aumento de populistas y partidos antisistémicos (Katz & Mair, 2009: 759), de allí la vinculación al éxito de desafiantes. Katz y Mair (2009) afirman que muchas de las tendencias en los partidos, como su menor apoyo por parte de la ciudadanía o su desconexión con sus bases, alimentan su hipótesis del formato de cartelización que asumen los partidos en la actualidad.

Katz y Mair (1995) establecen que los partidos terminan cooperando porque esa estrategia constituye un equilibrio de Nash, es decir, la mejor estrategia posible dada la estrategia de los demás, por lo que no tienen incentivos para cambiar y se mantienen en una dinámica de cooperación. El problema con esta aplicación del trabajo de Katz y Mair (1995) a la realidad actual es que el equilibrio de Nash requiere que los actores puedan predecir la estrategia óptima de los demás actores del juego y, en base a eso, elegir una estrategia que maximice su beneficio teniendo en cuenta la estrategia de los demás. En este caso concreto, los autores además hablan de un juego de cooperación (que puede darse o no para que haya un equilibrio de Nash, pero sin duda es una condición necesaria para el equilibrio la predictibilidad de las acciones de los demás). Los populistas o antisistema arruinan la cooperación porque no es esperable que quieran cooperar con los demás partidos, sino que quieran enfrentarse a ellos para capitalizar el descontento hacia los partidos.

Es bastante impredecible cuando surgen los populistas o partidos antisistema, y lógicamente, cuando irrumpen en la escena política, son actores nuevos y no pueden financiarse con recursos del Estado, porque no forman parte de este. Tampoco se puede predecir el comportamiento de los partidos mainstream: los mismos Katz y Mair argumentan (2009) que incluso los partidos mainstream tienen incentivos en la actualidad para intentar parecer menos partidarios. Sobran los ejemplos de partidos mainstream que impulsan líderes o discursos en detrimento de los partidos mainstream para sobrevivir en un escenario de tanto descontento con los partidos, donde las acusaciones cruzadas de corrupción son moneda corriente. La teoría del partido cartel se aplica aquí para predecir algo (populismo, partidos antisistema) que, en el momento en que aparece, genera un escenario impredecible y rompe la confianza entre los partidos, y por tanto, la cartelización, porque los partidos dejan de cooperar. Por lo que, acorde al argumento de los autores de que el equilibrio de Nash hace que la cartelización se mantenga en el tiempo, la cual explica el aumento de populistas y antisistema, es teóricamente imposible porque una

cartelización de los partidos mainstream no puede convivir con populistas y partidos antisistema. Suponiendo que la cartelización sí existió en el pasado, es posible que, después de que los partidos se hayan cartelizado y desconectado, y una vez rota la cartelización, no puedan volver a echar raíces en la sociedad. Hay varias explicaciones alternativas de los problemas de los partidos para conectar con los electores en la época actual (Kitschelt, 1994, 2004; Panebianco, 1998; Rosenblatt, 2018), una de ellas desarrollada anteriormente en este trabajo sobre la falta de incentivos de los partidos para desarrollar funciones que ya no necesitan para ganar elecciones.

La literatura sobre cambios en los partidos también establece que ha habido una convergencia ideológica de los partidos políticos en América Latina y Europa, la cual es señalada como causante del éxito del populismo (Berman & Kundnani, 2021; Roberts, 2015). Desde una perspectiva de competencia espacial, la convergencia de los partidos establecidos sobre algunos temas deja un vacío de representación que es eventualmente llenado por nuevos partidos, que apelan a posiciones más radicales y sobre las que haya mayor demanda de la ciudadanía, como la anti-globalización y la anti-inmigración (Kitschelt, 2018). Un mecanismo similar se ha identificado por la Unión Europea: como muchos asuntos esenciales para el país se derivan de decisiones tomadas en el ámbito internacional, los ciudadanos no tienen una incidencia directa y no se les presenta un rango amplio de alternativas sobre algunos asuntos cuyo rumbo general ya fue tomado (Nanou & Dorussen, 2013). El porqué de la convergencia es distinto, pero el problema de representación que se genera no.

Otro cuerpo importante de literatura argumenta que los problemas de representación en los partidos vienen de que estos han perdido capacidad de cumplir las funciones que tradicionalmente realizaban. En primer lugar, ha disminuido la identificación partidaria, fenómeno conocido como desalineamiento partidario (Dalton & Wattenberg, 2002), tanto en democracias establecidas como en democracias emergentes (Dalton & Weldon, 2007), por lo que la influencia que pueden ejercer sobre los ciudadanos es menor (porque estos los ignoraban más por estar menos identificados). Sí ha habido un aumento de formas negativas de autoidentificación ideológica, alimentado el triunfo de candidatos anti-establishment, como es el caso de Brasil con Bolsonaro (Samuels & Zucco, 2018). También son de suma relevancia los estudios que nos muestran que los partidos políticos ya no están cumpliendo las funciones que antes cumplían (Luna et al. 2021), por lo que son más débiles. Por ejemplo, estudios sobre selección de candidatos muestran que los partidos tienen cada vez menos control sobre este proceso: a mayor tamaño del electorado o menores requisitos para postularse, menor es la capacidad del partido para filtrar candidatos (Rahat & Hazan, 2001). Dentro de estos factores también se encuentra el financiamiento de los partidos; cuanto menor capacidad tenga el partido de controlar y manejar con independencia sus finanzas, es más probable que se seleccione un candidato independiente, con mayor potencial de ser populista (Siavelis & Morgenstern, 2008). En cuanto a la construcción de apoyo político, hay estudios que muestran que las redes territoriales de los partidos, su arraigo en organizaciones sociales y

en la comunidad es menor (Mair, 2013). Esta debilidad llevó a describirlos como “partidos hidropónicos”, es decir, con poco arraigo en la sociedad (Zucco, 2010). No es exactamente lo mismo, pero sin duda tampoco ayuda a que los partidos desarrollen funciones, los trabajos que explican que los medios de comunicación pueden construir apoyo político con facilidad (Swanson & Mancini, 1996; Mair, 2013), lo que desplaza a los partidos de una función que antes les era casi exclusiva. Que las funciones de los partidos estén reducidas en comparación con el pasado (sea por el motivo que sea) explica que el foco de los partidos esté reducido a funciones mínimas de ganar elecciones y ocupar los cargos que obtengan, como sostienen Katz y Mair (2009) que ocurre.

También puede suceder que los malos resultados de los políticos no se deban a las instituciones políticas ni a los partidos, sino a la herramienta que tienen los políticos para llevar a cabo la voluntad popular: el Estado. Ya O'Donnell en 1994 analizó cómo la debilidad estatal y los vínculos clientelares obstaculizan la consolidación democrática en América Latina. Levitsky y Loxton (2013) afirman que la debilidad estatal en la región andina ha generado problemas endémicos que los líderes populistas prometen resolver. Levitsky y Murillo (2009) agregan que las debilidades estructurales del Estado en América Latina se relacionan con prácticas clientelares y corrupción, afectando la consistencia y solidez institucional a largo plazo. Así, la corrupción no solo se manifiesta en escándalos puntuales, sino también como un problema estructural vinculado a la debilidad estatal y sus procesos de construcción (Acemoglu y Robinson, 2013; Acemoglu, Johnson y Robinson, 2001). De manera similar, Hawkins (2010) concluye que la corrupción y el débil estado de derecho están asociados al populismo a nivel agregado. El foco en el Estado y la corrupción endémica permite entender el descontento con el sistema político, más allá del diseño institucional de cada sistema (Brinks, Levitsky, & Murillo, 2020), que son fundamentales para entender la temporalidad y prevalencia del populismo en las diferentes regiones.

Finalmente, algunos estudios buscan identificar variables que expliquen hacia dónde se canaliza el descontento político de la ciudadanía a partir de características de la oferta política. El trabajo de Kriesi y Schulte-Cloos (2020) sostiene que el tipo de partido que capta ese descontento —ya sea radical de izquierda o de derecha— depende del motivo específico del malestar. La derecha radical se opone a la inmigración, la integración europea y el liberalismo cultural; en cambio, la izquierda radical reintroduce el clivaje clásico de clases, aboga por el igualitarismo económico, por una mayor intervención estatal y la defensa del liberalismo cultural. Los autores muestran que ambos polos radicales canalizan mejor la insatisfacción política cuando están en la oposición que en el gobierno, pero que la derecha radical que es de reciente creación también puede canalizar esa insatisfacción cuando está en el gobierno, mientras que la izquierda radical solo lo hace cuando está en la oposición (p. 5). En la misma línea, Hernández (2018) argumenta que el descontento de base es uno, pero depende de con qué aspecto de la democracia se esté descontento a dónde se canaliza el voto. Los diferentes aspectos que establece están muy vinculados a ejes de ordenamiento político, como es el caso de la igualdad económica o de los derechos de las

minorías, que se vincula a movimientos culturales. Por tanto, ambos trabajos (Kriesi & Schulte-Cloos, 2020; Hernández, 2018) siguen una misma línea de unir aspectos del descontento de la ciudadanía con posicionamientos o dimensiones políticas.

El argumento

El argumento parte del enfoque de que la competencia política se puede representar en modelos espaciales, originado por el teorema del votante mediano (Black, 1948), que Downs (1957) aplica a la competencia política en su modelo de proximidad. El modelo de Downs establece que la competencia política se establece principalmente en la dimensión izquierda-derecha, por lo que los votantes elegirán a quien se acerque más a sus preferencias dentro de la oferta política. Por lo que en una elección mayoritaria no podrá ser derrotado (ganará o igualará) la posición que esté al centro político, es decir, la del votante mediano. El modelo del que voy a partir es el ideado por Rabinowitz y Macdonald (1989), que presenta un modelo alternativo cuya principal diferencia con el modelo espacial clásico es que los votantes eligen sus preferencias por simbolismos políticos con que los votantes asocian asuntos políticos (issues), para lo cual deben evocar emociones más que información. Con issues los autores refieren a asuntos políticos que se pueden agregar en dimensiones de competencia política. Por ejemplo, un issue puede ser la dimensión cultural, y un asunto ser el matrimonio igualitario. El modelo de Rabinowitz y Macdonald (1989) es compatible con una competencia multidimensional, porque se asume que puede haber múltiples issues en discusión. Plantean un modelo direccional en el que el primer punto a determinar es si el votante y el candidato están de acuerdo sobre la dirección del issue en cuestión, es decir, si están del mismo lado de la distribución de la dimensión (por ejemplo, a la izquierda o a la derecha). Lo siguiente que el modelo tiene en cuenta es la intensidad de las preferencias del votante y del candidato para determinar la fuerza de la preferencia hacia un candidato. En caso de que el votante no tenga emociones asociadas al issue o el candidato no provea estímulos, el impacto del issue será cero. El candidato elegido por el votante estará del mismo lado de la distribución, y será el que genera una preferencia más fuerte dentro de una zona de aceptabilidad de posiciones de los políticos, lo cual elimina candidatos demasiado extremos.

Dado que los políticos estructuran la competencia política de forma que puedan beneficiarse y resaltan o traen nuevos temas que entienden que puedan beneficiarlos y marginando los que no (Riker, 1986), y en línea con lo planteado en el modelo direccional de que los políticos resaltan o silencian issues a su conveniencia (Rabinowitz & Macdonald, 1989), los partidos eligen moverse lo más cercano posible a su adversario en una dimensión que consideren que su posición le resulta desfavorable electoralmente. Ejemplos de esto son el caso de la derecha conservadora en lo cultural y autoritaria en Europa que se ubica en posiciones intermedias en la escala izquierda-derecha (Roberts, 2022) o el curioso caso de la alemana Sahra Wagenknecht, que es de izquierda, pero en posturas culturales se acerca bastante a sus adversarios en la derecha. A su vez, la convergencia sobre una dimensión hace que otra dimensión cobre mayor relevancia (Albright, 2010). También lo establecido por Riker (1986) indica que los partidos pueden impulsar que se instalen dimensiones o asuntos en la discusión pública porque consideran que los beneficia. En el ejemplo dado de la derecha cultural, pese a que se acerquen en su posicionamiento en la dimensión económica a la izquierda, no dejan de ser una opción de derecha porque, dentro del espectro

político, están a la derecha en relación a los demás partidos. Lo mismo sucede con Sahra Wagenknecht en lo cultural: sigue habiendo una derecha más conservadora que ella.

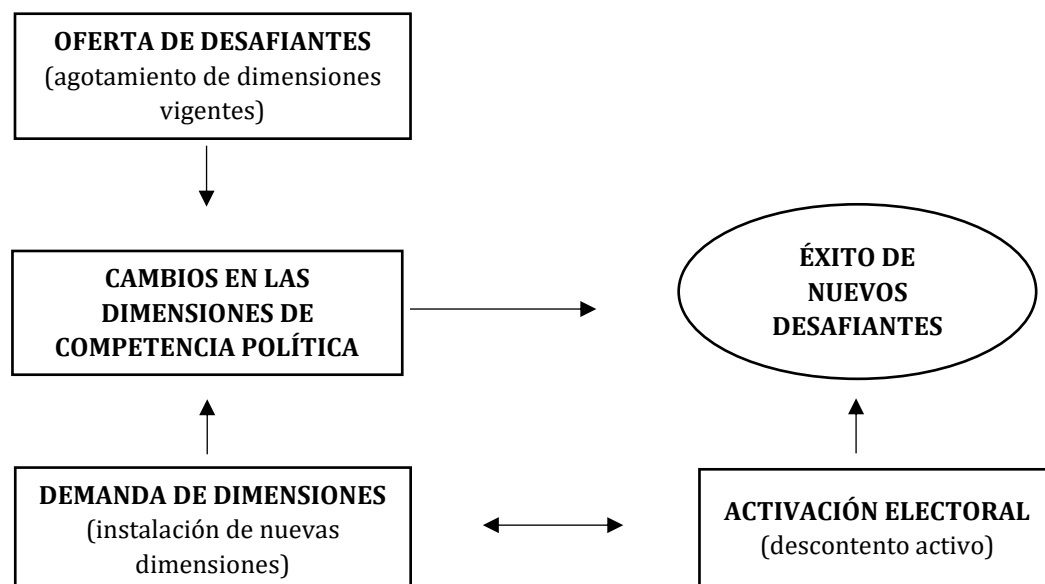
El argumento considera las tres dimensiones de competencia política más estudiadas: la ideológica (izquierda-derecha), la sistémica (democrático-autoritario) y la cultural (progresismo-conservadurismo). Hasta ahora nos hemos referido a las dimensiones de competencia política desde el enfoque político-estratégico, que es el que deriva de Downs y las aproximaciones a la ciencia política desde la economía, pero también es posible observarlas desde el enfoque sociológico, derivado del trabajo de Lipset y Rokkan (1967). Este último sostiene que la dimensionalidad se deriva de los conflictos fundamentales de la sociedad y dichos conflictos tienen raíces históricas profundas. El enfoque sociológico explica la clase política observando la sociedad, es decir, sigue un enfoque de abajo hacia arriba. En cambio, el enfoque político-estratégico lo hace desde arriba hacia abajo, ya que se centra en la competencia entre partidos, las reglas del sistema político y la simplificación de los temas en disputa. En este último, los partidos estructuran activamente sus posiciones para ganar apoyo electoral (Sendra, 2022). Este trabajo describe la dimensionalidad desde el enfoque político-estratégico porque considera que el menú del que los ciudadanos eligen sus preferencias es creado por la clase política y no por los propios ciudadanos, por lo que debe ser este el foco principal del trabajo. De la oferta política se registran las dimensiones instaladas y cuál es el peso, la relevancia, de cada dimensión en el sistema político. Un lado de la oferta política puede tener valores en las dimensiones con diferentes niveles de éxito, por lo que entender cuánto pesa cada dimensión nos ayuda a explicar el éxito general de los actores políticos con esa combinación de valores. Como vimos, los actores políticos pueden mover su posición en las dimensiones a su conveniencia, por lo que este enfoque nos permite tener en cuenta la agencia de los actores políticos en las variables independientes del argumento.

En el modelo a desarrollar, basado en el trabajo de Rabinowitz y Macdonald (1989), lo más importante es el lado que asumen los actores políticos en cada dimensión. Luego se considerará el peso de cada dimensión en la competencia política, medido por la prevalencia relativa de sus asuntos en el debate público. Al moverse, los actores buscarán cambiar los valores con los que la ciudadanía los identifica dentro de las dimensiones, para ganar más votos al acercarse a las preferencias de más electores. La fuerza de las preferencias de los electores hacia los actores políticos está plasmada en el modelo de forma global, a través de la variable de descontento activo del electorado: cuanto más grande es el descontento activo, la fuerza de las preferencias será mayor. La zona de aceptabilidad no será tomada en cuenta directamente, pero sí de forma indirecta: se contará la posición extrema de los partidos como una mayor prevalencia de esa dimensión. Esto es razonable que suceda de forma natural, ya que las posiciones polémicas fuera de la zona de aceptabilidad suelen tener más repercusión y visibilidad en el debate. Finalmente, el modelo también considera los problemas sociales relacionados con las dimensiones de competencia política y el descontento. Estos factores exógenos son incorporados por

los políticos para moldear la oferta política. Esto no excluye el enfoque estratégico: los actores eligen su posición para responder a las demandas del electorado. A excepción de los sistemas fluidos, que tienen un bajo nivel de institucionalización, poca estabilidad y baja regularidad de la competencia entre partidos, con una competencia dominada por líderes personalistas (Mainwaring & Torcal, 2006), todos los sistemas de partidos estructuran la competencia en alguna dimensión. En los sistemas de partidos que aplican a este trabajo, el único sistema político fluido es el de Perú (Levitsky & Zavaleta, 2016).

El argumento del trabajo establece que el descontento activo del electorado se canaliza en un partido o fracción que se identifica con la/s dimensión/es del sistema de partido. Siempre que haya un nuevo desafiante, el descontento del electorado se puede canalizar en algún partido político o fracción que ocupe ese lugar en la oferta política. En caso de que no haya un nuevo desafiante en el sistema de partidos vigente —porque las dimensiones políticas están agotadas—, debe surgir un nuevo desafiante para poder canalizar el descontento existente y ser exitoso. Y siempre y cuando los sistemas políticos tengan un mínimo de incorporación política (dimensión de la institucionalidad), eso sucede porque los políticos crean la oferta que les permite mantener o ganar apoyo electoral. Para que emerja y sea exitoso un nuevo desafiante, se deben agotar las dimensiones políticas vigentes y debe haber descontento activo a canalizar. Las dimensiones se agotan cuando ningún lado de la dimensión logra representar un cambio para la ciudadanía. A grandes rasgos, esto sucede cuando en las últimas décadas (que es lo plausible de recordar por la ciudadanía) partidos de cada lado de las dimensiones vigentes en el sistema político ya han gobernado y han fracasado en sus gestiones. Las características del nuevo desafiante (los valores que tendrá en las dimensiones) dependen de cuál representa una novedad en ese sistema político y de la presencia de determinados problemas en la sociedad que operan como fuerza para que se discutan más algunos asuntos que otros. Finalmente, la institucionalización de los sistemas de partidos opera como variable interviniente que nos explica principalmente la velocidad con la que ocurren estos cambios. El siguiente esquema modela el argumento que se desarrollará con más detalle en las siguientes páginas:

FIGURA 1. Esquema del éxito de nuevos desafiantes en democracias contemporáneas



- **Supuesto:** El sistema político se puede ordenar en dimensiones que estructuran la competencia política
- **Variable interviniente:** Institucionalización del sistema de partidos
- **Mecanismos de reproducción de las dimensiones:** polarización ideológica y polarización afectiva

A continuación, se definen las tres dimensiones de competencia política utilizadas en el argumento. Todas serán definidas desde un enfoque deductivo (desde los conceptos) y no inductivo (desde datos de la realidad). Desde el enfoque deductivo es que se pueden analizar las dinámicas políticas más allá de los casos concretos (De Vries & Gary, 2012), para poder establecer un argumento basado en los mecanismos causales que se desprenden de los conceptos y, por tanto, más apropiado para generalizar.

Dimensión ideológica: izquierda-derecha

Para definir a la izquierda y la derecha me voy a basar en el trabajo de Bobbio (1996), “Left and Right: The Significance of a Political Distinction”. La distinción fundamental entre ambas posturas radica en diferentes actitudes hacia la igualdad. La izquierda se esfuerza por una mayor igualdad, mientras que la derecha legitima la desigualdad. La izquierda sostiene que la desigualdad es creada por la sociedad y puede y debe reducirse e idealmente eliminarse. Para ello, la izquierda considera que el Estado debe tener un rol predominante y favorece al Estado de bienestar y a la educación para mitigar las desigualdades en las oportunidades de las personas (Bobbio, 1996: 71). Hay una visión de tomar responsabilidad colectiva por las desigualdades de las personas a través de la acción del Estado (Jahn, 2010). La derecha legitima la desigualdad por considerarla algo natural. Se la justifica de dos formas diferentes, que constituyen la diferencia entre la derecha conservadora y la derecha liberal (Bobbio, 1996). Los conservadores se basan en la premisa de Nietzsche (1973) de que la desigualdad es natural;

las tradiciones y un orden social natural colocan a las personas en lugares diferentes en la jerarquía social y eso ayuda a que la sociedad funcione mejor y haya armonía. El liberalismo justifica la desigualdad por considerarla un resultado del esfuerzo de las personas, que son quienes determinan su propio destino y, por tanto, son los únicos responsables de su situación. Para que las personas puedan cumplir su potencial, debe protegerse la libertad individual, lo que implica la liberación de la participación del Estado.

Es importante tener en cuenta que el ascenso de la izquierda fue lo que estableció a esta dimensión ideológica como la predominante en los sistemas políticos, y esto sucedió en distintos momentos en las diferentes regiones. No debe confundirse esta dimensión con el liberalismo/conservadurismo que primó anteriormente en democracias más antiguas, y eventualmente evolucionó y se transformó en lo que hoy conocemos como izquierda/derecha con el crecimiento de la izquierda, como es el caso del Reino Unido. La dimensión de liberalismo/conservadurismo también versaba sobre asuntos culturales, referida a la libertad que se consideraba que debían tener los individuos en comportamientos sociales, que hoy atribuiríamos a la dimensión cultural (progresistas/conservadores). Por tanto, es importante no caer en anacronismos y evitar aplicar el modelo aquí planteado a otros períodos temporales. Un ejemplo claro es la discusión sobre la Ley Seca que sucedió en los Estados Unidos. ¿Era la principal dimensión la cultural en ese momento y no la económica? No, porque no era un sistema cuya dimensión principal de ordenamiento político fuera izquierda-derecha, sino liberalismo y conservadurismo.

Dimensión cultural: progresismo-conservadurismo

Kitschelt (2018) y Norris e Inglehart (2019) identifican la dimensión que conforma las actitudes “libertarias” y “autoritarias”. Refiere a las actitudes y valores sobre la autoridad, el orden social y las normas culturales. La oposición principal en esta dimensión es entre los partidos autoritarios, que defienden la tradición, la autoridad y lo conservador, y los partidos liberales o progresistas, que promueven una sociedad pluralista, abierta a la diversidad y más permisiva con temas como los derechos civiles, la sexualidad y la integración de inmigrantes. Por su parte, Inglehart (1984) se refiere a esta dimensión como sociocultural, y plantea una oposición entre los valores conservadores y los más liberales o progresistas. No obstante, sostengo que estas dimensiones deberían entenderse como dos dimensiones distintas: una cultural y otra sistémica, que refiera al conflicto sobre el tipo de régimen político que debería prevalecer. Norris e Inglehart (2019:72) consideran que los vínculos entre autoritarismo y conservadurismo social son contingentes, no inherentes. Sin embargo, debido a su estrecha asociación empírica en los casos que analizan, optan por tratarlos como una única dimensión. En cambio, es preferible definir las variables según su lógica teórica. Una definición deductiva permite captar todas las posibilidades conceptuales, incluso aquellas que no se manifiestan empíricamente en un momento dado, pero que son teóricamente posibles y podrían emerger en el futuro. Además, en el período y los

casos analizados en este trabajo sí existen situaciones en las que ambas dimensiones no coinciden. Si la dimensión sistémica puede estar presente sin la dimensión cultural —como sucede en algunos casos en América Latina—, entonces deben entenderse como independientes. La incógnita pendiente es si puede ocurrir lo inverso: que la dimensión cultural esté instalada sin la dimensión sistémica.

Para definir a la dimensión cultural, voy a partir de Gidron y Hall (2020), que establecen que el populismo es un problema de integración social. Siempre hay algún grado de diferencias culturales, por lo que su trabajo es el punto justo para poder clasificar los diferentes asuntos que suelen englobarse en la dimensión cultural con un punto en común. ¿Cuál es el límite para considerar que esas diferencias culturales constituyen una dimensión política? Es que las diferencias culturales, en los valores, normas, creencias o identidades, dificultan la integración social de la ciudadanía y también son asuntos incluidos en los programas o discursos de la clase política. Voy a partir de la definición macro que dan los autores, que deviene de la literatura inspirada en el trabajo de Durkheim (1892/1984). Definen a la integración social como un fenómeno que incluye a) el grado en que los individuos comparten un orden normativo (normas, valores y creencias), b) los niveles de interacción social con otros, es decir, si conviven o, por el contrario, la sociedad se organiza de forma segmentada, y c) el reconocimiento mutuo y respeto que hay entre los individuos en la sociedad (Gidron & Hall, 2020: 5).

Así vemos como los asuntos que típicamente son clasificados como de índole cultural, generalmente vinculados a las diferencias de valores materiales y postmateriales (Inglehart, 1984) o a respuestas a los cambios traídos por la globalización, como cosmopolitas-nacionalistas (Ostiguy & Roberts, 2016), pueden clasificarse de forma deductiva desde este criterio: si las diferencias de orden normativo aumentan significativamente en una sociedad es un indicador de un problema de integración social (punto a), o hay grupos de personas que se organizan de forma segmentada en base a diferencias culturales o identitarias (punto b), como por ejemplo musulmanes viviendo en guetos, y finalmente, la existencia de diferencias en un grupo grande de la población en el reconocimiento de identidades o de las implicancias de esas identidades (punto c), como pueden ser los conflictos raciales, xenofobia, o debates sobre género y derechos de la comunidad LGTB. Siguiendo el criterio de esta clasificación, los progresistas son aquellos que quieren que ocurran cambios culturales (siempre en la dirección de lo más novedoso, lo que quiebra lo tradicional), y los conservadores son los que quieren que los asuntos culturales sigan como eran tradicionalmente.

Dentro de los asuntos culturales, hay uno particularmente polémico: el nacionalismo. Esto sucede porque, a diferencia de los demás asuntos culturales, este no se combina de forma clara con la izquierda o la derecha, lo que hace pensar que es una dimensión en sí misma separada de los demás asuntos culturales, que sí se combinan de forma más clara con la dimensión ideológica (Brubaker, 2020). Esto es

porque hay nacionalistas tanto de izquierda como de derecha. Breuilly (1982) ha destacado que el nacionalismo puede servir tanto a proyectos emancipatorios como a proyectos conservadores, dependiendo de si está orientado hacia la autodeterminación de pueblos oprimidos, como en el caso de movimientos de izquierda, o hacia la defensa de la soberanía nacional contra la diversidad, como en el caso de movimientos de derecha. El nacionalismo es el único asunto cultural cuya combinación con la izquierda o la derecha depende de quién considere la izquierda que es el más débil, y allí estará su apoyo, mientras que la derecha va a apoyar al que represente el statu quo que no quiere cambiar. Lo cual es muy consistente con la definición que vimos anteriormente de izquierda y derecha de Bobbio (1996). Es claro que, si hay un pueblo que busca independizarse y otro más grande y poderoso no se lo permite, el débil está en quien busca nacionalizarse y la izquierda lo va a defender; si, por el contrario, el débil es alguien que busca ayuda como un inmigrante, pero que se considera que perjudica a la nación y modifica el statu quo, la derecha considera que no debe hacerse cargo de ayudarlo ni fomentar igualdad entre todas las personas sin importar su origen, busca defender el statu quo y, por tanto, será nacionalista.

En síntesis, el nacionalismo forma parte de la dimensión cultural y se combina con la dimensión ideológica, al igual que otros asuntos culturales, solo que se necesita saber quién es el débil y quién representa al statu quo en cada contexto para saber si los nacionalistas serán de izquierda o de derecha. Generalmente, las cuestiones nacionalistas en los sistemas políticos suelen concentrarse en pocos temas a la vez, pero es posible que dentro de un mismo sistema político un asunto nacionalista se alinee mejor con la izquierda (independentismo de regiones en España) y otro se alinee mejor con la derecha (inmigración en España). Es claro que el nacionalismo es un asunto cultural, pero se duda de si es lo mejor considerarlo un asunto independiente por lo difícil que es entender su alineamiento con la dimensión ideológica (Brubaker, 2020). Lo que el ejemplo anterior nos muestra es que, incluso si hiciéramos del nacionalismo una dimensión independiente, un asunto nacionalista podría alinearse con la izquierda y otro con la derecha. Simplemente corresponde tener en cuenta la complejidad de los asuntos nacionalistas, estudiar cada uno por separado y, con el criterio deductivo explicado anteriormente, entender con qué lado de la dimensión ideológica se alinea cada asunto.

Dimensión sistémica: democrático-autoritario

Esta dimensión de competencia versa sobre la preferencia y actuación en consonancia y en forma leal a la democracia liberal. Es una dimensión sobre el tipo de régimen que debe primar en el sistema político, es decir, sobre el conjunto de normas que regulan las formas en que los individuos acceden a los puestos de liderazgo superior en el Estado y las prerrogativas y limitaciones que tienen al gobernar (Mainwaring & Pérez-Liñán, 2014:2). A diferencia de las dimensiones anteriores, no se espera un posicionamiento en políticas públicas o programático sobre el régimen político de parte de los actores políticos, sino que el

posicionamiento se observa de forma más indirecta, mediante su comportamiento, en discursos o acciones que muestren su lealtad a la democracia liberal o su semilealtad o deslealtad, que los ubica del lado autoritario de la dimensión sistémica. Para identificar la deslealtad o semilealtad, se parte de los indicadores construidos por Levitsky y Ziblatt (2018), construidos en base al trabajo de Linz (1987).

Los sistemas políticos que abarca el argumento de este trabajo son democracias, también denominadas democracias electorales, según V-Dem (Coppedge et al. 2024). Este enfoque se basa en los ocho criterios establecidos por Dahl (1971) para las poliarquías, entendiendo que una democracia plena es una utopía. Sin estos criterios, no se puede asegurar que los cambios en el electorado reflejan la voluntad popular, lo cual es esencial para que el argumento de este trabajo sea válido. No obstante, las democracias contemporáneas no pueden ser concebidas como tales sin considerar elementos liberales (Plattner, 1998), como el respeto a la separación de poderes, al estado de derecho y a las libertades civiles, ya que estos son componentes fundamentales de la democracia moderna. Por lo tanto, para que un sistema se considere democrático en la dimensión sistémica, debe mostrar lealtad a la democracia liberal. En caso contrario, se ubica en el lado autoritario. Aquellos que se posicionan en este lado no necesariamente son autoritarios, entendidos como quienes rechazan el principio de soberanía popular, pero al oponerse a la democracia liberal, impulsan el régimen hacia un modelo más autoritario. A diferencia de las dimensiones ideológica y cultural, la dimensión sistémica no es antitética, es decir, no sigue una lógica de oposición directa. Tanto la derecha como la izquierda pueden ser autoritarias o democráticas, incluso simultáneamente: ambas pueden ser autoritarias o democráticas a la vez.

La lealtad hacia la democracia es la forma en que los actores políticos muestran que legitiman al régimen. Aunque tengan diferencias con el contrincante político (en el caso de Linz, habla de la oposición hacia el gobierno), reconocen el proceso electoral como medio de acceso al poder y al gobierno como legítimos (Linz, 1987). Es decir, se oponen al gobierno, pero reconocen como legítimas a las reglas del juego que los hicieron perdedores. Linz pone un énfasis mayor en la legitimidad de la oposición: busca explicar cómo ocurre el quiebre de las democracias en el marco de un proceso iniciado por la incapacidad del gobierno de resolver problemas, para los cuales las oposiciones desleales se ofrecen como solución. En ese proceso, también es posible que alguno de los partidos del gobierno que apoyan al régimen se asocie a fuerzas que se consideran desleales (p.93); por tanto, tampoco el gobierno muestra suficiente lealtad al régimen para sostenerlo en momentos de crisis. En la actualidad, la forma de deslealtad al régimen que tienen los gobernantes es más parecida a la de la oposición que Linz describe, porque también se hace de forma discursiva y no necesariamente llega al extremo de asociarse con fuerzas desleales (como Linz ejemplifica con asociaciones a las Fuerzas Armadas). Como vimos, en la actualidad también es frecuente entre gobiernos populistas que, para mantener y reforzar su lugar anti-establishment, critiquen a la oposición con el objetivo de deslegitimarla, e incluso busquen que no cumpla las funciones que el régimen le atribuye a la oposición, por considerar que solo hay una voz del pueblo. Por tanto, en

este trabajo se busca categorizar la lealtad de los actores políticos, tanto del gobierno como de la oposición, con los mismos criterios, los cuales son suficientemente abarcativos para incluir tanto a discursos que deslegitimen como a acciones que dañen a la democracia liberal.

Se parte del trabajo de Levitsky y Ziblatt (2018) como un inicio para desarrollar criterios más puntuales para identificar la no lealtad democrática (semilealtad o deslealtad). Pese a que el trabajo de Vairo (2017) también se basa en los aportes teóricos de Linz (1987) y crea una tipología para clasificar la lealtad de las oposiciones, su aplicación con otras dimensiones de competencia política que no sean la ideológica presenta dificultades. La tipología que construye (Vairo, 2017) se basa en la preferencia normativa sobre el régimen político y la radicalización política, cuya operacionalización obtiene del trabajo de Mainwaring y Pérez-Liñán (2014). La primera categoría es muy similar a la esbozada por Levitsky y Ziblatt (2018) de rechazo (o débil aceptación) de las reglas democráticas del juego. La segunda categoría es la radicalización política, necesariamente acompañada de intransigencia, que argumenta que es suficiente para devenir en un comportamiento que no sea leal a la democracia liberal. El problema es que se puede ser radical e intransigente con derechos de minorías, tantas veces atacados desde la dimensión cultural o sistémica, lo cual no es para nada contradictorio con la democracia liberal. Puede estar asociado a comportamiento desleal —aumentar su probabilidad, como establecen Mainwaring y Pérez-Liñán (2014)—, pero no es por sí mismo algo opuesto a la democracia liberal. Por tanto, se apuesta por construir indicadores propios partiendo del trabajo de Levitsky y Ziblatt (2018). Estos son: rechazo (o débil aceptación, por ejemplo, solo cuando le es conveniente) de las reglas e instituciones democráticas; negación de la legitimidad de los adversarios políticos; tolerancia o fomento de la violencia en base a criterios políticos partidarios y, finalmente, predisposición a restringir las libertades civiles y políticas del contrincante político, incluidos los medios de comunicación.

Cuando una porción significativa del electorado opta por una opción populista que, acorde a este trabajo, es semileal o desleal a la democracia liberal, implica que la dimensión sistémica está instalada. Muchas veces los populismos “inauguran” esa dimensión. También hay otras formas de expresión de autoritarismo, como los movimientos fascistas. La presencia y relevancia de esta dimensión en la competencia política implica una amenaza para el régimen vigente, pero esto no significa que necesariamente vaya a suceder un deterioro de la democracia. Por ejemplo, México a principios de 1990 salía de un régimen autoritario y crecían, alineados a los partidos de izquierda, los actores políticos que desafiaban el statu quo autoritario hacia una democratización (López, 2005). Este trabajo estudia democracias, por lo que la presencia de esta dimensión promueve cambios en la calidad o tipo de régimen, pero es importante recordar que no sabemos a priori hacia dónde. También puede ser que en una democracia aparezca esta dimensión porque surjan partidos desleales, y esta se deteriore al punto de dejar de ser una democracia, como puede ser el caso de Hungría con Viktor Orbán. También puede aparecer esta dimensión y deteriorar la democracia, pero no significativamente para que deje de ser una democracia liberal, como Jair

Bolsonaro en Brasil. También puede ser que las democracias sean lo suficientemente fuertes para poder lidiar con estas fuerzas autoritarias sin deteriorarse significativamente, como es el caso de democracias en Europa que hace décadas cuentan con movimientos de ultraderecha y mantienen altos y estables estándares democráticos, como Noruega o Suiza. Este trabajo explica por qué esta dimensión se instala en los sistemas políticos y el surgimiento de nuevos desafiantes autoritarios, pero no el efecto que tienen sobre los sistemas políticos. Es importante recordar que los efectos que pueden tener sobre el régimen vigente y su calidad no son evidentes y pueden ser muy distintos.

¿Cuándo se considera que las dimensiones están instaladas?

Se considera que las dimensiones están instaladas cuando los actores políticos (fracciones y partidos políticos) se posicionan en torno a esa dimensión (Kitschelt, 1994; Lipset & Rokkan, 1967), es decir, emiten discursos o propuestas programáticas, o en el caso de la dimensión sistémica, también actitudes, que tomen una postura en un lado de la dimensión de forma reiterada y consistente (siempre el mismo lado) en una porción no marginal de la clase política en cada lado de la dimensión. Para considerar que una dimensión está instalada, esta también debe estar presente en el electorado. Esta idea está en línea con el criterio de alineamiento del electorado de Lipset & Rokkan (1967), donde establecen que el apoyo electoral sostenido a lo largo del tiempo indica la consolidación de esa dimensión en el sistema político.

Hay dos formas en las que podemos observar que una dimensión instalada en el sistema político también lo está en el electorado. La primera es que el posicionamiento de la clase política en torno a esta dimensión mantenga una porción del electorado no marginal a lo largo del tiempo, es decir, que actores políticos de cada lado de la dimensión reciban en varios ciclos electorales nacionales un apoyo no marginal del electorado. Este primer camino de mostrar que una dimensión está instalada en el electorado se observa, por ejemplo, en casos de crecimientos más graduales de una dimensión, como puede ser el caso de la dimensión ideológica (izquierda-derecha) en México desde 1989 con la creación del PRD; la izquierda siguió creciendo hasta el triunfo de Manuel López Obrador con Morena en 2018, casi 20 años después. La segunda forma para considerar que una dimensión instalada en la clase política también está instalada en el electorado es la visibilidad que tenga en la campaña electoral. Si tiene una visibilidad muy importante durante la campaña electoral; aunque sea una dimensión muy reciente, su gran relevancia nos indica que llegó para quedarse, porque solo una dimensión que tiene llegada en el electorado puede irrumpir con tanta fuerza. Kitschelt & McGann (1997) señalan cómo la ultraderecha logra irrumpir con fuerza en la oferta política debido a la existencia de factores sociales que generan un posicionamiento firme sobre ciertos temas.

Sin embargo, ambas formas son válidas únicamente si los actores políticos sostienen esas posiciones después de la campaña electoral. Es posible que los actores políticos cambien su postura, especialmente

cuando son gobierno, como describe Lupu (2014). Por lo que es crucial saber si la posición se mantiene o no; de lo contrario, aunque el electorado haya mostrado su apoyo en las urnas, no es suficiente para considerar a una dimensión instalada porque debe estar en la clase política y en el electorado. Por tanto, la primera forma muestra cómo la oferta política crece gradualmente porque acompaña a la sociedad, y la segunda muestra o a una sociedad que cambia muy rápido y una oferta política que también (posiblemente por momentos de gran descontento), o a una oferta política que llega con retraso a representar al electorado, y por eso el crecimiento se ve repentinamente, pese a que el crecimiento haya sido gradual en el electorado, pero no se vio reflejado en la oferta política. En síntesis, cuando la clase política se posiciona en torno a una dimensión con los criterios especificados, y esta dimensión también está presente en el electorado, sea por duración en el tiempo o gran visibilidad en la campaña electoral, se considera que una dimensión está instalada.

¿Cómo se combinan las diferentes dimensiones?

Uno podría preguntarse cómo puede ser que las diferencias sustantivas entre izquierda y derecha en lo económico sean cada vez menos relevantes y, sin embargo, haya olas de triunfo electoral de izquierda y derecha. ¿Cómo pueden ser menos relevantes, pero ser el elemento en común en tendencias globales de cambio como las derechas radicales, incluso en la ausencia de la dimensión cultural? Argumento que esto sucede porque distintas dimensiones de competencia política se combinan entre sí, por motivos que tienen que ver con la naturaleza de cada dimensión en sí misma. Lo sustantivo es saber si esa dimensión está instalada en ese sistema político, y después saber con qué lado o valor de la dimensión se identifican los actores políticos. Pero antes de explicar eso, por qué se combinan: independientemente del sistema electoral, todos los sistemas electorales necesitan algo cercano a una mayoría (50%) para ganar elecciones o para gobernar. Esto implica que siempre que un partido necesite el genuino voto del electorado para llegar al poder, es decir, en toda democracia electoral, las dimensiones se combinan.

En el periodo estudiado y en casos de democracias, se considera que la dimensión ideológica (izquierda-derecha) siempre está instalada. Esto se debe a que lo razonable es que una democracia electoral haya alcanzado un acuerdo mayoritario sobre el aspecto democrático de la dimensión sistémica. Es decir, incluso las democracias no consolidadas, para ser consideradas democracias electorales, deben contar con una mayoría en la clase política que adopte posturas leales a la democracia liberal. En ese caso, la discusión sobre el régimen no va a ser la única dimensión de competencia política, porque los actores democráticos deben estar discutiendo sobre otra cosa (hay acuerdo sobre ese asunto) para poder diferenciarse en el electorado y ganar apoyo político. Este razonamiento guarda relación con la teoría de Riker (1962) de coaliciones mínimas ganadoras, de que cuando una coalición (en este caso sería quienes se identifican con el lado democrático de la dimensión sistémica) crece demasiado, va a dividirse para

maximizar sus beneficios individuales. El ejemplo de México, uno de los últimos países de los casos comprendidos en este trabajo en tener su primera transición a la democracia, a medida que aumentó sus posiciones democráticas, también creció la relevancia de otras dimensiones de competencia política (López, 2005). La dimensión izquierda-derecha es la más natural en surgir porque versa en gran medida sobre asuntos económicos, e históricamente es la dimensión fundacional de las democracias contemporáneas.

La dimensión izquierda-derecha siempre se alinea con la dimensión cultural. La izquierda se combina con quienes defienden posiciones progresistas en la dimensión cultural, mientras que la derecha lo hace con quienes tienen posturas conservadoras. La dimensión que se instala primero en un sistema político puede variar, pero más allá de eso, se combinan en la misma dirección. La izquierda tiende a apoyar los cambios culturales, ya que los considera grupos más vulnerables, con el fin de lograr una igualdad sustantiva (de allí el nexo con la definición de izquierda). Por el contrario, la derecha se muestra generalmente reacia a estos cambios, prefiriendo mantener el statu quo. A su vez, el marxismo tiene un componente anticlerical, lo que podría explicar la oposición a lo establecido en términos culturales (Inglehart & Klingemann, 1976). Evidencia empírica da cuenta de este alineamiento (Rovny, 2007). Aunque los cambios culturales se vinculan a la dimensión ideológica, estos son también fenómenos de carácter generacional (Norris & Inglehart, 2019). La clave está en que en la izquierda va a haber más gente que en la derecha a favor de estos cambios, aunque los porcentajes varíen en ambos lados con el paso del tiempo, en línea con las tendencias generacionales.

Tanto la dimensión cultural como la sistémica plantean preguntas sobre si el "otro" debe ser incluido en la sociedad o en el sistema político, respectivamente. Ambas siguen una lógica excluyente que fomenta la intolerancia hacia el otro. Dahl (1971) menciona al pluralismo cultural como una dificultad para las democracias: "Y puesto que los conflictos entre las subculturas étnicas y religiosas suelen tomarse —sin mucha reflexión— como amenazas a la esencia misma del ser, los contrarios se convierten —*ipso facto*— en «ellos», los inhumanos y malignos, cuya sola existencia ya es una amenaza que estimula y justifica la violencia. [...] No cabe duda alguna de que el pluralismo subcultural es causa muchas veces de tiranteces peligrosas en cuanto a la tolerancia y seguridad mutua que se requieren para la vida de un sistema de debate público. La poliarquía, concretamente, es más viable en países relativamente homogéneos que en países donde impera el pluralismo subcultural" (p. 103). Aunque es posible que exista una dimensión cultural sin una sistémica, la dimensión cultural tiende a facilitar la emergencia de la dimensión sistémica, ya que ambas comparten la misma lógica excluyente. Por ejemplo, en Uruguay, durante el gobierno de Mujica, el aborto y el matrimonio entre personas del mismo sexo fueron ampliamente debatidos. Sin embargo, esta discusión cultural estuvo más relacionada con los cambios culturales resultantes de una evolución en el tiempo (género, LGBT) que con la cuestión de si ciertos grupos deben ser incluidos en el

sistema social o político (por ejemplo, inmigración, diferencias religiosas). Una vez que esta discusión se resolvió, el debate cultural se calmó.

Cuando prevalece la dimensión cultural, es más probable que surja una discusión del segundo tipo, sobre quiénes deberían ser incluidos en el sistema político, o los derechos políticos de quiénes o de qué posturas deberían ser plenamente respetados, que corresponden a la dimensión sistémica. Debido a los mecanismos de reproducción de las dimensiones, que serán explicados en detalle más adelante, lo mismo sucede de forma inversa: la prevalencia de la dimensión sistémica puede fomentar la instalación de la dimensión cultural. Sin embargo, la fuerza que ejerce la dimensión sistémica para que se instale la dimensión cultural es menor que en la situación inversa (de cultural a sistémica). Esto se debe a que, pese a que ambas fomentan la intolerancia, la dimensión cultural requiere de diferencias culturales significativas. Estas diferencias no son suficientes por sí solas para que se instale la dimensión, pero sí son necesarias: no podemos ser intolerantes en base a diferencias culturales que no existen. En resumen, aunque estas dimensiones pueden existir de manera independiente, a menudo están entrelazadas debido a su conexión intrínseca. Independientemente del argumento para su asociación, la evidencia empírica respalda la idea de que estas dimensiones suelen aparecer juntas (Rovny, 2007).

La combinación de la dimensión ideológica con la sistémica es lo central para entender el surgimiento del populismo y la extrema derecha. Antes de adentrarnos en la explicación, veamos todas las posibilidades en las que las dimensiones se combinan. Con combinación refiero a que la mayor parte de la clase política y el electorado que se ubica en un lado de la dimensión ideológica (ejemplo, la izquierda) va a identificarse con otro lado de otra dimensión. Como dijimos, tanto la izquierda como la derecha pueden ser autoritarias o democráticas, incluso en simultáneo (ambas pueden ser autoritarias, y ambas democráticas). Lo más frecuente es que cuando haya alguien autoritario sea la derecha, pero en algunas circunstancias es más probable que sea la izquierda quien asuma ese valor.

A continuación, todas las combinaciones posibles en las que se puede estructurar la competencia política en un sistema de partidos. Cuando la dimensión sistémica no está instalada, es porque todos los actores son leales a la democracia; por tanto, serán así referidos en el esquema. Cuando la dimensión cultural no está instalada, no es que los actores sean todos progresistas o conservadores; quizá simplemente nunca tuvieron que tomar posición sobre ese tema porque no hay conflictos culturales que dificulten la integración social, por lo que la ausencia de diferentes posicionamientos en la dimensión será referida con guiones (---).

TABLA 1. Clasificación de la competencia política en sistemas de partidos

Nro. del valor	Existencia de dimensiones	Dimensión ideológica	Dimensión cultural	Dimensión sistémica
1	No (fluido)	---	---	---
2	Sí (no fluido)	Izquierda Derecha	---	Democrático Democrático
3		Izquierda Derecha	---	Democrático Autoritario
4		Izquierda Derecha	---	Autoritario Autoritario
5		Izquierda Derecha	---	Autoritario Democrático
6		Izquierda Derecha	Progresista Conservador	Democrático Democrático
7		Izquierda Derecha	Progresista Conservador	Democrático Autoritario
8		Izquierda Derecha	Progresista Conservador	Autoritario Autoritario
9		Izquierda Derecha	Progresista Conservador	Autoritario Democrático

Estas categorías son tipos ideales, y como tales hay variabilidad en la forma específica que asumen en la realidad, por ejemplo, temas que están en discusión en la dimensión cultural en cada país. Otra aclaración pertinente es que hay una relación temporal entre las alineaciones de las dimensiones ideológicas y sistémicas (porque tiene que ver con los procesos de democratización y autocratización de los sistemas políticos que se concentran en olas temporales) (Huntington, 1995; Lührmann & Lindberg, 2019) y de la instalación de la dimensión cultural (porque se instaló en muchos sistemas políticos debido a los cambios culturales que trajo la globalización (Inglehart, 1984)). Por tanto, el esquema anterior refiere a todas las combinaciones posibles de las dimensiones, pero no necesariamente todas van a tener un correlato en la realidad: es posible que haya combinaciones que nunca hayan ocurrido.

¿Cuándo se agota una dimensión?

Este trabajo sostiene que lo determinante para que una dimensión se agote son los fracasos en las gestiones de gobierno de partidos identificados con ambos lados de una dimensión. La convergencia de la clase política reduce la capacidad de la dimensión ideológica como estructurante de la competencia política, pero por sí sola no es suficiente (ni necesaria) para agotar la dimensión ideológica: se requiere que partidos de ambos signos hayan gobernado y fracasado en los ojos de la ciudadanía. Cuando eso sucede, la ciudadanía aprende en base a la experiencia que cualquiera de esos dos discursos no es la solución a sus problemas, y busca otro relato para depositar su esperanza de cambio. La convergencia

tiene un efecto indirecto en la emergencia de un nuevo desafiante: como los partidos necesitan diferenciarse, es más probable que busquen instalar nuevos temas, y cualquiera de ellos se relaciona con la dimensión cultural o sistémica. A su vez, ambas se fomentan mutuamente, especialmente la cultural a la sistémica. Como se explicará en más detalle más adelante (ver p. 57), para que emerja un nuevo desafiante debe agotarse la dimensión ideológica y surgir la dimensión sistémica, porque un nuevo desafiante representa un cambio al statu quo, por lo que debe haber descontento con el statu quo y no solo demanda de incorporar nuevos temas. Es decir, la convergencia ayuda a que surja la dimensión sistémica, pero para que tenga éxito un nuevo desafiante que inaugure la dimensión sistémica, lo crucial es el agotamiento de las dimensiones previas y la existencia de descontento activo a canalizar. Sin embargo, como veremos más adelante, el agotamiento de otra dimensión no es el único motivo por el que se instala una nueva dimensión de competencia política.

Hay tres elementos para tener en cuenta a la hora de explicar cuando se agota una dimensión, es decir, cuando una dimensión ya no puede sintetizar y canalizar satisfactoriamente las demandas del electorado. El primero se inspira en el trabajo seminal de Huntington (1992), quien plantea que las instituciones políticas tienen una determinada capacidad para articular el conflicto, a su vez que el conflicto a articular cambia; puede crecer o disminuir. Cuando el conflicto a articular supera la capacidad de las instituciones políticas para hacerlo, es que surge la violencia. De forma análoga, sostengo que hay una correspondencia entre cuánto descontento se necesita canalizar y cuán desafiantes del statu quo deben ser los partidos para poder canalizar ese descontento, es decir, cuán “limpios” de anteriores gestiones y errores deben estar los partidos identificados con una dimensión de competencia política para poder canalizarlo. Si la población no considera que los partidos tengan la legitimidad para canalizar el descontento que tienen, no van a elegirlos para hacerlo. Si la población no los elige para ello, incluso si los partidos tienen la capacidad institucional para canalizar el descontento, no van a poder hacerlo.

El nuevo desafiante que surja en momentos de descontento puede identificarse con una dimensión ya instalada en el sistema político, siempre y cuando haya un lado de la dimensión que nunca lideró el gobierno nacional y, por tanto, ocupa el lugar de desafiante del statu quo, o puede ser que los nuevos desafiantes instalen dimensiones de competencia política que no estaban instaladas en los sistemas políticos, en las cuales todo el sistema político se ubica en un lado de la dimensión (por eso no estaban instaladas) y ellos en otra, representando así un desafío al statu quo. Por tanto, en momentos de gran descontento es más probable que un nuevo desafiante emerja o crezca para canalizar ese descontento, cuyo crecimiento representa un cambio importante en el sistema de partidos.

El segundo elemento responde a las fuerzas que operan para que las dimensiones existentes se agoten. Estas son las condiciones: que los partidos que lideren la coalición gobernante, o sean los gobernantes, hayan gobernado y la evaluación general de la ciudadanía sea que no disminuyeron significativamente

el descontento durante sus gobiernos. Cuando la ciudadanía evalúa negativamente a los partidos que encabezaron gobiernos desde ambos extremos de una dimensión (por ejemplo, tanto de izquierda como de derecha), se considera una fuerza que opera para que la dimensión se agote. Este punto se basa en los trabajos de Benton (2005), Pop-Eleches (2010) y Cella (2024), que explican cómo el electorado tiene en cuenta las gestiones anteriores a la hora de votar y puede emitir votos castigo no solo al oficialismo, sino a partidos que también hayan gobernado y estén en la oposición.

El tercer elemento considera la capacidad de renovarse que tienen las dimensiones políticas sin necesidad de que surja una nueva dimensión. Esto alarga la duración de las dimensiones políticas antes de que se agoten, porque logra canalizar un descontento moderado (por lo explicado en el primer punto). Este punto se basa en el trabajo de Sikk (2012), que cuestiona la literatura que sostiene que los partidos nuevos emergen como resultado del fracaso de viejos partidos de abordar nuevos temas, y establece que partidos nuevos triunfan al “purificar” a la ideología establecida (no cambian las dimensiones existentes). Por ejemplo, por ser nuevos no tienen reclamos de corrupción, y así son opciones que triunfan para personas que buscan cambios, pero no un cambio radical como lo sería un partido antisistémico. En la misma línea, argumento que, si la novedad es lo que purifica a los partidos, lo mismo debería suceder con outsiders que no tengan un atractivo anti-establishment político (no sean populistas), por tanto, representen a una de las dimensiones ya establecidas. Un ejemplo fue Mauricio Macri en Argentina. Se sostiene que tanto partidos nuevos como candidatos nuevos (outsiders) que se posicionan en las dimensiones vigentes purifican las dimensiones existentes y postergan que se agote la dimensión a la que pertenecen al ofrecer novedad, y así retrasan el éxito de nuevos desafiantes.

Por tanto, cuando el resultado de la capacidad de canalizar el descontento de las dimensiones establecidas acorde al punto dos (agotamiento) y el punto tres (renovación) es insuficiente para canalizar el descontento existente —como establece el primer punto—, las dimensiones existentes ya no son capaces de canalizar ese descontento y se considera que están agotadas. Cuando eso sucede, solo un nuevo desafiante que represente una nueva dimensión puede hacerlo.

Una última cuestión es: si hay más de una dimensión instalada (supongamos que la ideológica y la cultural), ¿se debe agotar una o las dos para que surja una tercera dimensión? Las dimensiones se combinan, por lo que, si ordenamos cualquier sistema político en dos bloques, en cada bloque va a presentar una combinación de dimensiones, por ejemplo, izquierda progresista y derecha conservadora. Los partidos o son los mismos, o responden a los partidos del mismo lado de dimensiones al tener que argumentar por qué una de sus dimensiones no funcionó para resolver los problemas. Es por esto que cuando se agota la dimensión de base (la ideológica), surge la sistémica, aunque la dimensión cultural sea más reciente y no hayan gobernado todos los partidos con un discurso principal en lo cultural.

Polarización ideológica y afectiva: mecanismos de reproducción de las dimensiones

El énfasis en las dimensiones de competencia política como variable explicativa del cambio puede resultar confuso, porque no son fáciles de identificar, menos aún mientras están cambiando. El marco teórico derivado de la teoría analítica de Downs implica que estas dimensiones surgen porque los partidos necesitan estructurar la competencia para diferenciarse, atraer votantes y maximizar apoyo. Por eso, se organizan con base en clivajes que forman parte de la sociedad y/o buscan instalarlos. Pero, ¿cómo se sostienen en el tiempo? ¿Los mismos factores que explican su surgimiento explican también su persistencia? Y, sobre todo, ¿cómo cambian? Esta sección aborda estas preguntas para identificar los mecanismos causales que reproducen y transforman las dimensiones de competencia política. Idealmente, busca mostrar a la teoría caminando en el mundo real.

Los cambios en las dimensiones cuyos mecanismos se buscan explicar son el surgimiento de la dimensión sistémica y la cultural, así como el aumento de la relevancia de las tres. La polarización ideológica se vincula razonablemente con la dimensión ideológica: se trata de la distancia o cercanía en los valores de esa dimensión (Sartori, 1992). La polarización también es el mecanismo por el cual esa dimensión se mantiene vigente como eje de ordenamiento: mientras la ciudadanía y la clase política continúen diferenciándose ideológicamente, la competencia seguirá estructurándose en torno a esas diferencias. Si la clase política converge en ciertos temas o, por el contrario, profundiza sus discrepancias, es esperable que el debate público sobre esa dimensión disminuya o aumente, respectivamente. Cuando eso ocurre, cambia también su peso relativo en el sistema. En suma, la polarización no solo sostiene la vigencia de la dimensión ideológica, sino que, al intensificarse, también incrementa su relevancia.

Algo similar sucede con la polarización afectiva y las dimensiones cultural y sistémica. La polarización afectiva se caracteriza por una creciente enemistad, antipatía personal entre partidarios de diferentes opciones políticas (Iyengar et al. 2019), que a su vez expresan un apego evidente a un grupo (Wagner, 2021). La polarización afectiva es la intolerancia antes referida como precedente y consecuencia natural de las dimensiones cultural y sistémica. Huddy et al. (2015) definen la identidad política como una identidad de grupo, lo que muestra que la polarización puede surgir a partir de diferencias ideológicas, pero no depende de ellas: basta con que la pertenencia a un grupo sea concebida en oposición a otro grupo. Así, tanto la polarización ideológica como la afectiva producen efectos similares al reforzar y rechazar actitudes y comportamientos en función de una identidad grupal, y operan de forma comparable a otras formas de pertenencia a grupos sociales (Kalin & Sambanis, 2018).

Niveles elevados de polarización ideológica generan polarización afectiva (Rogowski & Sutherland, 2016). Esto es consistente con lo establecido por Sartori (1992), de que los extremos de la dimensión ideológica eran autoritarios. Aquí se sostiene que la polarización afectiva es el mecanismo por el cual

crece y se mantiene la dimensión sistémica, y que altos niveles de polarización ideológica generan polarización afectiva. De allí la vinculación entre ambas polarizaciones y entre la dimensión ideológica con la sistémica. Es decir, cuando las diferencias ideológicas son tan grandes, es más probable que no se tolere su posición y se lo vea como un enemigo, lo que genera polarización afectiva y facilita la emergencia o crecimiento de la dimensión sistémica.

En contextos donde aumentan problemas de índole cultural o asociados a la dimensión sistémica, aumenta la intolerancia hacia el otro y la polarización afectiva. Dado que el mecanismo de reproducción de ambas dimensiones es el mismo —la polarización afectiva—, la emergencia de una puede facilitar el surgimiento de la otra, como se señaló anteriormente (ver p. 48). Ejemplos de esto pueden ser cómo las diferencias culturales que se ven como problemáticas en otro cuando la dimensión está instalada, como ocurre frecuentemente en países con altos flujos migratorios, pueden usarse para justificar su exclusión de ciertos derechos sociales o políticos, lo que fomenta el crecimiento de la dimensión sistémica. De forma inversa, como la polarización afectiva lleva a percibir al otro como un grupo externo y antagónico (Huddy et al. 2015; Kalin & Sambanis, 2018), basta con identificar un motivo de rechazo para que se activen procesos cognitivos que sesgan la percepción y exageran otras diferencias, lo que genera nuevos motivos de exclusión (Taber & Lodge, 2006; Fiske, Cuddy & Glick, 2007). Así, la polarización afectiva originada en una dimensión —por ejemplo, la sistémica— puede expandirse y contribuir a la emergencia o fortalecimiento de la dimensión cultural.

La polarización afectiva mantiene o aumenta la relevancia de la dimensión a la que está asociada porque las posiciones divergentes sobre temas culturales o sistémicos que generan polarización afectiva tienden a adquirir mayor visibilidad en el debate público, lo que aumenta el peso de la dimensión correspondiente. Es precisamente la percepción de las diferencias como un problema lo que contribuye a su visibilidad pública, y no solo la diferencia en sí misma. Un ejemplo claro es la centralidad del tema racial en Estados Unidos. Es común que la identidad de las personas esté fuertemente vinculada a su raza, que se les pregunte por ella en distintos contextos y que este sea un eje relevante del debate político. En contraste, en Brasil —también racialmente muy diverso—, las diferencias culturales asociadas a la raza no están tan cargadas socialmente, por lo que la raza es menos relevante en el debate público.

Pero, ¿cómo se produce el surgimiento de la dimensión sistémica sin aumento de la polarización ideológica, sin problemas culturales o sistémicos, solo por la falta de un nuevo desafiante y descontento general (por ejemplo, económico o de gestión) a canalizar? Solo la falta de opciones desafiantes en un sistema político contribuye a un aumento de la polarización afectiva, lo que crea las condiciones para que —en línea con el argumento aquí propuesto—, ante un eventual aumento del descontento, emerja una nueva dimensión. Esto sucede porque, cuando hay desafiante, la dinámica de competencia de los partidos se centra en evaluar o rechazar al gobierno, y siempre y cuando la oposición sea vista como

preparada para gobernar, puede capitalizar los fracasos del gobierno. Cuando ya no hay una opción desafiante, la dinámica de competencia cambia y el eje del debate público pasa a ser quién es mejor (si gobierno u oposición), o mejor, quién representa el mal menor. Esa nueva dinámica de competencia incentiva a que la clase política recurra con mayor frecuencia a disputas retrospectivas con fines de rentabilidad electoral, y que priorice el posicionamiento frente al adversario por sobre la respuesta a las demandas ciudadanas. Como consecuencia, se intensifica la polarización afectiva entre actores políticos, la cual se contagia a la ciudadanía, así como también es razonable que aumente en esta la desafección política, fruto de la mayor desconexión de la clase política con la ciudadanía y del hartazgo que genera un debate político polarizado. El escenario político en Uruguay durante la última campaña electoral es un ejemplo de esta situación (Louis, 2024a; 2024b).

Por último, cabe preguntarse si la polarización es una causa de nuevos desafiantes. Niveles altos de polarización están asociados con la erosión democrática en la época actual (Somer et al. 2021), que suele ocurrir de la mano de populistas (Lührmann & Lindberg, 2019). Mayoritariamente, la polarización aparece un poco antes de que aparezcan expresiones populistas en los sistemas políticos, y también después, acorde a que el populismo causa polarización por ser antipluralista (Müller, 2017; Roberts, 2022). En algunos casos aparece mucho tiempo antes, como es el caso de Estados Unidos (Roberts, 2022). En el argumento actual, esto se explica porque la polarización afectiva aparece cuando aparecen las dimensiones de competencia política cultural y sistémica en la población, pero como se expresó anteriormente (ver p. 45), la clase política puede tardar en incorporar estas demandas.

Estados Unidos tiene un bipartidismo con reglas muy restrictivas y gran capacidad para limitar la entrada de candidatos outsiders, por lo que es razonable que los políticos solo dejen entrar a outsiders cuando crean que haciéndolo van a ganar más cargos (Levitsky & Ziblatt, 2018). No es razonable que lo hagan cuando crean que esto les va a generar competencia, solo si creen que es la única forma de que a ellos les vaya mejor. Eso solo sucede cuando en el sistema político hay mucha demanda de cambio, mucho descontento activo. Para tener un rol de nuevo desafiante con un atractivo anti-establishment político para canalizar el descontento, los partidos en Estados Unidos debían hacerlo con un outsider. Solo un outsider podía capitalizar el descontento con el establishment político de forma creíble en partidos tan antiguos (acorde a la definición de nuevo desafiante), y como los insiders tenían mayor capacidad que en otros sistemas políticos para impedirles entrar y solo les servía dejarlos entrar para que eso les ayude a ellos a tener más cargos (Levitsky & Ziblatt, 2018), tardaron más en dejar entrar a un candidato outsider y en representar esa demanda de la población. En la mayoría de los sistemas, como sugiere Roberts (2022), el patrón predominante es que la polarización aumente levemente antes de la emergencia de un liderazgo populista, y se mantenga o intensifique después.

Aun así, dado que la polarización suele preceder levemente la aparición de liderazgos populistas, resulta razonable pensar que la polarización causa el populismo. Sin embargo, como advierte Elster (1989), es necesario tener precaución al analizar mecanismos causales frente a asociaciones espurias: es posible que tanto la polarización como el populismo sean efectos de una tercera causa común, y no necesariamente haya una relación de causa y consecuencia directa entre sí. Según el argumento planteado, si se reduce la polarización una vez que esta apareció por los cambios en las dimensiones, es posible estirar el tiempo y retrasar la aparición de una nueva dimensión. Pero la polarización debería disminuir por una causa distinta al cambio en las dimensiones, por ejemplo, que el país sufra una guerra y eso una a la población. Cuando ese factor se vaya, si las dimensiones no cambiaron y están las otras condiciones para que surja un nuevo desafiante —descontento activo, un sistema permeable a las demandas de la ciudadanía (variable interviniente institucionalización) y el escenario 2 explicado en los cambios de época—, entonces se espera que sí surja un nuevo desafiante. Esto es así porque la polarización no constituye una causa en sí misma, sino un mecanismo a través del cual opera la causalidad; por lo tanto, influye en cómo los fenómenos ocurren —acelerándolos o demorándolos—, pero no en su ocurrencia misma.

La demanda desde la ciudadanía

Los comportamientos estratégicos están orientados a ganar las elecciones a partir de conocer cuáles son las demandas sociales, o sea, la distribución de preferencias de los electores. Por lo tanto, este análisis incorpora las demandas del electorado para explicar los cambios que suceden en las dimensiones de competencia política, observando la presencia de temas relevantes que se asocian a dimensiones específicas de la competencia política. Por ejemplo, si hay una ola migratoria, es claro que la inmigración se convertirá en un tema político central. Dado que la inmigración se asocia a la dimensión de competencia cultural, opera a favor de que los políticos tomen posición sobre ese tema y, eventualmente, se reordene la competencia política al incorporar la dimensión cultural en caso de no estar. Es decir que no solo el agotamiento de las dimensiones vigentes opera como presión para que se instale una nueva dimensión, sino que la demanda del electorado de ciertos asuntos opera como presión para que se instalen ciertas dimensiones, independientemente de si las dimensiones vigentes están agotadas o no.

De forma sintética, porque todo se deriva de la revisión de literatura, hay ciertos problemas en la sociedad que hacen que una dimensión sea más difícil de disminuir su protagonismo en caso de que a un actor le resulte favorable hacerlo o que, en caso de no ser una dimensión que esté instalada, sea más probable que se instale. En el caso de la dimensión ideológica, estos asuntos tienen que ver principalmente con la desigualdad económica, como indican Zanotti & Roberts (2021) como una dificultad de la derecha en América Latina. Para la dimensión cultural, estos asuntos corresponden a la definición de la dimensión cultural, es decir, diferencias en valores, creencias e identidades que generen problemas de integración en la sociedad. El ejemplo más claro es la presencia de inmigración, asociada al éxito de la

derecha conservadora (Norris, 2005; Ivarsflaten, 2008). Estos factores son suficientes por sí mismos para que surja la dimensión cultural, y su fuerza se ve facilitada si está presente la dimensión sistémica, pero por sí sola la dimensión sistémica no es suficiente para que se instale la dimensión cultural. Por último, los factores que facilitan el éxito de la dimensión sistémica son de inseguridad física, como el crimen o el narcotráfico (Zanotti & Roberts, 2021), al igual que lo hace la presencia de la dimensión cultural, como se argumentó anteriormente. La insatisfacción vinculada al funcionamiento de la democracia, así como la presencia de desafección, razonablemente también incrementan la posibilidad de que se instale la dimensión sistémica.

Pensando en las dos dimensiones que pueden instalarse en este esquema (la cultural y la sistémica), la cultural puede instalarse sin cambios en la oferta de desafiantes, solo porque emergen problemas sociales que pertenecen a esa dimensión y deben discutirse. En cuanto a la dimensión sistémica, los asuntos que la vuelven más difícil de ignorar son temas que las sociedades, en mayor o menor medida, siempre tratan. A diferencia de la dimensión cultural, no es que se discutan asuntos vinculados a lo cultural lo que hace que la dimensión se instale, porque los asuntos vinculados a la dimensión sistémica siempre se discuten: siempre hay algo de crimen, siempre se puede catalogar a los partidos como leales o no a la democracia. La inseguridad física, por ejemplo, está presente en los programas tanto de izquierda como de derecha, por lo que, para que esa dimensión se instale, no basta con que sea un problema presente, sino que debe ser un problema importante. Para que la dimensión sistémica se instale, estos problemas deben tener una notoriedad significativa en el debate público, y eso ocurre cuando hay una gran insatisfacción, generalmente asociada a que ninguno de los partidos de diferente signo de una dimensión pudo resolver los asuntos asociados a la dimensión sistémica.

La conexión entre demanda ciudadana y activación electoral se produce porque el descontento activo suele tener una naturaleza clara: económica, cultural, sobre inseguridad física o vinculada a la democracia, acorde a lo visto en el concepto de descontento. Esa naturaleza se relaciona con la demanda de nuevas dimensiones. El descontento cultural siempre se expresa mediante un desafiante cultural, porque para abordarlo políticamente es necesario hablar de esos temas. No ocurre lo mismo con otros tipos de descontento: todos los partidos abordan economía, inseguridad o democracia, por lo que los nuevos desafiantes no estarán tan claramente determinados por esas demandas. La inseguridad física sí fomenta la instalación de la dimensión sistémica, pero no de forma tan determinante como lo hace el descontento de tipo cultural. Esto es consistente con Rhodes-Purdy, Navarre & Utych (2023), quienes muestran que el descontento cultural siempre se expresa de forma cultural, mientras que el económico puede hacerlo tanto en términos económicos como culturales.

La activación electoral

La activación electoral indica que debe haber descontento activo para canalizar, es decir, insatisfacción en la democracia, con o sin desafección. Esta sección aspira a explicar el rol de la activación electoral en el proceso causal del éxito de nuevos desafiantes. El argumento plantea que el descontento activo se canaliza en un partido o fracción que se identifica con la/s dimensión/es de competencia del sistema de partidos. Siempre que haya un nuevo desafiante, el descontento activo se puede canalizar en el ordenamiento de dimensiones vigente, porque el cambio en el sistema de partidos para que emerja un nuevo desafiante ya ocurrió. Un ejemplo sería en la clásica dimensión ideológica, cuando actores políticos de izquierda representan a los nuevos desafiantes, canalizan el descontento activo y así se explica su éxito. En caso de que no haya un nuevo desafiante en el sistema de partidos vigente, lógicamente debe surgir un nuevo desafiante para que sea exitoso. Como vimos en la definición de nuevos desafiantes, estos deben representar al menos una dimensión que nunca haya liderado el gobierno nacional; por tanto, en caso de que no haya nuevos desafiantes, debe surgir una nueva dimensión para que emerja y tenga éxito un nuevo desafiante. Las nuevas dimensiones pueden surgir por agotamiento de las dimensiones vigentes y/o demanda del electorado de incorporar nuevos asuntos. Para que surja un nuevo desafiante, la dimensión nueva debe surgir por agotamiento de las dimensiones vigentes, sin importar si hay o no demanda del electorado de incorporar asuntos. Veamos por qué.

En el esquema de dimensiones anteriormente presentado, siempre está vigente la dimensión ideológica, por lo que solo pueden ingresar dos dimensiones nuevas: la cultural y la sistémica. La dimensión cultural podría ingresar sola (sin la sistémica) en una circunstancia en la que hay problemas de índole cultural y en la que no está agotada la dimensión ideológica; esto es, o hay descontento con el establishment y este lo canaliza la izquierda que ocupa el rol de desafiante, o no hay tal descontento con el establishment como para que se agote la dimensión ideológica. En cualquiera de estos escenarios, lo razonable es que alguno de los actores políticos (desafiantes o mainstream) incorpore la dimensión cultural a sus propuestas, a sabiendas de que es un tema que les puede dar apoyo electoral y no habiendo ningún impedimento para utilizar temas culturales por pertenecer al establishment. Un ejemplo de esto puede ser el Partido Popular en España; es claramente conservador en lo cultural y no es populista ni fascista. En todo caso, ese lugar lo ocupa Vox, que apareció después y no fue quien trajo la dimensión cultural, sino la sistémica. Un nuevo desafiante lo que hace es representar un cambio al statu quo, y para que eso emerja, debe haber descontento con el statu quo y no solo demanda de incorporar nuevos temas.

El descontento con el establishment se puede canalizar al apelar a un discurso anti-establishment económico (vinculado a la dimensión ideológica) o anti-establishment político (vinculado a la dimensión sistémica). Cuando se agota la dimensión ideológica, también lo hace el discurso anti-establishment eco-

nómico como principal vía para canalizar la insatisfacción con el statu quo, por lo que, en esas circunstancias, el discurso anti-establishment político pasa a ser el más idóneo para criticar al establishment. En el período y región estudiados, la dimensión ideológica está siempre instalada, por lo que, para que emerja un nuevo desafiante capaz de canalizar el descontento existente, este debe inaugurar la dimensión sistémica. Por definición, los nuevos desafiantes deben proponer una dimensión que nunca haya gobernado, y la sistémica es la única vinculada con el discurso disponible para enfrentar al statu quo: el anti-establishment político. Es por eso que, aunque las dimensiones cultural y sistémica pueden instalarse debido a la prevalencia de problemas asociados a ellas, para que surja un nuevo desafiante es necesario que la dimensión sistémica esté instalada (por ser la que se asocia al discurso anti-establishment político) y que la dimensión ideológica esté agotada (para que sea el discurso anti-establishment político el más idóneo para canalizar el descontento con el statu quo).

Entonces, el descontento activo alimenta a los nuevos desafiantes para que sean exitosos, sea que ya existan en el ordenamiento vigente del sistema de partidos, o que no existan. En ese caso, se debe agotar la dimensión ideológica y haber descontento activo para que emerja y tenga éxito un nuevo desafiante. Puede ocurrir que el descontento activo esté presente durante un tiempo sin que surja un nuevo desafiante, precisamente porque las dimensiones aún no se han agotado. Solo cuando eso ocurre, el nuevo desafiante puede emerger, sin necesidad de un aumento repentino del descontento en ese momento —es decir, sin un shock de descontento en el momento previo de su emergencia. También puede suceder que una crisis aumente el descontento activo y, al no poder ser resuelta por los actores vigentes, se agoten las dimensiones y emerja un nuevo desafiante inmediatamente. Por tanto, puede surgir un nuevo desafiante sin que haya una crisis nueva, pero sí debe haber descontento activo; es una condición necesaria del modelo.

Variable interviniente y supuesto del argumento

El nivel de institucionalización opera como variable interviniente en esta teoría. En primer lugar, la teoría establece un nivel de transmisión de la voluntad popular (sea el descontento activo o la demanda de temas específicos) que está mediado por cuánta escucha hay desde la clase política a las demandas de la ciudadanía, específicamente a la dimensión de incorporación de la conceptualización de institucionalización de Piñeiro y Rosenblatt (2018). Un ejemplo de cómo esto impacta es Chile y su estallido. En un sistema con poca incorporación como Chile, puede haber calma con una gran desafección o apatía, que, como vimos, es una luz amarilla para que cuando aparezca descontento activo, este tenga un impacto mayor, pero incluso cuando hay descontento activo, este no siempre logra expresarse electoralmente porque el sistema político tiene dificultades para incorporar la demanda. Esta acumulación de descontento y tardanza en expresarlo puede explicar que la expresión del descontento sea violenta, dado que las instituciones no logran canalizarlo adecuadamente, tal como teoriza Huntington (1992).

El segundo aspecto en el que interviene el nivel de institucionalismo es bastante paradójico y contribuye a explicar por qué se ven tan afectadas las democracias establecidas en esta ola de autocratización (Lührmann & Lindberg, 2019): la mayor estabilidad en un sistema de partidos dificulta que los partidos pertenecientes a una dimensión se separen de errores de anteriores gestiones porque los bloques están más consolidados; entonces, cada lado de la dimensión tiene más dificultades para renovarse con novedad. La institucionalización implica que el sistema tiene mejor representación y, por tanto, es esperable que haya menos descontento. Pero una vez que el descontento está, este tiene un impacto mayor porque el sistema estable tiene más dificultades para renovarse con novedad. No se trata de que haya menos actores nuevos (eso solo pasaría si no hubiera incorporación); me refiero a que, aunque haya actores nuevos, estos van a ser vistos como actores que pertenecen a un bloque y van a poder separarse menos de lo hecho por el partido o los partidos del lado de la/s dimensión/es a la que pertenecen. También las democracias establecidas se ven más afectadas porque la izquierda ya no era desafiante, y hay mayor prevalencia de problemas culturales, ambos elementos que facilitan la emergencia de la ultraderecha.

La falta extrema de institucionalización —los sistemas políticos fluidos— rompe el supuesto de este trabajo, porque en esos casos los sistemas no se estructuran en dimensiones de competencia política. Cuando la competencia política no se estructura en dimensiones de competencia política, es decir, la dimensión ideológica, cultural o sistémica son menos relevantes para entender cómo se estructura la competencia política que los vínculos clientelares o personalistas, el supuesto de este trabajo deja de cumplirse. Cuando en un partido es más relevante la persona a la que representa (su candidato o el culto pasado a una persona, como el fujimorismo), eso permite incluso que haya virajes programáticos (se cambie el lado que ocupa un actor político en la dimensión) y que el partido sobreviva, porque no es la dimensión a la que pertenece el vínculo primordial con su electorado. Cuando esto ocurre, esto da gran flexibilidad a los sistemas políticos, porque la esperanza no se renueva con una nueva dimensión de competencia política, sino con nuevas personas.

Cuando la competencia política no se estructura en dimensiones, sino que el centro de un partido es la persona a la que representan (su candidato o el culto pasado a una persona, como el fujimorismo), eso da una gran flexibilidad a los sistemas, porque la esperanza no se renueva con una nueva dimensión de competencia política, sino con nuevas personas. Esto puede explicar casos de “limbo” como Perú. ¿Cómo puede ser que Perú siga siendo funcional sin partidos que medien las preferencias, tan poco institucionalizado y con poca aprobación de lo realizado por sus gobernantes, por tantos años (Levitsky, 2018; Vergara & Watanabe, 2019)? Con cada outsider nuevo, con cada persona, se depositan expectativas de cambio, y pese a que hay gran descontento, también hay una enorme capacidad de renovación. También es posible que haya niveles intermedios de institucionalización y el supuesto de esta teoría se vea debilitado, como es el caso del peronismo en Argentina. Personalismos que atraviesan el sistema político,

porque el culto a la persona es más visceral que el lado de la dimensión al que pertenece el peronismo (Malamud & Marsteintredet, 2024), le dan una mayor flexibilidad al sistema.

Una última aclaración refiere a las implicancias del supuesto. Dado que la dimensión sistémica se expresa más frecuentemente en prácticas populistas, y el populismo ensalza el culto a líderes políticos, el supuesto de este trabajo puede resultar poco claro. Siempre y cuando el posicionamiento en el debate público de un actor político (partido o fracción) se ubique de forma consistente en el mismo lado de las dimensiones de competencia política vigentes en su sistema político, se considera que el supuesto se cumple. Que los sistemas se estructuren en dimensiones de competencia política no quiere decir que la discusión esté centrada en ideología, que el personalismo —cada vez más frecuente— rompa el supuesto. La competencia poco programática, centrada en ataques personales al adversario, no es un obstáculo para esta teoría: la misma polarización afectiva tan frecuente en estos casos, y que vacía de contenido ideológico al debate público, separa muy bien las aguas entre unos y otros de cada dimensión (Iyengar et al. 2019; Rojo-Martínez & Crespo-Martínez, 2023). Lo único que rompe el supuesto es que, en la competencia vigente, sean más relevantes para explicar el comportamiento electoral personalismos o prácticas clientelares que el lado en las dimensiones políticas en las que se posicionen los partidos.

El éxito de partidos desafiantes

La izquierda como desafiante

Con los elementos explicados hasta el momento es posible explicar el éxito de la izquierda como desafiante: en sistemas políticos más nuevos en América Latina, donde mayoritariamente la izquierda no había gobernado y ocupaba el rol de desafiante en sus sistemas políticos, y hay un aumento del descontento, crecen los actores políticos de izquierda debido a la necesidad de canalizar ese descontento. Lo establecido por Queirolo (2013) está en línea con este argumento; sostiene que la ola a la izquierda que se extendió por América Latina a partir de fines de los años 1990 fue causada por la intención de los votantes de castigar a los partidos políticos que no fueron capaces de mejorar el bienestar económico de sus electores. Sostiene que los latinoamericanos votan en función de su desempeño, que expulsan a quienes perciben como responsables de las crisis económicas y que llevan al poder a los de la “oposición no contaminada”, que ha sido la izquierda en la mayoría de los países latinoamericanos. Ejemplos de éxito de izquierda democrática con estas características son el Frente Amplio en Uruguay, que ocupaba el rol de desafiante (González, 1999) y fue creciendo paulatinamente durante décadas fruto de las sistemáticas evaluaciones negativas de los partidos tradicionales (UMAD, 2025), y después de un pico de descontento debido a la crisis de 2002, logra canalizar el descontento y crecer al punto de alcanzar el gobierno nacional en primera vuelta, primera y única vez que un partido político ganó en primera vuelta en Uruguay. Otros ejemplos de izquierdas democráticas que tienen éxito como nuevos desafiantes son el Partido de los Trabajadores con Lula da Silva en Brasil y el Frente Amplio con Gabriel Boric en Chile.

Una aclaración importante es que el éxito y el triunfo electoral no son lo mismo, y en el caso de la izquierda ambos podrían estar mucho más separados en el tiempo que en el caso de otras dimensiones de competencia política. Antes de que los sistemas de competencia política se organicen en dimensiones claras, los vínculos clientelistas o personalistas suelen prevalecer, y la clase política tiende a estar más inclinada hacia la derecha. Esto ocurre porque, en los primeros estadios del proceso de democratización, e independientemente de la vía de democratización de cada país (Dahl, 1971), la élite es la primera en alcanzar el poder y esta es de derecha. La dimensión ideológica aparece posteriormente cuando surge la izquierda y la competencia política se ordena sobre la dimensión ideológica. En ese contexto, el crecimiento de la izquierda estuvo acompañado de un desplazamiento de los vínculos clientelares o personalistas como el principal vínculo entre electores y políticos y un crecimiento de los vínculos programáticos, que es un proceso lento (Singer, 2016). En el esquema provisto por este trabajo, en caso de ya no estar instaladas, las demás dimensiones cuando ingresan, generalmente lo hacen después de la ideológica, por lo que no deben allanar ese camino. Al combinarse las dimensiones entre sí, el crecimiento de un nuevo desafiante que representa una dimensión que entra después de la primera se da más rápidamente que el crecimiento inicial de un desafiante de la primera dimensión. Esto suele ser el caso

de los nuevos desafiantes de izquierda. La demora en el ascenso de los nuevos desafiantes de izquierda hacia el poder también se debe a las características del contexto histórico, donde, en términos de necesidad de los partidos para ganar apoyo político, era más frecuente que el escenario político correspondiera al escenario 1 que al 2, por lo que la construcción partidaria necesaria para crecer electoralmente era más difícil y requería más tiempo.

La ultraderecha como desafiante

El factor común de la ultraderecha —ya sea en las Américas o en Europa, pese a sus diferencias— es que emerge luego de que tanto la izquierda como la derecha tradicional han ocupado el poder, en un contexto donde la dimensión ideológica se ha agotado y ninguna de estas posiciones logra ofrecer suficiente renovación para canalizar el descontento existente. Por cómo han sido históricamente los procesos de democratización según Dahl (1971), pese a que hay tres vías diferentes, todas tienen en común que primero ha llegado la derecha al gobierno y después lo han hecho quienes tienen posturas de izquierda o liberales, opuestas a la derecha hegemónica. Mientras la dimensión ideológica sigue vigente —lo que suele prolongarse durante décadas—, el discurso predominante para canalizar el descontento con el sistema es de tipo económico. Sin embargo, cuando se agota la dimensión ideológica, también lo hace el discurso anti-establishment económico, porque ha sido el discurso con el que la izquierda se oponía al establishment, y ahora la izquierda ha perdido su legitimidad por malos resultados, al igual que la derecha. La diferencia es que, cuando solo está la dimensión ideológica instalada, la derecha no tiene un discurso anti-establishment.

Por lo tanto, cuando hay descontento activo a canalizar una vez que la dimensión ideológica se agotó, el discurso más idóneo para canalizar el descontento con el establishment es el discurso anti-establishment político. Como se vio anteriormente, tanto la izquierda como la derecha pueden apelar a este tipo de discurso. No obstante, la izquierda no puede renunciar a su identidad como fuerza anti-establishment económico, ya que es constitutiva de su posición ideológica. Entonces, la combinación de ambos discursos anti-establishment resulta en decir que la actividad política es ilegítima porque no se han representado los intereses económicos del pueblo. Pero no es posible sostener que el pueblo no ha sido representado por culpa de otros y que los electores deben elegir a la izquierda para que represente a sus intereses como solo la izquierda haría (por no ser el establishment económico), cuando la izquierda ya pasó por el gobierno y fracasó en los ojos de la ciudadanía. Cuando llega la ultraderecha, la izquierda fue la última en el poder, o lo fue una derecha tradicional sin discurso anti-establishment. El último discurso que hubo contra el establishment (y fracasó) fue el económico; por lo tanto, el nuevo desafiante no debe tener ese discurso para poder representar una novedad. Es así cuando surge una derecha con un discurso anti-establishment político, es decir, del lado autoritario de la dimensión sistémica. Puede ser populista o ser de extrema derecha, que incluye otros fenómenos como el fascismo.

Cabe subrayar que, para que la izquierda agote su legitimidad como crítica del establishment económico, es necesario que haya gobernado como una fuerza de izquierda. En casos como los que describe Lupu (2014), donde líderes electos con una identidad de izquierda adoptan políticas de derecha al llegar al poder, la legitimidad del discurso económico puede ser recuperada rápidamente por nuevas figuras de izquierda. Un ejemplo claro se dio en Venezuela, donde AD, un partido de izquierda, giró hacia la derecha en el gobierno. En ese contexto, el descontento popular fue luego canalizado por Hugo Chávez, un líder que combinó un discurso anti-establishment económico y político.

En el caso de la derecha populista, su narrativa no se presenta como autoritaria en defensa abierta de las élites ni como contraria a la inclusión social. Por el contrario, se construye como una fuerza popular que denuncia a la clase política —o a una parte significativa de ella— por representar intereses propios o de grupos que no serían parte legítima del "pueblo", definidos muchas veces como enemigos culturales. Aunque esta derecha continúe alineada con los intereses económicos tradicionales, lo hace desde una posición discursiva distinta, que le permite construir una base de apoyo popular más amplia al oponerse, al menos retóricamente, a las élites políticas.

Esta explicación es coincidente con que la ultraderecha sea más frecuente y haya llegado antes a Europa o a América del Norte, donde hay países con democracias más consolidadas, que a América Latina, donde la izquierda llegó mucho después (Queirolo, 2013). Las particularidades de la ultraderecha dependen especialmente de que también esté instalada la dimensión cultural en ese sistema político, por lo que es más normal que el adversario no sea toda la clase política, sino un enemigo cultural, como pueden ser los inmigrantes, o más bien, una mezcla de ambos. Las otras diferencias que podemos ver entre las ultraderechas suelen estar asociadas al origen del descontento que canalizan, si es, por ejemplo, por inseguridad en el caso de Nayib Bukele en El Salvador, si es una oposición a la corrupción en el caso de Jair Bolsonaro, o si es por malos desempeños económicos como en el caso de Javier Milei. Son matices, pero no demasiado sustantivos, porque todos son derecha autoritaria en las dimensiones políticas.

La ultraderecha, con un discurso anti-establishment político, puede compatibilizar mejor ser parte del gobierno o de la clase política cuando hay un enemigo cultural que cuando no lo hay. Porque de esa forma pueden diferenciar a la clase política en traidores (los que defienden al enemigo cultural) y ellos, y ellos seguir siendo parte del establishment político y alimentándose del atractivo anti-establishment político. Es por eso que la presencia de la dimensión cultural facilita el éxito (la derecha autoritaria se alimenta del descontento cultural) y también que puedan mantener su posicionamiento por mucho tiempo. En línea con este argumento, Kriesi & Schulte-Cloos (2020) muestran como la derecha radical, a diferencia de la izquierda radical (que no tiene un enemigo cultural), puede seguir alimentándose del descontento de la población incluso si está en el gobierno.

Ejemplos de ultraderecha son abundantes, especialmente en Europa, donde la dimensión ideológica pierde relevancia por convergencia de los actores políticos y mayor prevalencia de problemas culturales. Emergen nuevas izquierdas sin experiencia política que claman ser la verdadera izquierda debido a las fallas de gestión y convergencia ideológica de las viejas izquierdas, pero sobre todo emergen derechas con un énfasis fuerte en lo cultural, que son las que principalmente canalizan el descontento anti-establishment político, trayendo con ellas la dimensión sistémica. Como vimos, para la derecha cultural es mucho más fácil mantener su lugar de desafiante que lo que le resulta a la izquierda (Kriesi & Schulte-Cloos, 2020), y en parte por eso y por la gran relevancia de los problemas culturales, es que la ultraderecha logra ser tan exitosa y protagonista en canalizar el descontento.

La izquierda: ¿democrática o autoritaria?

El argumento principal de este trabajo establece que la izquierda, cuando ocupa el lugar de desafiante, puede oponerse tanto al establishment económico como al político, los cuales suelen ser difíciles de distinguir cuando la izquierda aún no gobernó, porque por su lugar de desafiante no pertenece al establishment político. Antes de que alcance el poder, es cuando es más difícil de distinguir y de predecir si la izquierda es y/o será populista o no, debido a la superposición que existe entre el establishment económico al que critica y el político. La teoría permite explicar el éxito de la izquierda como nueva desafiante, pero no de qué tipo de izquierda: democrática o autoritaria. Para eso, esta sección del trabajo busca complementar el argumento principal para hacer esta distinción que es tan relevante para entender las implicancias de su éxito en los sistemas políticos. No busca explicar el éxito entendido como posibilidad de consolidarse en el poder de una izquierda autoritaria, porque este trabajo solo abarca democracias, sino explicar cuándo una izquierda que ocupa el lugar de nuevo desafiante y es exitosa — relevante en sus sistemas políticos y que creció electoralmente— es más probable que tenga vocación de autoritaria. Las ideas aquí planteadas explican en parte por qué algunos regímenes autoritarios duran más, pero no en su totalidad. Saber si la izquierda con vocación autoritaria deviene en un régimen autoritario o no, o cuán exitoso será ese régimen, son otros objetos de estudio que exceden los objetivos de esta sección.

El argumento que sostengo como explicación sigue la línea anterior en relación a los dos tipos de formas de construir apoyo anti-establishment. Antes de haber gobernado, en su posición de desafiante, todas las izquierdas se pueden posicionar en contra del establishment político, pero una vez alcanzado el poder, la izquierda puede legitimar al establishment político por haberla incluido, o puede que no lo legitime y se comporte de forma semileal o desleal a la democracia. Lo que se busca explicar es cuándo es más probable que una izquierda desafiante se comporte de forma populista (semileal o desleal a la democracia). La clave está en cuán nuevas eran al momento de alcanzar el poder, cuán populares fueron en sus primeros gobiernos y si la oposición a esas izquierdas era semileal o desleal a la democracia.

Todos los casos de autoritarismos de izquierda en el período estudiado están en América Latina y en todos los casos el ascenso a la izquierda estuvo alineado con un proceso de democratización del sistema político —entendido como mejora de la democracia— (Lührmann & Lindberg, 2019), sea porque se alcanzó la democracia o porque el triunfo de la izquierda representó una mejora en la democracia establecida por mejorar la representatividad del sistema político. Es decir, sea porque la izquierda movió al sistema político vigente hacia una mayor representatividad entendida desde el esquema de Dahl (1971) (antes de ser una democracia) como participación, o porque la izquierda mejoró la representatividad desde la perspectiva institucionalista al aumentar la incorporación (Piñeiro & Rosenblatt, 2018), o simplemente porque incorporó demandas que antes eran excluidas por nunca

haber gobernado una opción de izquierda, la izquierda que resultó autoritaria primero implicó una mejora para la democracia porque amplió la representatividad.

Si intentamos aplicar las vías de democratización de Dahl (1971) a un contexto más contemporáneo, donde la mejora de representación se entienda en un sentido más amplio que solo participación, esta nos puede ayudar a entender algunos procesos. Dahl teoriza principalmente sobre dos vías, siendo la tercera un punto híbrido entre las primeras dos. La primera vía implica que una hegemonía cerrada (poco representativa y con poca apertura al debate público) se mueva primero hacia un mayor debate público y después aumente su participación, consolidándose como una poliarquía. La tercera vía hace el camino opuesto: la hegemonía cerrada primero aumenta su participación y después se abre al debate público en su camino hacia la poliarquía. Dahl denomina a la tercera vía de democratización como la revolucionaria, y le asigna mayores riesgos de violencia y caos, considerándolo un camino más riesgoso de lograr consolidarse como poliárquico y, en caso de lograrse, seguramente a un costo mayor. En cambio, considera a la primera vía como la óptima porque los actores políticos que amplían el debate ya tenían reglas de competitividad, se consideraban legítimos y habían construido instituciones sólidas, haciendo el resto del camino (ampliar la participación) más fácil.

“Quizá la secuencia que más comúnmente comparten las poliarquías más antiguas y estabilizadas esté muy próxima a la primera trayectoria, es decir, en todas ellas los procedimientos políticos competitivos han precedido al aperturismo en la participación. Como resultado de ello, las reglas, las prácticas y la cultura de las formas de acción política se desarrollaron primeramente entre una élite reducida, y la transición crítica de la acción política sin partidos a la competencia partidista acaeció, inicialmente, dentro de este grupo restringido. Si bien la transición fue pocas veces fácil y el conflicto entre los partidos con harta frecuencia áspero y enconado, la dureza del conflicto quedaba mitigada por los lazos de amistad, familia, intereses, clase e ideología, que persistían en el reducido grupo de notables que dominaban la vida política del país” (p. 43-44).

Lo que sostengo es que la primera vía no es necesariamente mejor que la tercera: cuando los que amplían la representatividad son actores nuevos, la primera vía tiene riesgos similares a la tercera. Y este fue el caso de muchas izquierdas en América Latina que mejoraron la representatividad: eran partidos nuevos (como el MAS en Bolivia), en algunos casos con líderes outsiders (como Hugo Chávez en Venezuela), que no habían convivido en el poder porque no se habían intercalado en el gobierno. Cuando se aplica el esquema de las vías de democratización en un contexto en el que quienes amplían la representatividad son un actor nuevo y anti-establishment (económico y/o político), la primera vía tiene los mismos riesgos que la tercera vía: ambas democratizan de forma abrupta y son actores nuevos, molestando a los viejos que quieren mantener el statu quo.

Para que la izquierda populista no se democratice en el ejercicio del poder e instaure un régimen autoritario, debe además contar con gran apoyo popular en los primeros años de gobierno. Esto porque los únicos motivos por los que la izquierda haría esfuerzos por incluir políticamente a la derecha (o no excluirla al intentar socavar su participación), que es un actor que no legitima, es porque no les pueda ganar. Los actores políticos en el gobierno eligen incluir a la oposición, o no hacer cosas para excluirla en caso de que puedan, porque es la opción que les genera más beneficios. Este enfoque deriva de los axiomas que utiliza Dahl (1971: 24) para explicar el proceso de democratización: “La probabilidad de que un gobierno tolere la oposición aumenta en la medida en que disminuye el precio de dicha tolerancia. [...] La probabilidad de que un gobierno tolere la oposición crece en la medida en que aumenta el precio de suprimirla. “[...] En la medida en que el precio de la supresión exceda al precio de la tolerancia, mayores son las oportunidades de que se dé un régimen competitivo”. Para ello, es necesario que el peso de la oposición, o las oposiciones sumadas a facciones del gobierno, sea tal que, para poder estar en un escenario de equilibrio, los deba incluir. Este argumento es el que utilizan Buquet y Moraes (2018) para explicar la formación de la democracia en Uruguay. Basados en el desarrollo de un modelo de teoría de juegos, muestran cómo el gobierno, al no lograr imponer su primera opción en el marco de un modelo de juego del prisionero, eventualmente, después de repetir este escenario, opta por una estrategia de cooperación que incluye a la oposición y a las demandas de facciones minoritarias del gobierno.

Las instituciones inclusivas que hacen que las oposiciones sean leales (Vairo, 2019) se producen en contextos donde, después de intentar prescindir del otro, no lo logran y terminan incluyéndolo. Por esto es que es importante para explicar a la izquierda autoritaria el éxito popular de los primeros años. El trabajo de Weyland (2009), que menciona al éxito económico como factor explicativo, es coincidente; sin duda puede considerarse una condición facilitante para un fuerte apoyo popular. La izquierda llega a redistribuir, por lo que sus inicios suelen ser bien evaluados; el principal problema que tienen es mantener esos niveles a mediano plazo y en escenarios de recesión económica (Murillo, Oliveros & Vaishnav, 2011; Campello, 2014).

La democratización fue un camino de ascenso para muchas izquierdas, pero eso no quiere decir que tengan verdaderas convicciones democráticas, es decir, más fuertes convicciones que ganas de conservar el poder. Una vez en el cargo, pueden seguir haciendo uso de su atractivo anti-establishment económico y enfrentar a la oposición caricaturizándolos como establishment político (son más establishment que la izquierda que está nueva en el poder) y en algunos casos también autoritarios (eran quienes se oponían a ampliar la representatividad en un proceso de democratización). Lo mismo que hicieron para alcanzar el poder lo pueden seguir haciendo —y por eso es más creíble— para “atornillarse” al poder.

Por eso la relevancia del tercer punto: que la oposición a la izquierda sea semileal o desleal, y lo que quiera hacer sea claramente sacar a la izquierda del poder de formas cuestionables democráticamente

porque se siente amenazada. En el primer punto, de izquierdas nuevas en procesos de democratización, es muy probable que el gobierno de izquierda no confíe en que la oposición sea leal (¡y con razón!), porque era autoritaria o elitista y se siente amenazada por el reciente y abrupto triunfo de la izquierda, de la cual la derecha que está en la oposición también desconfía (¡y con razón!) de que vaya a gobernar de forma democrática y no autoritaria.

Esta desconfianza mutua que se tienen los actores políticos no es positiva para la democracia. La izquierda puede que elija caminos desleales para quedarse en el poder porque no legitima a la derecha como actores legítimos por autoritarios o por ser un establishment excluyente, y puede hacerlo porque tiene apoyo popular y porque no confía en que pueda volver al poder si se va porque la derecha no se comporta de forma leal. La derecha mantiene y posiblemente incrementa sus características autoritarias, no confía en el gobierno y, además, en un contexto de una izquierda bien evaluada, suele pasar demasiado tiempo en la oposición para tomarle cariño a la democracia: es el motivo por el que salió del poder y por el que se mantiene en la oposición (Vairo, 2019). Este escenario razonablemente más probable puede no suceder si, por la agencia de los actores o por otras circunstancias, la derecha se comporta de forma leal. Es por esto que se incluye un tercer punto sobre la lealtad de la oposición, debido a que, de seguir el camino menos probable y sí comportarse de forma leal a la democracia liberal, podría sortear los riesgos de mayor conflictividad en el proceso de democratización que una izquierda nueva implica.

Ejemplos de esto pueden ser Venezuela con Hugo Chávez y posteriormente Nicolás Maduro, o Bolivia con Evo Morales. El caso de Venezuela con AD (izquierda) y COPEI (derecha) como principales partidos en 1980, tras la mala performance de AD en el gobierno y su viraje hacia políticas de derecha de la mano del presidente Carlos Andrés Pérez, deja un vacío a un desafiante de izquierda en la oferta política debido a que los partidos establecidos estaban todos ofreciendo políticas de derecha, lo cual fue claro para el electorado por el viraje y convergencia reflejada en acuerdos partidarios que hicieron los partidos, en un país de gran desigualdad que aumenta la relevancia de la dimensión económica, lo que resulta en el rápido crecimiento de una opción anti-establishment de izquierda con Hugo Chávez. El viraje lo que hace es desinstalar la dimensión porque deja de estar representada en la clase política (debe estar en ambas), entonces el nuevo desafiante sí puede ser de izquierda pese a que anteriormente hubo izquierda en el sistema político. Tras malas gestiones de los principales partidos establecidos, Hugo Chávez tiene éxito al punto de ser electo presidente en 1999 (Lupu, 2014). Al ser un outsider (nuevo) que instala una nueva dimensión (la izquierda), cumplen el requisito de nuevo desafiante. Habiendo llegado repentinamente y sin ser parte del establishment político, tras primeros gobiernos de gran apoyo popular y una oposición que lo deslegitima y acusa de golpista (debido a sus antecedentes de golpe de estado en 1992), la oposición, en alianza con las Fuerzas Armadas, llegó incluso a intentar un golpe de estado en 2002

para destituir al presidente Hugo Chávez. Con los años, y de la mano de su sucesor Nicolás Maduro, el populista de izquierda se consolidó e instaló una autocracia.

El argumento planteado también es coincidente con que los regímenes autoritarios que más duren sean de izquierda. Hay algo contradictorio en que el anti-establishment político lo pueda canalizar el gobierno y no la oposición, por lo que la canalización del descontento sistémico se divide entre la izquierda, que es gobierno, pero también oposición sistémica por ser el anti-establishment político la derecha, y la derecha, que teóricamente solo puede canalizar el descontento anti-establishment político (pero es identificada como el establishment político) y está en la oposición. La derecha logra convencer a la población de que la izquierda es el verdadero establishment político y ellos pueden canalizar la gran mayoría del descontento anti-establishment político desde su lugar de oposición cuando el autoritarismo de la izquierda es bastante evidente, y para entonces, la izquierda autoritaria ya socavó las instituciones democráticas como para que la derecha pueda alcanzar el poder en elecciones abiertas, libres y justas.

Todos los casos de populismos de izquierda que devinieron en regímenes híbridos o autoritarismos están en América Latina, porque es donde hay democracias más nuevas. La única excepción es Argentina, con el peronismo y los gobiernos kirchneristas, que son categorizados como populistas en un régimen democrático. La explicación es que es un caso raro porque el peronismo (populista) formó un partido establecido: el Partido Judicialista, porque tuvo un peronismo temprano con Juan Perón en 1945, lo cual requirió de un gran movimiento de masas para triunfar electoralmente (Germani, 1978), porque antes ser populista y alcanzar el poder no era tan fácil como ahora, debido a las características de la época actual. Entonces el populismo es un actor establecido, y eso hace que sea populista, pero tenga un nivel mayor de tolerancia hacia el adversario que otros populismos, porque sí ocurrió la convivencia política que describe Dahl (1971). Como establece este trabajo, el populismo es problemático para la democracia, pero es también una cuestión de grado. Eso hace que Argentina tenga la particularidad de ser una democracia que convive con el populismo hace mucho tiempo (Casullo & Freidenberg, 2017).

Basándome en los conceptos descriptos, la particularidad de un populismo establecido altera el supuesto de dimensiones que estructuran la competencia política del argumento y tiene dos efectos en Argentina: 1) hace que el fuerte personalismo permite una flexibilidad excepcional al peronismo, porque el centro no está en la dimensión ideológica sino en la persona – por ejemplo, el Partido Judicialista que no solo hizo un movimiento hacia la derecha del espectro político en los 90's con Menem, sino que cambio lugar de quién está más a la izquierda y quién está más a la derecha con su principal adversario política, la UCR- y, 2) la resistencia que deviene de la enorme flexibilidad y capacidad de reinventarse del peronismo, no viene acompañada de un gran fortalecimiento de las instituciones. Como el populismo es semileal o desleal, por más que esta característica esté graduada hacia abajo (Casullo & Freidenberg, 2017) por la convivencia política con el adversario, está porque es una característica del populismo, por

lo que la política argentina está profundamente polarizada y tiene problemas de debilidad institucional (Levitsky & Murillo, 2005). Extremadamente flexible y resistente, pero con instituciones debilitadas. Si se analiza la evolución del sistema de partidos argentino en las décadas siguientes al declive de Juan Perón, la democracia argentina fue bastante más desequilibrada y endeble que en las últimas décadas, donde el peronismo seguía siendo populista, pero era un actor establecido (Buquet, 2015).

Una última aclaración sobre la izquierda populista es: ¿qué pasa en la actualidad con movimientos de izquierda que aún no han gobernado y muchas veces son categorizados como populistas? Movimientos como el de Bernie Sanders o Unidas Podemos toman protagonismo en democracias establecidas, donde la izquierda ya gobernó y se moderó a tal punto que surgen estos movimientos que reivindican ser la verdadera izquierda, y en ese sentido, además de ser anti-establishment económico, se posicionan como distintos a todo el establishment político por no haber gobernado. Suelen criticar a la clase política por no representar sus posturas económicas, pero no por considerar que la política es una actividad intrínsecamente ilegítima.

Lo que vemos que nos hace pensar que son populistas es que, por posicionarse como “verdaderas” izquierdas, distintas a la izquierda instalada en ese sistema, sí logran capitalizar el descontento anti-establishment económico con otro entusiasmo, que la izquierda tradicional añora de sus años previos a alcanzar el poder. Suelen ser radicales en posiciones culturales en caso de estar la dimensión cultural instalada (en esos sistemas políticos suele estar), por lo que principalmente por estas posiciones es que logran generar una contrarreacción que alimenta a la ultraderecha conservadora, y asusta a gran parte del espectro político que los considera radicales. El caso que considero que genera más confusión es Unidas Podemos por la reivindicación que han hecho sus líderes del populismo de izquierda, lo cual es inusual porque los populistas (ni nadie) suelen decir con orgullo que lo son o que aspiran a serlo. Pero en su comportamiento, es igual al resto de izquierdas usualmente referidas como radicales.

¿Es posible un autoritarismo de izquierda en la actualidad en democracias establecidas? Sí es posible que esto suceda en el futuro, pero los ejemplos antes referidos no cumplen con todos los requisitos para que devengan en una izquierda populista. Puede que surjan otros, y en ese caso habrá que analizar si es más probable que sean autoritarios o no. En primer lugar, estos movimientos han pasado demasiado tiempo esperando antes de poder gobernar (si es que eventualmente sucede) como para cumplir el requisito de novedad en el sistema político que hace más probable que sean intolerantes con el adversario por no haber convivido políticamente. Es aceptable cuestionar si en contextos de alta polarización la convivencia política genera tolerancia, o la polarización genera una vacuna contra esta. Sin embargo, es esa misma oposición con un adversario autoritario (por eso hay polarización en la sociedad, porque la dimensión sistémica está instalada) que, como resultado de ser oposición de una derecha autoritaria, exagera el valor democrático de la izquierda. Por tanto, se sostiene que la convivencia opera como un

factor en contra, acorde al argumento aquí planteado, para que la izquierda devenga en un actor político populista.

El segundo requisito no podemos saberlo ni adelantarlo, porque no es posible saber si eventualmente estos movimientos alcanzarán el poder ni cómo evaluará la ciudadanía sus gobiernos. En cuanto al tercer requisito, si los adversarios políticos que tienen en la actualidad mantienen su postura, sí convivirían con una oposición que se comporte de forma semileal o desleal a la democracia liberal. Finalmente, es razonable pensar que, si alcanzan el poder, deberán formar coaliciones con la izquierda tradicional. A diferencia de la derecha desafiante, la izquierda no puede separar al establishment en traidores o no porque no tienen enemigo cultural, lo que hace que tengan peores condiciones que la derecha desafiante para mantener un discurso anti-establishment político al llegar al poder.

Consideraciones finales

El presente trabajo explica el éxito de nuevos desafiantes, que abarca a la ultraderecha, la izquierda democrática y la izquierda populista, en las Américas y Europa. En la primera sección se argumenta que para el inicio de este período temporal (1990) sucedieron una serie de cambios que explican la mayor preponderancia del populismo en las democracias contemporáneas. Se explica que existe una relación de temporalidad entre las dos formas de capitalizar el descontento anti-establishment, debido al vínculo de hecho entre los procesos de democratización y la llegada de la izquierda al poder, y de la llegada de la izquierda al poder con el discurso anti-establishment económico, que se agota cuando la izquierda como desafiante también lo hace, haciendo que en la época actual el discurso anti-establishment político sea más idóneo para expresar el descontento que el económico. En este escenario, sucedieron dos grandes cambios que facilitaron que se capitalizara y que hubiera mayor descontento con el establishment político en democracias. El primer cambio ocurrió en los medios masivos de comunicación, que hizo que los partidos ya no sean necesarios para ganar apoyo político, lo que facilitó que se capitalizara el descontento hacia la clase política y debilitó a los partidos en su rol de representación. El segundo cambio fue la globalización, que hizo que las instituciones políticas tengan menos capacidad de constreñir a las instituciones económicas, haciendo que las instituciones políticas en democracia sean menos representativas de los intereses de la ciudadanía.

Para explicar el éxito de nuevos desafiantes en sistemas estructurados programáticamente, el argumento parte de la existencia de un descontento significativo en la ciudadanía que puede ser canalizado por actores que se posicionan como desafiantes: partidos con suficiente inexperiencia y novedad para poder posicionarse como distintos al statu quo. Si estos desafiantes logran relevancia electoral y crecer electoralmente, se consideran exitosos. En contextos donde no hay un desafiante preexistente —lo que suele suceder tras gobiernos fallidos de distintos signos políticos—, debe emerger uno nuevo para canalizar el descontento existente. Las características que va a tener el nuevo desafiante que emerja dependen de dos factores: la demanda de incorporar asuntos políticos al debate y de los valores de las dimensiones que puedan resultar novedosas y distintas al statu quo según el tipo de competencia política que tenga un sistema. Para determinar las características que conducen al éxito del nuevo desafiante se elabora una clasificación de la competencia política en sistemas de partidos estructurados programáticamente, organizada según ocho posibles combinaciones de tres dimensiones políticas: la ideológica (izquierda-derecha), la cultural (progresistas-conservadores) y la sistémica (demócratas-autoritarios). Cualquiera de estas combinaciones da lugar a dos grandes bloques políticos, producto de la necesidad de formar alianzas entre partidos de distintas dimensiones para alcanzar apoyo electoral o gobernar. Este argumento permite explicar el éxito de dos tipos de nuevos desafiantes: la izquierda y la ultraderecha. A su vez, se establece un argumento adicional para explicar cuándo es más probable que la izquierda desafiante se torne autoritaria o populista. Esto sucede cuando la izquierda es de reciente creación y no

ha convivido políticamente con la derecha, cuando goza de una gran popularidad al inicio de su gestión de gobierno y cuando la derecha se comporta de forma semileal o desleal en su rol de oposición.

Entre líneas, este trabajo sugiere que ni siquiera un largo historial de estabilidad democrática puede evitar que en algún momento ingrese la dimensión sistémica en un sistema de partidos si hay descontento a canalizar. Tal como funciona en la actualidad, la democracia no es capaz de canalizar el descontento sin, eventualmente, empezar a devorarse a sí misma, o al menos, presentar fuertes desafíos. Pero esto no quiere decir que sea el fin de la democracia; no debemos ser fatalistas. Como vimos, eso no implica que se llegue a una autocracia, y si llega, que esta se consolide. Tampoco la democracia tiene una sola forma de existir; a lo largo de la historia ha adoptado formas muy diversas. Las recetas sobre cómo mejorar la democracia no están en el pasado, porque la época en la que vivimos hace que esas recetas no necesariamente funcionen en la actualidad. Pero saber por qué las viejas recetas ya no funcionan — la no necesidad de los partidos políticos para ganar apoyo político y las implicancias de ese cambio— nos puede ayudar a saber qué es lo que debemos buscar replicar en el presente. Qué nuevas formas debemos crear para lograr que la democracia funcione mejor en el contexto actual, para que no sea tan fácil aprovecharse del descontento contra el establishment político y, sobre todo, que el establishment político no genere tanto malestar porque sí es capaz de lograr satisfacer las demandas de la ciudadanía.

La explicación que ofrece esta teoría busca contribuir a entender las corrientes de cambio de las democracias contemporáneas: el éxito de la ultraderecha en Europa, pese a ser democracias establecidas, justamente por ser democracias antiguas donde la izquierda ya no era desafiante, en conjunción con momentos de descontento, posibilitaron su éxito, mientras que en América Latina fue la izquierda desafiante quien primero se opuso al statu quo y canalizó el descontento en el período estudiado. Sin embargo, en la actualidad, al haber dejado de ocupar ese lugar de desafío, el avance de la ultraderecha también se ha vuelto cada vez más común en América Latina. Este trabajo busca explicar fenómenos distintos en un amplio rango temporal y geográfico, no dejando de lado casos que suelen verse como excepciones, sino que los integra para que el argumento sea lo suficientemente fuerte para resistir a la realidad. Esto se logra aumentando la complejidad en el argumento: aunque el marco se construye con un número acotado de variables, hay una gran cantidad de detalles en cómo estas funcionan. Si esta teoría logra contribuir a una mejor comprensión de los procesos de cambio y deterioro democrático, entonces quizá estemos más cerca de construir las soluciones que las democracias contemporáneas tanto necesitan.

Referencias

- Acemoglu, D., & Robinson, J. (2013). *Why Nations Fail: The Origins of Power, Prosperity, and Poverty*. New York: Crown Business.
- Acemoglu, D., Johnson, S., & Robinson, J. (2001). Reversal of fortune: geography and institutions in the making of the modern world income distribution. *National Bureau of Economic Research Working Paper Series*, 8460.
- Albright, J. J. (2010). The multidimensional nature of party competition. *Party Politics*, 16(6), 699-719.
- Autor, D., Dorn, D., Hanson, G., & Majlesi, K. (2020). Importing political polarization? The electoral consequences of rising trade exposure. *American Economic Review*, 3139-3183.
- Barr, R. R. (2009). Populist, Outsiders and Anti-Establishment Politics. *Party Politics*, 15(1), 29 - 48.
- Benton, A. (2005). Dissatisfied democrats or retrospective voters? Economic hardship, political institutions, and voting behavior in Latin America. *Comparative Political Studies*, 38(4), 417-442.
- Berman, S. (2016). Populism is not Fascism: But it could be a harbinger. *Foreign Aff.*, 95(6), 39-45.
- Berman, S. (2021). The causes of populism in the west. *Annual Review of Political Science*, 24(1), 71-88.
- Berman, S., & Kundnani, H. (2021). The Cost of Convergence. *Journal of Democracy*, 32(1), p. 22-36.
- Betz, H.-G. (1994). *Radical right-wing populism in Western Europe*. Springer.
- Black, D. (1948). On the rationale of group decision-making. *Journal of Political Economy*, 56, 22-34.
- Black, G. S. (1972). A theory of political ambition: Career choices and the role of structural incentives. *American political science review*, 66(1), 144-159.
- Bobbio, N. (1996). *Left and Right: The Significance of a Political Distinction*. Cambridge: Polity Press.
- Boix, C. (1999). Setting the rules of the game: the choice of electoral systems in advanced democracies. *American political science review*, 93(3), 609-624.
- Bradford, A. (2020). *The Brussels effect: How the European Union rules the world*. Oxford University Press.
- Breuilly, J. (1982). *Nationalism and the State* (Vol. 374). Manchester: Manchester University Press.
- Brinks, D., Levitsky, S., & Murillo, V. (2020). *The politics of institutional weakness in Latin America*. Cambridge University Press.
- Brubaker, R. (2020). Populism and nationalism. *Nations and nationalism*, 26(1), 44-66.
- Buquet, D. (2015). El cambio político en el Cono Sur: institucionalización partidaria y alternancia en Argentina, Chile y Uruguay. En M. Torcal, *Sistema de partidos en América Latina. Causas y consecuencias de su equilibrio inestable* (págs. 139-160). Grupo Editorial siglo veintiuno.
- Buquet, D., & Moraes, J. (2018). Construyendo un equilibrio democrático: La reforma constitucional de Uruguay en 1917. *Revista Uruguaya de Ciencia Política*, 27(1), 19-39.
- Campello, D. (2014). The politics of financial booms and crises: Evidence from Latin America. *Comparative Political Studies*, 47(2), 260-286.
- Carreras, M. (2014). *Doctoral thesis: Outsider presidents, institutional performance, and governability in Latin America*. University of Pittsburgh.
- Castanho Silva, B. (2017). *Contemporary populism: Actors, causes, and consequences across 28 democracies*. Budapest: PHD. Central European University.
- Casullo, M. E. (2014). ¿ En el nombre del pueblo? Por qué estudiar al populismo hoy. *Postdata*, 19(2).

- Casullo, M. E. (2019). *¿Por qué funciona el populismo?: El discurso que sabe construir explicaciones convincentes de un mundo en crisis*. Buenos Aires: Siglo XXI Editores.
- Casullo, M. E., & Freidenberg, F. (2017). Populist and programmatic parties in Latin American party systems. En R. Heinisch, C. Holtz-Bacha, & O. Mazzoleni, *Political populism*. Nomos eLibrary.
- Cella, L. (2024). When Do Voters Support Outsiders and Cast Invalid Ballots? Experimental Evidence from Argentina and Chile [Manuscrito no publicado]. Montevideo: University of Chicago.
- Colantone, I., & Stanig, P. (2018). The Trade Origins of Economic Nationalism: Import Competition and Voting Behavior in Western Europe. *American Journal of Political Science*, 62(4), 936-953.
- Coppedge, M., Gerring, J., Knutsen, C. H., Lindberg, S. I., Teorell, J., Marquardt, K. L., ... & Wilson, S. L. (2024). *V-Dem Methodology v14*. V-Dem Dataset. doi:<http://dx.doi.org/10.2139/ssrn.4782726>
- Craig, M., & Richeson, J. (2014). Ideology, On the Precipice of a "Majority-Minority" America: Perceived Status Threat From the Racial Demographic Shift Affects White Americans' Political. *Psychological Science*, 25(6), 1189-1197.
- Dahl, R. (1971). *La poliarquía. Participación y oposición*. Madrid: Tecnos.
- Dalton, R., & Wattenberg, M. (2002). *Parties without partisans: Political change in advanced industrial democracies*. Oxford University Press.
- Dalton, R., & Weldon, S. (2007). Partisanship and Party System Institutionalization. *Party Politics*, 13(2), 179-196.
- De Vries, C. E., & Gary, M. (2012). The struggle over dimensionality: a note on theory and empirics. *European Union Politics*.
- De Vries, C., & Hobolt, S. (2020). Challenger parties and populism. *LSE Public Policy Review*, 1(1), 1-8.
- Diamond, L., & Gunther, R. (2001). *Political parties and democracy*. JHU Press.
- Downs, A. (1957). Teoría económica de la acción política en una democracia. En *Diez textos básicos de Ciencia Política*. Barcelona: Ariel.
- Doyle, D. (2011). The Legitimacy of Political Institutions: Explaining Contemporary Populism in Latin America. *Comparative Political Studies*, 44(11), 1447-1473.
- Durkheim, É. (1984). *The division of labour in society*. Basingstoke: Palgrave.
- Easton, D. (1965). *A system analysis of political life*. New York: Wiley.
- Easton, D. (1975). A reassessment of the concept of political support. *British journal of political science*, 5, 435-457.
- Elchardus, M., & Spruyt, B. (2016). Populism, persistent republicanism and declinism: An empirical analysis of populism as a thin ideology. *Government and Opposition*, 51(1), 111-133.
- Elster, J. (1989). *Nuts and bolts for the social sciences*. Cambridge University Press.
- Fiske, S., Cuddy, A., & Glick, P. (2007). Universal dimensions of social cognition: Warmth and competence. *Trends in cognitive sciences*, 11(2), 77-83.
- Frantz, E., Kendall-Taylor, A., Nietzsche, C., & Wright, J. (2021). How personalist politics is changing democracies. *Journal of Democracy*, 32(2), 94-108.
- Freidenberg, F., & Došek, T. (2016). Las reformas electorales en América Latina (1978-2015). *Reformas políticas en América Latina: tendencias y casos*, 25, 25-92.
- Funke, M., & Trebesch, C. (2017). Financial crises and the populist right. *ifo DICE Report*, 15(4), 6-9.

- Gagnon, J.-P., Beausoleil, E., Son, K.-M., Arguelles, C., Chalaye, P., & Johnston, C. (2018). What is populism? Who is the populist?: A state of the field review (2008-2018). *Democratic Theory*, 5(2), vi-xxvi.
- Germani, G. (1978). *Authoritarianism, Fascism, and National Populism*. New Brunswick, NJ: Transaction.
- Gidron, N., & Hall, P. (2017). The politics of social status: Economic and cultural roots of the populist right. *The British journal of sociology*, 68, S57-S84.
- Gidron, N., & Hall, P. (2020). Populism as a problem of social integration. *Comparative Political Studies*, 53(7), 1027-1059.
- Gidron, N., & Mijs, J. (2019). Do changes in material circumstances drive support for populist radical parties? Panel data evidence from The Netherlands during the Great Recession, 2007–2015. *European Sociological Review*, 35(5), 637-650.
- González, L. E. (1999). Introducción. Los partidos políticos establecidos y sus desafiantes. En L. E. al., *En Los partidos políticos uruguayos en tiempos de cambio* (págs. 9-18). Montevideo: Fundación de Cultura Universitaria.
- Gradín, C., & Oppel, A. (2021). Trends in inequality within countries using a novel dataset. *WIDER Working Paper*, 2021/139.
- Hanley, S., & Sikk, A. (2016). Economy, corruption or floating voters? Explaining the breakthroughs of anti-establishment reform parties in eastern Europe. *Party Politics*, 22(4), 522-533.
- Hawkins, K. (2010). *Venezuela's Chavismo and Populism in Comparative Perspective*. Cambridge University Press.
- Hawkins, K., & Rovira Kaltwasser, C. (2017). The ideational approach to populism. *Latin American Research Review*, 52(4), 513-528.
- Hernández, E. (2018). Democratic discontent and support for mainstream and challenger parties: Democratic protest voting. *European Union Politics*, 19(3), 458-480.
- Hobolt, S. B. (2018). Fleeing the centre: the rise of challenger parties in the aftermath of the euro crisis. In *Europe's Union in Crisis*. En B. Laffan, *Europe's Union in Crisis: Tested and Contested* (págs. 57-77). Routledge.
- Hobolt, S., & Tilley, J. (2018). Fleeing the centre: the rise of challenger parties in the aftermath of the euro crisis. In *Europe's Union in Crisis*, 57-77.
- Huddy, L., Mason, L., & Aarøe, L. (2015). Expressive Partisanship: Campaign Involvement, Political Emotion, and Partisan Identity. *American Political Science Review*, 109(1), 1-17.
- Huntington, S. (1992). *El orden político en las sociedades en cambio*. Buenos Aires: Paidós.
- Huntington, S. P. (1995). *La tercera ola; democratización a finales del siglo XX*. Buenos Aires: Paidós.
- Inglehart, R. (1984). The changing structure of political cleavages in western society. En R. J. Dalton, & S. Flanagan, *Electoral change in advanced industrial democracies: realignment or dealignment* (págs. 25-69).
- Inglehart, R., & Klingemann, H.-D. (1976). Party Identification, Ideological Preference, and the Left-Right Dimension among Western Mass Publics. En I. Budge, I. Crewe, & D. Farlie, *Party Identification and Beyond*. New York: John Wiley and Sons.
- Ivarsflaten, E. (2008). What Unites Right-Wing Populists in Western Europe?: Re-Examining Grievance Mobilization Models in Seven Successful Cases. *Comparative Political Studies*, 41(1), 3-23.
- Ivarsflaten, E., & Stubager, R. (2012). Voting for the populist radical right in Western Europe: The role of education. En J. Rydgren, *Class politics and the radical right* (págs. 122-137). Routledge.

- Iyengar, S., Lelkes, Y., Levendusky, M., Malhotra, N., & Westwood, S. (2019). The origins and consequences of affective polarization in the United States. *Annual review of political science*, 22(1), 129-146.
- Jahn, D. (2010). Conceptualizing Left and Right in comparative politics. *Party Politics*, 17(6), 745-765. doi:10.1177/1354068810380091
- Kailitz, S. (2013). Classifying political regimes revisited. *Democratization*, 20(1), 39-60.
- Kalin, M., & Sambanis, N. (2018). How to think about social identity. *Annual Review of Political Science*, 21(1), 239-257.
- Kates, S., & Tucker, J. (2019). We never change, do we? Economic anxiety and far-right identification in a postcrisis Europe. *Social Science Quarterly*, 100(2), 494-523.
- Katz, R., & Mair, P. (1995). Changing Models of Party Organization and Party Democracy: The Emergence of the Cartel Party. *Party Politics*, 1(1), 5-28.
- Katz, R., & Mair, P. (2009). The cartel party thesis: A restatement. *Perspectives on politics*, 7(4), 753-766.
- Kenney, C. (1998). Anti-politicians, Outsiders and Party Politics: New Conceptual Strategies and Empirical Evidence from Peru. *Party Politics*, 4(1), 57-75.
- Kitschelt, H. (1994). *The transformation of European social democracy*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Kitschelt, H. (2000). Linkages between citizens and politicians in democratic polities. *Comparative political studies*, 33((6-7)), 845-879.
- Kitschelt, H. (2004). Diversificación y reconfiguración de los sistemas de partidos de las democracias postindustriales. *Revista Española de Ciencia Política*, 10, 9-51.
- Kitschelt, H. (2018). Party systems and radical right-wing parties. En J. En Rydgren, *The Oxford Handbook of the Radical Right* (págs. 166-199). New York: Oxford University Press.
- Kitschelt, H., & McGann, A. (1997). *The radical right in Western Europe: A comparative analysis*. University of Michigan Press.
- Kriesi, H., & Schulte-Cloos, J. (2020). Support for radical parties in Western Europe: Structural conflicts and political dynamics. *Electoral Studies*, 65(102138).
- Laclau, E. (2005). *On Populist Reason*. London: Verso.
- Levitsky, S. (2018). Peru: The Institutionalization of Politics without Parties. En S. Mainwaring, *Party Systems in Latin America: Institutionalization, Decay, and Collapse* (págs. 326-56). Cambridge: Cambridge University Press.
- Levitsky, S. (7 de 1 de 2025). *Conferencia dictada en Princeton University. "Global Existential Challenges: The Surprising Resilience of Global Democracy in the 21st Century"*. Obtenido de PrincetonPIRIS Youtube: <https://www.youtube.com/watch?v=-lfeTprvkMc&t=1s>
- Levitsky, S., & Cameron, M. (2003). Democracy without parties? Political parties and regime change in Fujimori's Peru. *Latin American Politics and Society*, 45(3), 1-33.
- Levitsky, S., & Loxton, J. (2013). Populism and competitive authoritarianism in the Andes. *Democratization*, 20(1), 107-136.
- Levitsky, S., & Murillo, M. (2005). *Argentine democracy: The politics of institutional weakness*. Penn State Press.
- Levitsky, S., & Murillo, V. (2009). Variation in institutional strength. *Annual Review of Political Science*, 12(1), 115-133.

- Levitsky, S., & Roberts, K. (2011). *The Resurgence of the Latin American*. Johns Hopkins University Press.
- Levitsky, S., & Way, L. A. (2002). Elections without democracy: the rise of competitive authoritarianism. *Journal of Democracy* Vol. 3 N° 2, 51 - 65.
- Levitsky, S., & Zavaleta, M. (2016). Why no party-building in Peru?. Challenges of party-building in Latin America. 412-439.
- Levitsky, S., & Ziblatt, D. (2018). *Cómo mueren las democracias*. Barcelona: Ariel.
- Levitsky, S., Loxton, J., Van Dyck, B., & Domínguez, J. I. (2016). *Challenges of party-building in Latin America*. Cambridge University Press.
- Linz, J. (1987). *La Quiebra de las Democracias*. Madrid: Alianza Universidad.
- Lipset, S. M., & Rokkan, S. (1967). *Party systems and voter alignments: cross-national: cross-national perspectives*. New York: Free Press.
- Loch, D. (2017). Conceptualising the relationship between populism and the radical right. En R. C. Heinisch, C. Holtz-Bacha, & O. Mazzoleni, *Political Populism* (págs. 73-86). Nomos.
- López, S. (2005). Partidos desafiantes en América Latina: representación política y estrategias de competencia de las nuevas oposiciones. *Revista de Ciencia Política* 25-2.
- Louis, D. (23 de julio de 2024a). ¿La bola de cristal responde?: Los factores estructurales que explican quién está más cerca de ganar las elecciones. *La Diaria*. Obtenido de <https://ladiaria.com.uy/opinion/articulo/2024/7/la-bola-de-cristal-responde-los-factores-estructurales-que-explican-quien-esta-mas-cerca-de-ganar-las-elecciones/#fn-12>
- Louis, D. (23 de setiembre de 2024b). Un análisis de la campaña electoral rumbo a octubre. *La Diaria*. Obtenido de <https://ladiaria.com.uy/opinion/articulo/2024/9/un-analisis-de-la-campana-electoral-rumbo-a-octubre/>
- Lührmann, A., & Lindberg, S. (2019). A third wave of autocratization is here: what is new about it? *Democratization*.
- Luna, J. P., & Rovira Kaltwasser, C. (2021). Castigo a los oficialismos y ciclo político de derecha en América Latina. *Revista Uruguaya de Ciencia Política*, 30(1), 135-156.
- Luna, J., Piñeiro Rodríguez, R., Rosenblatt, F., & Vommaro, G. (2021). Political parties, diminished subtypes, and democracy. *Party Politics*, 27(2), 294-307.
- Lupu, N. (2014). Brand dilution and the breakdown of political parties in Latin America. *World Politics*, 66(4), 561-602.
- Macdougall, A., Feddes, A., & Doosje, B. (2020). They've Put Nothing in the Pot!": Brexit and the Key Psychological Motivations Behind Voting 'Remain' and 'Leave'. *Political Psychology*, 41(5), 979-995.
- Madariaga, A., & Kaltwasser, C. (2020). *Right-wing moderation, left-wing inertia and political cartelisation in post-transition Chile* (Vol. 52). Journal of Latin American Studies.
- Mainwaring, S. (2018). *Party Systems in Latin America: Institutionalization, Decay, and Collapse*. Cambridge University Press.
- Mainwaring, S., & Pérez-Liñán, A. (2014). *Democracies and dictatorships in Latin America: emergence, survival, and fall*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Mainwaring, S., & Scully, T. R. (1995). *Building Democratic Institutions. Party systems in Latin America*. Stanford: Stanford University Press.

- Mainwaring, S., & Torcal, M. (2006). Party system institutionalization and party system theory after the third wave of democratization. *Handbook of party politics*, 11(6), 204-227.
- Mainwaring, S., & Zoco, E. (2007). Secuencias políticas y estabilización de la competencia partidista: volatilidad electoral en viejas y nuevas democracias. *América latina hoy*, 147-171.
- Mair, P. (2013). *Ruling the Void. The Hollowing of Western Democracy*. Verso.
- Malamud, A., & Marsteintredet, L. (2024). The institutionalization of "serial personalization" in Argentina's Peronist Party, 1983–2023. *Social Science Quarterly*, 105(3), 486-499.
- Miller, S. (2011). Why do populist-outsider get elected? A model of strategic populist. *Working Paper IDB-WP-248*.
- Milosav, Đ., Dickson, Z., Hobolt, S. B., Klüver, H., Kuhn, T., & Rodon, T. (2025). The youth gender gap in support for the far right. *Journal of European Public Policy*, 1-25.
- Moisés, J. Á. (2011). Political discontent in new democracies: the case of Brazil and Latin America. *International Review of Sociology: Revue Internationale de Sociologie*, 21(2), 339-366.
- Montero, J., Gunther, R., & Torcal, M. (1997). Democracy in Spain: Legitimacy, discontent, and disaffection. *Studies in comparative international development*, 32, 124-160.
- Morlino, L., & Montero, J. (1995). Legitimacy and democracy in Southern Europe. En R. Gunther, N. Diamandouros, & H.-J. Puhle, *In The politics of democratic consolidation: Southern Europe in comparative perspective*. Baltimore: The Johns Hopkins University Press.
- Mounk, Y., & Roberto Stefan, F. (2018). The end of the democratic century: Autocracy's global ascendance. *Foreign Affairs*, 97.
- Mudde, C. (2021). *La ultraderecha hoy*. Barcelona: Paidós.
- Mudde, C., & Rovira Kaltwasser, C. (2017). *Populism: A Very Short Introduction*. Oxford University Press.
- Müller, J.-W. (2017). *What is populism?* Penguin UK.
- Murillo, M. V., Oliveros, V., & Vaishnav, M. (2011). Economic constraints and presidential agency. En *The resurgence of the Latin American left* (págs. 52-70).
- Murray, D. (2017). *The Strange Death of Europe: Immigration, Identity, Islam*. London: Bloomsbury.
- Nanou, K., & Dorussen, H. (2013). European integration and electoral democracy: How the European Union constrains party competition in the Member States. *European Journal of Political Research*, 52(1), 71-93.
- Neto, A., & Cox, G. (1997). Electoral Institutions, Cleavage Structures, and the Number of Parties. *American Journal of Political Science*, 41(1), 149-174.
- Nietzsche, F. (1973). *Beyond Good and Evil*. Harmondsworth: Penguin.
- Norris, P. (2005). *Radical right: Voters and parties in the electoral market*. Cambridge University Press.
- Norris, P., & Inglehart, R. (2019). *Cultural backlash: Trump, Brexit, and authoritarian populism*. Cambridge: Cambridge University Press.
- O'Donnell, G. (1994). Delegative democracy. *Journal of democracy*, 5(1), 55-69.
- Oliveros, V., & Simison, E. (Noviembre de 2023). *Journal of Democracy*. Obtenido de <https://www.journalofdemocracy.org/elections/why-did-argentina-just-elect-a-radical-right-wing-political-outsider/>
- Olney, W. W. (2013). A race to the bottom? Employment protection and foreign direct investment. *Journal of International Economics*. 91(2), 191-203.

- Ostiguy, P. (2017). Populism: A socio-cultural approach. En C. Rovira Kaltwasser, P. Taggart, P. Ochoa Espejo, & P. Ostiguy, *The Oxford Handbook of Populism* (págs. 73-97). Oxford University Press.
- Ostiguy, P., & Casullo, M. E. (2017). Left versus Right Populism: Antagonism and the Social Other. *paper presented at the Political Studies Association*.
- Ostiguy, P., & Roberts, K. (2016). Putting Trump in comparative perspective: Populism and the politicization of the sociocultural law. *Brown J. World Aff.*, 23, 25.
- Panebianco, A. (1998). *Political parties: Organization and power*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Panizza, F. (2005). *Populism and the Mirror of Democracy*. Londres: Verso.
- Piñeiro, R., & Rosenblatt, F. (2018). Stability and incorporation: Toward a new concept of party system institutionalization. *Party Politics*, 1-12.
- Plattner, M. F. (1998). Liberalism and democracy: Can't have one without the other. *Foreign Affairs*, 171-180.
- Pop-Eleches, G. (2010). Throwing out the bums: Protest voting and unorthodox parties after communism. *World Politics*, 62(2), 221-260.
- Praprotnik, K., & Perlot, F. (2020). Discontent as motivation: Why people engage with the democratic process. *Human Affairs*, 30(3), 449-467.
- Queirolo, R. (2013). *The Success of the Left in Latin America*. South Bend: University of Notre Dame Press.
- Rabinowitz, G., & Macdonald, S. E. (1989). A directional theory if issue voting. *The American Political Science Review*, 94.
- Rahat, G., & Hazan, R. (2001). Candidate Selection Methods: An Analytical Framework. *Party Politics*, 7(3), 297 - 332.
- Rhodes-Purdy, M., Navarre, R., & Utych, S. (2023). *The Age of Discontent: Populism, Extremism, and Conspiracy Theories in Contemporary Democracies*. New York: Cambridge University Press.
- Riker, W. H. (1962). *The theory of political coalitions*. Yale University.
- Riker, W. H. (1986). *The art of political manipulation*. Yale University Press.
- Roberts, K. (2015). *Changing course in Latin America: Party systems in the neoliberal era*. Cambridge University Press.
- Roberts, K. (2022). Populism and Polarization in Comparative Perspective: Constitutive, Spatial and Institutional Dimensions. *Government and Opposition*, 57(4), 680-702.
- Rochon, T. R. (1985). Mobilizers and Challengers. Toward a Theory of New Party Success. *International Political Science Review*, 6(4), 419-439.
- Rodrik, D. (2011). *The globalization paradox: why global markets, states, and democracy can't coexist*. Oxford University Press.
- Rogowski, J. C., & Sutherland, J. L. (2016). How Ideology Fuels Affective Polarization. *Political Behavior*, 38, 485-508.
- Rojo-Martinez, J. M., & Crespo-Martinez, I. (2023). The Political as Something Personal»: A Theoretical Review on Affective Polarization. *Revista de Ciencia Política*, 43(1), 25-48.
- Rooduijn, M., van der Brug, W., & de Lange, S. (2016). Expressing or fuelling discontent? The relationship between populist voting and political discontent. *Electoral studies*, 43, 32-40.
- Rosenblatt, F. (2018). *Party vibrancy and democracy in Latin America*. Oxford University Press.

- Rovny, J. (2007). *The content and nature of political competition in Europe: Conceptualizing political space and axis of party competition*. Master's thesis: The University of North Carolina at Chapel Hill.
- Samuels, D., & Zucco, C. (2018). *Partisans, Antipartisans, and Nonpartisans: Voting Behavior in Brazil*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Sarah, E. (2015). Corruption and Electoral Support for New Political Parties in Central and Eastern Europe. *West European Politics*, 39(2), 278–304.
- Sartori, G. (1992). *Partidos y Sistemas de Partidos*. Madrid: Alianza Editorial.
- Schedler, A. (1996). Anti-Political Establishment Parties. *Party Politics*, 2(3):291-312.
- Schmitter, P. C. (2001). Parties Are Not What They Once Were and Richard Gunther. En L. Diamond, & R. Gunther, *Political Parties and Democracy* (págs. 67–89). Baltimore: The Johns Hopkins University Press.
- Seawright, J. (2012). *Party system collapse: Affect, uncertainty and support for outsider parties*. Stanford CA: Stanford University Press.
- Sendra, M. (2022). La naturaleza dimensional del voto en las elecciones argentinas de 2015. *Estudios sociológicos*, 40(118), 7-46.
- Shiller, R. (2020). *Narrative economics: How stories go viral and drive major economic events*. Princeton University Press.
- Siavelis, P., & Morgenstern, S. (2008). Candidate Recruitment and Selection in Latin America: A Framework for Analysis. *Latin American Politics and Society*, 4, 27-58.
- Sikk, A. (2012). Newness as a winning formula for new political parties. *Party Politics*, 18(4), 465-486.
- Singer, M. (2016). Elite Polarization and the Electoral Impact of Left-Right Placements: Evidence from Latin America, 1995-2009. *Latin American Research Review*, 2, 174-194.
- Skenderovic, D. (2017). Populist: a history of the concept. En R. Heinisch, C. Holtz-Bacha, & O. Mazzoleni, *Political Populism. A Handbook* (págs. 41-58). Nomos Publishers.
- Somer, M., McCoy, J., & Luke, R. (2021). Pernicious polarization, autocratization and opposition strategies. *Democratization*, 28(5), 929–948.
- Strøm, K. (1990). A Behavioral Theory of Competitive Political Parties. *American Journal of Political Science* Vol. 34 N°2.
- Swanson, D., & Mancini, P. (1996). *Politics, media and modern democracy*. New York.
- Taber, C., & Lodge, M. (2006). Motivated skepticism in the evaluation of political beliefs. *American journal of political science*, 50(3), 755-769.
- UMAD, F. U. (02 de 2025). *UMAD Ciencias Sociales - Observatorio Uruguay*. Obtenido de https://umad-fcs.github.io/Piso-I-OP/#Serie_hist%C3%B3rica_de_aprobaci%C3%B3n
- Vairo, D. (2017). Oposición partidaria y (des) lealtad democrática en América Latina (1978-2010). *Revista POSTData: Revista de Reflexión y Análisis Político*, 22(1), 273-304.
- Vairo, D. (2019). Lealtad Democrática de los Partidos de Oposición en América Latina (1978-2010): Una Explicación Institucionalista. *DADOS – Revista de Ciências Sociais*, 6(2), 1-35.
- Vergara, A., & Watanabe, A. (2019). Presidents without Roots: Understanding the Peruvian Paradox. *Latin American Perspectives*, 46, 25-43.
- Wagner, M. (2012). Defining and measuring niche parties. *Party Politics*, 18(6), 845-864.
- Wagner, M. (2021). Affective polarization in multiparty systems. *Electoral studies*, 69, 1-13.

- Weber, M. (1983). *Economía y Sociedad: esbozo de sociología comprensiva*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Weyland, K. (2001). Clarifying a contested concept: Populism in the study of Latin American politics. *Comparative politics*, 1-22.
- Weyland, K. (2009). The Rise of Latin America's Two Lefts: insights from Rentier State Theory. *Comparative Politics*, 145-164.
- Weyland, K. (2017). Populism: A Political-Strategic Approach. En C. R. Kaltwasser, P. Taggart, P. Ochoa Espejo, & P. Ostiguy, *The Oxford Handbook of Populism* (págs. 48-72). Oxford University Press.
- Weyland, Kurt; Madrid, Raúl; Hunter, Wendy;. (2010). *Leftist Governments in Latin America: Successes and Shortcomings*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Winters, J. (2011). *Oligarchy*. New York: Cambridge University Press.
- Woods, D., & Wejnert, B. (2014). The many faces of populism: Current perspectives. *Research in political sociology*, 22, 1-163.
- Zanotti, L., & Roberts, K. (2021). (Aún) la excepción y no la regla: La derecha populista radical en América Latina. *Revista Uruguaya de Ciencia Política*, 30(1), 23-48.
- Zucco, C. (2010). *Stability without roots: party system institutionalization in Brazil*. Obtenido de Available at SSRN: <https://ssrn.com/abstract=2002359> or <http://dx.doi.org/10.2139/ssrn.2002359>